

HUGO E. RATIER

# Villeros y villas miseria

Una reedición necesaria



  
edulp

historia





# **Villeros y villas miserias**

**Una reedición necesaria**



# Villeros y villas miserias

Una reedición necesaria

HUGO E. RATIER



Ratier, Hugo Enrique

Villeros y villas miseria: una reedición necesaria / Hugo Enrique  
Ratier. - 1a ed. - La Plata: EDULP, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8475-66-0

1. Historia. I. Título.

CDD 305.5690982

## **VILLEROS Y VILLAS MISERIA**

### **Una reedición necesaria**

**HUGO E. RATIER**



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

EduLP integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8475-66-0

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2022 - EduLP

Impreso en Argentina

# Índice

<b>Hugo Ratier, o cómo reconocer a la antropología</b> .....	9
<b>Una reedición necesaria</b> .....	21
Introducción .....	33
Conventillos y migración ultramarina .....	37
Del conventillo a la villa .....	39
Más allá del puerto .....	41
Poblar despoblando.....	46
El gringo .....	49
Viejos y nuevos inmigrantes .....	54
Villas y peronismo.....	56
Más villeros .....	60
¿Por qué se vienen de Empedrado (Corrientes)? .....	62
Decadencia .....	67
Empujando el éxodo .....	69
La Rioja: las tierras secas .....	71
Los que vienen menos: tierra de minerales y azúcar .....	76
Gente de las alturas .....	77
Mineros.....	79
Ingenios: contratistas, vales, lotes y gran empresa .....	82
Contratistas .....	84
Productividad y éxodo.....	111
Expectativas.....	113
Brazos para el campo .....	115
Llegada y adaptación.....	119
División regional .....	121
Familia .....	122
Organización interna de las villas .....	126
Delincuentes, borrachos, “vagos y malentretenidos” .....	131

Acción social y política.....	135
Razias policiales: la violencia sistemática.....	139
Planes de erradicación .....	142
Permanencia de lo transitorio.....	149
Prejuicios .....	152
Villa adentro.....	154
Referencias bibliográficas .....	157

# HUGO RATIER, O CÓMO RECONOCER A LA ANTROPOLOGÍA

---

*Yo no sé bien qué es la antropología, pero  
cuando la veo pasar, la reconozco.*

Hugo Enrique Ratier

Escribo estas palabras a poco más de nueve meses de la muerte de Hugo Enrique Ratier, el 22 de septiembre de 2021. Su mujer, Adriana Stagnaro, y su hija, Laura Ratier, me han pedido que redactara algunas páginas para acompañar la esperada reedición de *El cabecita negra y Villeros y villas miseria*. Me toca, pues, hablar de la figura de Hugo cuando todavía ha pasado demasiado poco tiempo desde su partida, por más largo que nos parezca a quienes lo conocimos. En ese sentido, creo que todavía estamos transitando un umbral más propicio para los recordatorios y los homenajes que para los balances con pretensiones de ser ‘definitivos’ (que, por supuesto, jamás lo son realmente). Elijo, entonces, recuperar y ampliar las breves notas que publiqué en octubre pasado en el blog *Es Más Complejo*, no sólo porque sé que Adriana y Laura sintieron que representaban a Hugo con alguna fortuna, sino porque me parece que sigue siendo adecuado abordar su figura en forma de una serie de aproximaciones parciales. Por lo demás, el pequeño homenaje que intento en estas páginas está

presidido por la intuición de que hablar de Hugo *es* hablar de nuestra antropología social.

\* \* \*

Los colegas que han estudiado la historia de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires resaltan la importancia del *compromiso* como un ideal que era parte constitutiva de las aspiraciones de algunos estudiantes que, ya desde su primera cohorte, aspiraban a desarrollar una *antropología social*.<sup>1</sup> Ratier, que fue uno de esos primeros estudiantes de nuestra carrera y estuvo entre sus primeros egresados, supo dar cuerpo a ese compromiso de una manera que no sólo fue consistente, sino también particularmente rica en matices que no siempre abundan.

En medio de los días de tristeza que siguieron a su muerte, el colega Juan Pablo Matta –quien se formó en la carrera de antropología de la UNICEN, fundada por Ratier, con quien llegó a compartir tareas docentes–, evocó en las redes sociales la primera ponencia de éste, que presentó en el Primer Congreso del Área Araucana Argentina, en 1961. Copio el cierre de ese texto, que Matta transcribió destacando, precisamente, la forma conmovedora en que alegaba en favor de una antropología entendida como un servicio público:

Resumiendo, lo que los estudiantes de Ciencias Antropológicas pretendemos que se contemple en adelante en todo programa de ayuda al aborigen es:

---

1 Ver: Guber, R. (2009). El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976. *Avá*, 16, 11-31 ([http://www.ava.unam.edu.ar/images/16/pdf/ava16\\_guber.pdf](http://www.ava.unam.edu.ar/images/16/pdf/ava16_guber.pdf)); Guber, R. y Visacovsky, S. (1997-98). Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 22-23, 25-53 (<http://www.saanropologia.com.ar/wp-content/uploads/2015/01/Relaciones%2022%20-%2023/02.-%20Guber%20y%20Visacovsky%20ocr.pdf>).

1. Un estudio adecuado del grupo que sufrirá el cambio, teniendo en cuenta no sólo la experiencia extranjera, sino también la nacional.
2. Respeto y protección de los elementos conservables de la cultura indígena mediante la elaboración de proyectos que resulten de los estudios referidos.
3. Utilización de los servicios de personal idóneo con adecuada preparación universitaria en todo lo que se refiera al contacto con elementos indígenas, puesto que el país ya está en condiciones de proveerlo en número suficiente. De este modo, creemos, la Nación podrá recuperar la inversión que supone el sostenimiento de nuestra carrera y nosotros tendremos oportunidad de satisfacer así esa necesidad íntima que nos llevó a elegirla: la de ayudar con lo mejor de nosotros mismos a hacer conocer, respetar e incorporar a nuestra vida nacional los valiosos aportes culturales del auténtico Hombre Americano.<sup>2</sup>

El texto exhibe una ingenuidad que el propio Ratier advertía risueñamente: en un intercambio en una red social, la colega Diana Lenton contaba que, cuando en cierta ocasión le comentó que había leído su ponencia, él “se rio, le restó importancia, y dijo algo acerca de las locuras de la juventud”. Sin embargo, la propia Lenton —que sabe muy bien de lo que habla— agregaba que “esa intervención en nombre de los estudiantes... no fue poca cosa” sino, por el contrario, “un posicionamiento importante tanto para el enfoque que se estaba dando a los estudios sobre pueblos indígenas (de hecho, puede decirse que ese Congreso fue un corte en varios aspectos), como para esos primeros tiempos de la antropología social en el país.”

---

2 Ratier, H. (1963). “Los proyectos de ayuda al indígena frente a la creación de una Licenciatura en Ciencias Antropológicas”. Libro de Actas del Primer Congreso del Área Araucana Argentina de 1961, Tomo II. (En: [https://drive.google.com/file/d/1rtjZUARobcECbcpKxx4O7M4AknN0ExF/view?fbclid=IwAR3TIUjJM5IrnUy\\_F2k1N2BQrqqj1706vc1ob8jq4qpcmkARQa5JlMX\\_FBQ](https://drive.google.com/file/d/1rtjZUARobcECbcpKxx4O7M4AknN0ExF/view?fbclid=IwAR3TIUjJM5IrnUy_F2k1N2BQrqqj1706vc1ob8jq4qpcmkARQa5JlMX_FBQ)).

Poco después de escribir esas líneas, en 1963, Ratier fue parte de la “experiencia de Isla Maciel”, una iniciativa de extensión, formación e investigación coordinada por el Departamento de Extensión Universitaria de la UBA que se extendió entre 1956 y 1966. En ese contexto, junto con estudiantes de la orientación en folklóre de la carrera de la UBA, investigó los procesos migratorios que alimentaban la villa de Isla Maciel, centrándose en los pobladores que provenían de Empedrado, Corrientes.<sup>3</sup> De esta experiencia —interrumpida por el golpe de estado de 1966— resultaron los dos libros tan breves como extraordinarios que publicó el Centro Editor de América Latina y que hoy reedita la Universidad Nacional de La Plata: *Villeros y villas miseria* y *El cabecita negra*. Dirigidos al público general, ambos libros podrían ser entendidos como correspondientes al campo de la antropología urbana pero, como bien observara Ricardo Abduca,<sup>4</sup> la exceden ampliamente, “porque enfocan un horizonte más amplio de vínculos de las culturas rurales traídas por los migrantes a la ciudad”, y “se insertan en una mirada más amplia (y crítica) en donde se pone el foco en la grieta mayor de la nacionalidad argentina: el perdurable soslayo, de racismo abierto o solapado, con que los descendientes de los barcos miran a los que migraron de tierra adentro”. Ya por entonces, la antropología comprometida de Ratier era, ante todo, una *antropología crítica* que iba bastante más allá de la inmediatez de los mundos sociales que abordaba.

Durante su exilio en Brasil, Ratier se volcó definitivamente hacia la antropología rural. El foco de sus trabajos estuvo siempre pues-

---

3 Pocos meses antes de su muerte, Ratier preparó un breve relato oral de esa experiencia a pedido de la Secretaría de Extensión Universitaria de FFyL-UBA. Ver: “Filo y la comunidad - Hugo Ratier, Isla Maciel 1956-1966” (En: <https://www.youtube.com/watch?v=OJyESwmjh6c>).

4 Abduca, R. (2018). “Prólogo. Hugo Ratier. La separación de lo exótico y la laboriosa construcción de la antropología argentina”. En: Ratier, H. E., *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos*. Tomo I (p. 12). Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires. (En: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)).

to sobre la desigualdad, examinando sus fundamentos, procesos de producción/reproducción y efectos. Así, en una serie de etnografías punzantes, reveló cómo el sistema de enseñanza agrícola formaba técnicos a los que condenaba a la subordinación, mostró que la globalización y el cierre de los ramales ferroviarios condenaban a los poblados de la campaña bonaerense despoblándolos y liquidando su infraestructura, y puso en evidencia cómo las élites agroganaderas se apropiaban de la tradición y lo gauchesco para producir su propia hegemonía y distinción social. Pero también escribió sobre cómo los subalternos y explotados resistían esos procesos: así, mostró que los técnicos agrícolas competían con los ingenieros agrónomos por la ocupación de espacios profesionales, que los poblados bonaerenses se resistían a desaparecer apelando al asociativismo —esa ‘pequeña’ forma de política local— y al despliegue de reafirmaciones identitarias, que estas ‘estrategias regresivas’ suponían disputar por los sentidos de la tradición y lo gauchesco. Al releer estos textos —que me llamaron a gritos desde la tristeza de su partida— no pude sino apreciar que Ratier supo advertir algo que, al calor del compromiso, los analistas académicos no siempre notan: que esas formas de resistencia tienden a ser de corto alcance y que, muchas veces, completan círculos de retroalimentación de la desigualdad. En efecto, los técnicos agrícolas interiorizaban los supuestos hegemónicos transmitidos por el sistema de enseñanza, rechazando el trabajo manual y los saberes vinculados a su propio origen campesino, la política local y el asociativismo bonaerenses estaban atravesados por facciones que no pocas veces exhibían un corte clasista, y las élites rurales no sólo extendían exitosamente su hegemonía por el campo sino que llegaban a hacer de su espacio de socialización y distinción más visible —la Exposición Rural de Palermo— una tribuna desde la cual hablarle al país y al Gobierno sobre su propia centralidad. En este sentido, en la antropología crítica de Ratier había un enorme espacio para la empatía con los sujetos con que él se sentía comprometido, pero, al mismo tiempo, no había el menor lugar para la idealización ingenua

de esos sujetos y de sus prácticas que es tan frecuente en la antropología sociocultural actual.

Asimismo, en el curso de sus investigaciones sobre estos temas, Ratier rompió barreras que los antropólogos no solemos romper. Interesado por la importancia de las corporaciones rurales para los productores bonaerenses, se movió entre poblados tan pequeños como 16 de Julio, Recalde, Santa Luisa o Campodónico y la enormidad de la ciudad de Buenos Aires, entre el asociativismo local y la Sociedad Rural Argentina, entre los trabajadores y pobladores locales a quienes dedicaba su compromiso y las élites agroganaderas que los explotaban y discriminaban. No abundan los antropólogos que puedan cubrir semejantes trayectos sin perder la *distancia crítica* en ningún tramo del recorrido. Ratier no la perdía jamás: no sólo evitaba idealizar a los explotados y los pobres, sino que conseguía ser crítico para con los explotadores sin caricaturizarlos ni demonizarlos; apenas la ironía —que manejaba de una manera magistral— asoma cada tanto en sus textos para recordarnos de qué lado del mostrador estaba parado cuando escribía sobre temas como el del uso que hacían las élites de lo gauchesco. Los dos tomos de su *Antropología Rural Argentina*, que reúnen sus textos antes dispersos, no me dejan mentir.<sup>5</sup>

Resta mencionar la otra cara del compromiso de Ratier, que se advierte menos en sus escritos: los esfuerzos que dedicó al desarrollo de la antropología social en general y de la antropología rural en particular. En el primer sentido, como ya mencioné, fue uno de los creadores de la Licenciatura en Antropología de la UNICEN —una carrera con sede en Olavarría, es decir, en el medio de la campaña bonaerense— y, allá por los noventa, se puso sobre las espaldas al Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina para sacarlo de uno de sus tantos períodos de crisis. En el segundo,

---

5 Ver: Ratier, H. E., *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos, op. cit.*, Tomos I (en: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)) y II (en: [http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropolog%C3%ADa%20rural%20argentina%20Tomo%20II\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropolog%C3%ADa%20rural%20argentina%20Tomo%20II_interactivo_0.pdf)).

fundó y dedicó ingentes esfuerzos a sostener el Núcleo Argentino de Antropología Rural (NADAR), desde el cual impulsó la realización de varios Congresos Argentinos y Latinoamericanos de Antropología Rural (CALAAR). Muchos colegas hemos participado en mayor o menor medida de esos esfuerzos, pero nadie ha hecho más que Ratier por la consolidación de la antropología rural en términos institucionales.<sup>6</sup> Ratier entendió muy claramente que también era necesario construir la antropología social comprometida *hacia adentro del campo académico*, forjando espacios institucionales y, desde luego, formando antropólogos capaces de desplegar una mirada crítica.

\* \* \*

Acaso lo más notable de las reacciones ante la muerte de Ratier haya sido la diversidad de formas en que sus colegas manifestamos haber experimentado su influencia *en cuanto antropólogo*. Quienes fueron sus alumnos recordaron sus clases como instancias decisivas de su formación. Los que tuvieron la oportunidad de trabajar con él dijeron haber aprendido a su lado partes substanciales de lo que han llegado a saber de la profesión. Otros colegas, que en muchos casos no llegaron siquiera a conocerlo, sintieron la necesidad de contar cómo sus escritos —en especial *Villeros y villas miseria* y *El cabecita negra*— marcaron para siempre sus modos de entender lo que significa hacer antropología (algunos llegaron a citar pasajes puntuales de sus escritos que los impresionaron particularmente). Varios colegas de distintas generaciones contaron que Ratier fue quien les hizo percibir por primera vez la “violencia” y los “conflictos” que escondía la “placidez” del medio rural (evoco y confundo aquí dos frases distintas pero muy semejantes cuyos autores se me escapan).

---

6 Hoy uno puede decir con alegría que el Colegio de Graduados ha sido puesto en pie por colegas de generaciones más jóvenes y transita el periodo más estable de su historia, y que un puñado de allegados a Ratier se han hecho cargo de conducir la ardua labor de reflotar al NADAR, largamente inactivo por obra de un contador poco recomendable.

Ocurre que, de una manera misteriosa, Ratier siempre estaba enseñando. Misteriosa, digo, porque no parecía realmente que estuviera enseñando. Más bien, Ratier *hacía* cosas, y esas cosas que él hacía resultaban instructivas para quienes éramos sus colegas o estábamos en vías de serlo.

Ratier daba clases, por ejemplo, en un tono llano, casi sin marcar distancia alguna respecto de sus estudiantes. En mi memoria, al menos, escucharlo en clase no era demasiado distinto de hacerlo en un panel, en el sentido de que parecía hablar para los alumnos igual que como lo hacía para los colegas. Muchos compañeros dan fe de la atención y el interés con que trataba a cada uno de sus alumnos, valorizando lo que cada uno tenía para aportar. No tuve la oportunidad de trabajar con él en docencia ni en investigación, pero, por lo cuentan quienes lo hicieron, la situación no debe haber sido demasiado distinta. Es significativo, además, que Ratier haya preferido contribuir a la formación de muchos jóvenes, especialmente llevando al campo a estudiantes de la licenciatura, antes que conformar un equipo de investigación más o menos estable. De esta forma, no consolidó un grupo que girara en torno suyo a largo plazo (aunque, claro está, algunos colegas trabajaron con él por lapsos prolongados), como nos pide el campo académico de cara a la construcción de nuestro propio capital simbólico. En cambio, y como resultado de esa especie de renunciamiento, un gran número de chicos y chicas de distintas generaciones hicieron sus primeras experiencias de campo al lado de Ratier, frecuentemente en grupos relativamente numerosos: no es casual, en este sentido, que muchas de sus etnografías sean producto de campañas de trabajo de campo colectivas, como es el caso de los dos libros que derivaron de la experiencia de Isla Maciel, así como de *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*,<sup>7</sup> y de su exquisita etnografía de la Exposición Rural de Palermo. También en la interacción con sus colegas en general (en las pausas del trabajo de oficina, en el desem-

---

7 Ratier, H. (2004). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires: NADAR – La Colmena.

peño de sus tareas en espacios institucionales como el del Colegio de Graduados, en cenas y otras ocasiones ‘sociales’), Ratier hacía cosas que, de alguna forma, nos enseñaban algo: contaba historias propias o ajenas, recordaba experiencias de campo, cantaba (¡y lo bien que lo hacía!), etc. Me atrevo a asegurar que todos los que tuvimos la suerte de tratarlo sabemos que, casi siempre, había allí algo que valía la pena capturar.

En cuanto a su escritura, era siempre clara, estaba libre de complicaciones innecesarias y de esos despliegues de erudición (real o fingida) a los que somos tan dados los profesionales académicos, y en muchas ocasiones estaba expresamente dirigida a un público general. Despojada de pretensiones academicistas, desinteresada de la producción de la distinción que tiende a ser parte inherente de nuestras prácticas laborales, bien puede decirse que la escritura de Ratier era la continuación natural de ese *hacer* al que me refería en el párrafo anterior y, a la vez, un correlato de su concepción de la antropología social como una práctica comprometida. Por eso mismo, creo, sus textos no sólo han podido *enseñar* sino también *marcar* a tantos jóvenes aspirantes a antropólogos.

Ahora bien, si Ratier enseñaba casi sin hacerse notar, como si fuera lo más natural del mundo, esto era posible porque los demás casi siempre estábamos predispuestos a prestarle atención. Porque, para muchos de sus colegas más jóvenes, era una leyenda, una especie de prócer: ¿cómo no íbamos a prestarle atención, si era uno de nuestros primeros antropólogos sociales, el tipo que había estado en Isla Maciel, el autor de *Villeros y villas miseria* y de *El cabecita negra*, una pieza clave de la reforma del (también legendario) plan de estudios de la carrera de la UBA concretada en 1973 y velozmente borrada de un plumazo...? Y, sin embargo, Ratier era una leyenda que no sabía que lo era, un prócer alérgico al bronce, alguien que acaso se daba cuenta de que había por allí un pedestal preparado para que se subiera, pero no tenía interés alguno en hacerlo. Desde luego, él sabía que se lo asociaba con momentos clave de nuestra historia. En el curso de un

homenaje que se le dedicó en una sesión de la Junta del Departamento de Ciencias Antropológicas de FFyL-UBA, el colega Juan Carlos Radovich recordaba que Ratier era consciente de que se lo veía como a un “testimonio histórico” y decía que era “inútil tratar de evadirse” de ese papel (los entrecorridos corresponden a palabras de Ratier en una entrevista citada por Radovich, creo que de 2014).<sup>8</sup> Me consta, también, que de esa manera irónica y un poco rezongona que le era tan característica, él disfrutaba de los reconocimientos que recibía. Pero era claro que no tenía su libido fijada en el reconocimiento, ya fuera bajo la forma de prestigio académico o de la presunción de protagonismo histórico. Así que, con toda naturalidad, Ratier hacía eso que hacía, y nosotros, que estábamos siempre atentos, aprendíamos sin mayores presiones y sin darnos demasiada cuenta.

\* \* \*

No caben dudas de que Ratier fue un extraordinario etnógrafo. Releyendo varios de sus textos que ya no tenía tan presentes, no he dejado de sorprenderme una y otra vez por la sensibilidad de su mirada etnográfica, la precisión y concisión de sus descripciones, la economía de sus argumentos, la discreta brillantez de su escritura. Tenía todo esto muy presente, sin embargo, porque —no me canso de decirlo— pienso que su etnografía de la exposición Rural de Palermo es la mejor pieza del género jamás escrita en el país.<sup>9</sup> Ni que decir que el lector interesado en la etnografía debería correr a leer este texto extraordinario.

No es este el momento para analizar en detalle el estilo de las etnografías de Ratier. Basta, en cambio, con señalar que conjuga la claridad y la distancia crítica ya mencionadas con una manera de apelar

---

8 Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=2ZeWGTpGIEg>.

9 Ratier, E. (2018 [1998-99]). “Cuadros de una exposición: la Rural y Palermo. Ruralidad, tradición y clase social en una más que centenaria exposición agrogranadera argentina. Una etnografía”. En: *Antropología rural argentina. Etnografías y ensayos*. Tomo I, *op. cit.* (pp. 201-286), ([http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I\\_interactivo\\_0.pdf](http://publicaciones.filo.uba.ar/sites/publicaciones.filo.uba.ar/files/Antropologia%20rural%20argentina%20Tomo%20I_interactivo_0.pdf)).

a la teoría que no es tan común en nuestro medio, pero está bastante más extendida en Brasil, donde él cursó estudios de posgrado y trabajó. Se trata de un estilo que es tan parco en cuanto a la exposición de la teoría como fértil en su empleo: uno que la incorpora como un recurso analítico y principio de organización textual que, sin embargo, tiende a permanecer tácito a menos que sea estrictamente necesario exhibirlo, caso en el cual nunca se lo hace a voces sino con una cuidada sobriedad. El resultado de esta manera de valerse de la teoría es que los textos etnográficos de Ratier parecen limitarse a describir cuando, en realidad, están desarrollando un análisis —no cualquier tipo de análisis, desde luego, sino uno centrado en las perspectivas nativas, atento a la diversidad y el detalle de los hechos sociales, contextualizado—. Ese análisis se despliega sutilmente mediante recursos como el ordenamiento de los temas abordados, una cuidada administración de los niveles de detalle con que se presentan las descripciones, las relaciones —a veces implícitas— que se trazan entre esos temas y detalles, un uso ponderado de los conceptos teóricos, y una capacidad notable para —acorde a la mirada siempre crítica que ya he mencionado— dar cuenta de las perspectivas nativas sin dejarse colonizar por ellas ni travestirlas para tornarlas en vehículos del punto de vista del etnógrafo. De esta forma, las etnografías de Ratier encarnan como pocas esa definición —tan repetida como poco comprendida— de *la etnografía como una forma de descripción analítica de una porción del mundo social*. Leerlas es una forma inmejorable de empezar a entender qué quiere decir esta frase hecha.

\* \* \*

Decía al comienzo que creo que hablar de Ratier es hablar de nuestra antropología social. Me refiero a que los escenarios que le tocó transitar (el de los primeros brotes de la especialidad en la UBA y del *compromiso* como su ideal constitutivo; el del exilio; el del definitivo establecimiento de la especialidad en la misma universidad; el de la creación de una de nuestras pocas carreras de antropología

en una pequeña ciudad del interior bonaerense; el de la construcción de una antropología rural; etc.) y la manera en que lo hizo (su forma de entender y practicar una antropología crítica sin concesiones; su condición de etnógrafo ejemplar; su desinterés por la conquista de alguna forma de preminencia en la academia; etc.), hacen que la suya sea una de esas figuras que, inevitablemente, atraen la atención de los especialistas en la historia de una disciplina. En ese sentido, no me caben dudas de que, más pronto que tarde, algunos colegas harán de Ratier, su trayectoria y sus productos (tanto los escritos y los institucionales como aquellos, menos tangibles, que toman la forma de huellas dejadas sobre los saberes de terceros), un *analizador* de la historia de la antropología social argentina contemporánea. Será entonces, también, cuando alguien intente escribir el balance dizque definitivo que hoy evito.

Desde hace algunas décadas, la antropología social vive tiempos de consensos débiles, dispersión temática, porosidad de los límites disciplinarios y retraimientos defensivos. Como correlato de esos males, se han desarrollado marcadas tendencias hacia la exhibición compulsiva de diacríticos de la identidad disciplinaria y hacia el desarrollo de reflexiones más o menos torturadas sobre la naturaleza de la profesión. Ratier no era demasiado dado a hablar públicamente sobre estos temas ni a las performances identitarias —a menos que fueran irónicas—. En cambio, era un antropólogo social de cabo a rabo y, muy puntualmente, un etnógrafo en cuerpo y alma. Alguna vez, Ratier dijo —como reza el epígrafe de estas notas— que no sabía bien qué era la antropología, pero la reconocía cuando la veía pasar. Yo creo que, si alguna vez se hubiera cruzado con la antropología —en algún paraje bonaerense, digamos—, ella lo habría reconocido. Y el abrazo, claro, habría sido inevitable.

**Fernando Alberto Balbi**

*11 de julio de 2022*

## UNA REEDICIÓN NECESARIA

---

Durante muchos años, y hoy mismo, soy recordado a nivel académico y general por dos trabajos cuya primera aparición data de 1972: *Villeros y Villas Miseria* y *El cabecita negra*. Recibo inesperadas llamadas de periodistas, profesores, colegas y estudiantes en las que se me requiere para opinar sobre temas vinculados a esa problemática migratoria. Por cierto, encontrar ejemplares de esas primeras ediciones es hoy muy difícil. Tampoco es frecuente dar con las dos ediciones siguientes de *Villeros*, de 1976 y 1985; ni la de 1976 de *El Cabecita*. Cabe aclarar que tengo otras publicaciones, que mi interés se dirige actualmente a la antropología rural y mis últimos estudios se refieren a pequeñas poblaciones bonaerenses. No obstante, como me manifestara mi amigo y colega Miguel Murmis: “vos podrás trabajar en lo que sea, pero no importa. Siempre serás el antropólogo de las villas”.

Como tal me asumo, entonces, y reúno en este volumen los dos textos con algunos agregados contextualizantes y complementarios. En su preparación agradezco el invalorable aporte del colega Ricardo Abduca quien, en alguna medida, demostró conocer más de mi trayectoria y obra que yo mismo. Pero antes de entrar en materia estimo

necesario ubicarme en la época en que ambos libros aparecieron e indagar las posibles causas de su persistencia.

En 1966 surgió la dictadura de la llamada “Revolución Argentina” con su pretensión de eternidad. En la esfera universitaria sucedió, entre otras cosas, la “Noche de los Bastones Largos” y la reacción de docentes e investigadores que presentaron masivamente la renuncia a sus cargos, con la ilusión de que tal masividad revertiría la acción destructiva del Gobierno. Vana esperanza. En mi caso y en el de miles de colegas solo significó la expulsión del ámbito académico y la necesidad de ganarse la vida fuera de él. Hubo respuestas creativas, como la organización de centros de estudio multidisciplinarios e institutos de formación privados, que procuraban paliar el empobrecimiento en la formación de los graduados universitarios.

En mi caso, perdí el cargo docente en la Facultad de Filosofía y Letras, que había ganado por concurso; y mi puesto en el Departamento de Extensión Universitaria, dependiente del Rectorado de la UBA, en el cual me desempeñaba dentro del Centro para el Desarrollo de la Comunidad de Isla Maciel, ubicado en el Partido de Avellaneda en la provincia de Buenos Aires. Fue mi primer contacto con una villa miseria integrando un equipo excepcional de profesionales de varias especialidades que desarrollaban allí una notable labor en moldes participativos. Yo era el único antropólogo y había iniciado una investigación en la villa y en el lugar de origen de algunos de sus habitantes, para profundizar en el tema migratorio. Todo tuvo que abandonarse. Me refugié, para sobrevivir, en el empleo burocrático que tenía.

El avance dictatorial sobre la universidad tuvo otra consecuencia: el desmantelamiento de la revolucionaria editorial EUDEBA, en cuya organización había sido vital el genio de Boris Spivacow. Pero este editor, incansable, se volcó en otro proyecto, el Centro Editor de América Latina –ejemplar también– donde muchos de los expulsados de la universidad encontramos posibilidad de trabajo. Para mí, el Centro fue el ámbito donde pude seguir practicando la antropología.

Al mismo tiempo y en tanto avanzábamos hacia los 70, la militancia social y política se fue tornando necesaria. Para mi significó el retorno a las villas, claro que en un plano totalmente distinto a mi anterior aproximación profesional. Muchos de los datos que incluí en mis libros me fueron provistos por compañeros de militancia, cosa que, por supuesto, no dije en su momento.

Fue en el contexto del Centro Editor donde escribí los dos trabajos que ahora reedito. Cuando me pidieron “algo sobre villas” pensé en hacer una recopilación de otros aportes. Pero no encontré mucho, más bien expresiones literarias, cuentos y novelas sobre el tema. Entonces comprendí que estaba obligado a escribir algo yo.

Ahí tuve que decidir una orientación. Podía ser un enfoque académico, con plétora de citas bibliográficas, terminología especializada, cuadros estadísticos precisos, lenguaje erudito. Pero la colección que se me había asignado se llamaba *La Historia Popular/Vida y milagros de nuestro pueblo*. Eso suponía un público general e imponía la divulgación. Procuré escribir entonces para ese público y salir al encuentro de los prejuicios más frecuentes que éste solía sostener, con la esperanza de rebatirlos. Eso sí, utilicé datos basados científicamente. Nunca me aparté de ese rigor.

Integrarse a una colección como las del CEAL tenía innumerables ventajas. Por lo pronto, sus libros se vendían semanalmente en los kioscos. Los lectores de *La Historia Popular*, interesados en una temática tan vasta como la que va del conventillo, la revolución del 90, el fútbol, el peronismo, el gaucho, a la guerra del Paraguay hasta a la poesía lunfarda, por ejemplo; estaban atentos a los nuevos títulos. Y entre esos lectores hubo algunos excepcionales como Norberto D´Atri.

El 27 de enero de 1972, cuando yo aun no sabía que mi libro había aparecido y estaba a la venta, D´Atri publicó en *La Opinión* (por ese entonces era un diario absolutamente influyente entre nosotros) una nota titulada “Una lúcida investigación analiza el serio problema de las villas miseria”. Ante tal calificación, quise saber de qué se trataba, ya que entraba en *mi* tema. ¡Y era ni más ni menos que sobre mi libro!

Muy elogioso, casi imponía su compra a los lectores. Corrí a la esquina, lo pedí, y el kiosquero me dijo: “¿Usted también leyó *La Opinión*? ¡Se me está agotando!”

Di con D’Atri telefónicamente días después. Me contó que él no hacía crítica bibliográfica en el diario, pero que leyó *Villeros* y le llegó muy hondo. Tanto que pidió para hacer la nota, que incluimos más adelante. Considero que su intervención fue fundamental para el éxito del libro.

A pedido de amigos (en especial gente del interior) encaré otro tema, el del racismo argentino, y produje *El cabecita negra*. Por lo que he conversado, las preferencias de los lectores varían entre uno y otro libro. Para mi ambos se complementan y por eso ahora decidí tomarlos juntos.

Fue esa partida desde los kioscos lo que facilitó una amplia distribución de los libros y su utilización como herramientas tanto para información como para base de discusión política. Esa fue mi intención en el contexto de una dictadura reaccionaria que asumía la discriminación y el racismo como base de su acción antipopular: dar armas para rebatir el prejuicio. Así, se produjo el regreso de los textos a los espacios geográficos y sociales que les dieron origen.

Esa vuelta al entorno villero me trajo asimismo gratas sorpresas. Comprobé que los compañeros me habían leído, y que usaban mis argumentos en su oratoria. Pude comprobarlo al escucharlos. Un ejemplo fue lo que llamé “el mito de los monobloques” referido al supuesto mal uso de los departamentos nuevos por los villeros realojados. Como escritor y como científico, contribuir a esclarecer esas falacias fue mi mayor recompensa.

Pero, ¿cómo encarar esta reedición a casi 45 años de la aparición de los libros? Las villas han cambiado mucho, su población también, el país todo ha experimentado cambios notables. ¿Deberíamos entonces actualizar los datos, presentar un nuevo panorama que dé cuenta de lo que son las villas y sus habitantes hoy? ¿Dar cuenta de las nuevas generaciones de habitantes nacidos en las mismas villas y

no ya producto de la migración? ¿Analizar las organizaciones que en este momento los agrupan?

No lo creo. Ello significaría toda una nueva investigación para lo cual no contamos ni con tiempo ni con medios. Hay, por otra parte, una vasta literatura a la que se puede acudir para obtener un panorama más actual.

Déjenme asumir la condición de clásico que algunos me han otorgado. Podría atribuirle, quizás, a haber sido la mía, tal vez, la primera incursión desde las ciencias sociales en una temática que no solía encarar la antropología de la época. Hasta ese momento, el mundo villero había quedado limitado a expresiones literarias. Yo tuve que meterme en él y mostrarlo con elementos nuevos. Entré en él desde una perspectiva que calificué de *antropología urbana*<sup>1</sup>. Poco frecuente, era algo que no se enseñaba en la Facultad. Los antropólogos nos limitábamos a estudiar poblaciones indígenas y algunos campesinos (los *tradicionales*, que producían *folclore*). Fue mi inclinación hacia la problemática rural la que informo mi entrada como investigador en la villa. Yo veía en los villeros a gente del interior, como yo, y trataba de entender de qué forma procuraban incorporarse a la ciudad extraña (eso que a mí me había costado mucho, pese a pertenecer a otro estrato social). Los veía, también, enfrentando el prejuicio, el que los denigraba como *cabecitas negras*. Por eso estimé necesario acudir al lugar de origen, conocer su situación y desde allí apreciar cómo estas poblaciones provenientes del interior o de países limítrofes pugnaban por convertirse en ciudadanos.

Ese periplo no ha cambiado mucho y su conocimiento sigue siendo útil para entender la situación actual (tan útil como lo es siempre el dato histórico). Trasladarse a las grandes ciudades continúa siendo recurso principal para escapar a la explotación y a la falta de trabajo creciente en el interior. Los villeros siguen padeciendo discriminación y represión. Les siguen faltando viviendas y urbanización. Y

---

1 Ratier, H. 1967 : "Antropología urbana: una experiencia comparativa". *Etnia*, n° 5, p. 1-2.

siguen organizándose para resistir. El racismo argentino aún opera y los encasilla como *cabecitas negras* o, simplemente, como *negros*.

Bueno sería que los temas abordados en estos dos trabajos tuvieran interés apenas como testimonios felizmente superados, casi de carácter arqueológico. Sin embargo creemos que, en su eventual valor como clásicos (ahora unificados en un volumen), se justifica por la permanencia de problemas que pueden encontrar en él datos y argumentos útiles para la incesante lucha en busca de la mejora de las condiciones de vida populares. Así sea.

**Hugo Ratier**

*octubre de 2016<sup>2</sup>*

---

2 Hugo E. Ratier había preparado este escrito para una reedición anterior que no llegó a materializarse. Antes de que se llevara a cabo una actualización de la reedición, el autor falleció. Por ello se tomó la decisión de respetar las palabras escritas anteriormente.

El drama de los argentinos segregados

# Una lúcida investigación analiza el serio problema de las villas miseria

Escribe Norberto D'Atri

*Villeros y Villas Miseria*, por Hugo E. Ratier. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 113 páginas.

Si usted es porteño y vive en un barrio "decente", vaya hasta la esquina y en el puesto de diarios, entre las revistas deportivas, las semipornográficas y el horóscopo semanal, encontrará un libro- **Villeros y Villas Miseria**-; cómprelo y léalo: deberá, luego de hacerlo, encontrar una válvula de escape para expresar su indignación.

Esta introducción, menos ortodoxa que la de una crónica bibliográfica, tiene su razón de ser: el libro de Hugo E. Ratier es algo fuera de lo co-

mún. Al tomar contacto con él, supusimos que se trataba de una de las clásicas monografías de licenciados en sociología o sobre "poblaciones marginales", "índices de urbanismo", "cuestionamientos al sistema" enrolladas, según los casos, en el "cientificismo" conformista o el panfleto insurreccional.

Nada de eso. El autor utiliza con idoneidad datos e información sociológica y antropológica, ubicándolos con su preciso conocimiento de nuestra historia política y una clara comprensión del proceso económico y social argentino. Además, es un trabajo bellamente escrito, en un idioma "argenti-

no" fluido, ágil y con la contundencia del "cross a la mandíbula" que Arlt pedía para nuestra literatura. En apenas 110 páginas - cuando podría haber utilizado muchas más- Ratier supo condensar el mejor resumen sobre origen, causas y efectos de la creación y existencia de las "villas miseria" que se haya publicado hasta el presente.

♦ **"No somos parias"**

En la primera página hay un poema. Cuidado: no los versos de un intelectual que hace "protesta" sobre la "villa"; es la poesía de un "villero". Dice: **Atención, porteño| a esta Villa Miseria: cementerio de sueños de cabecitas negras...**

**Pero entiende antes: NO SOMOS PARIAS| somos inmigrantes en nuestra propia Patria.** Esta última estrofa resume el tema central del libro: la inmigración interna que produce la “villa”. Un fenómeno argentino con las similitudes y concomitancias de los **cantegriles** uruguayos, las **callampas** chilenas, las **favelas** brasileñas, las **barriadas** limeñas, los **ranchos** venezolanos, los **bidonvilles** norteamericanos.

En este trabajo, el investigador – utilizando una metodología diferente de la de los trabajos de inspiración **ginogermanista** o **ditellianos**– no traza gráficos ni busca coeficientes matemáticos que porcentúen “índices”. No “marca casilleros”. Habla con la gente, la escucha. Más que “observarla”, la “ve”, la “siente” y demuestra que el origen del éxodo siempre está vinculado al problema de la tenencia de la tierra.

#### ♦ Los porqué

Entonces, tras la presencia de los bolivianos en las villas, está la denuncia de la oligarquía latifundista norleonesa y el drama social y geopolítico del Altiplano. En la de los jujeños, la trampa mineral de “Mina Aguilar” (National Lead) “que, desde hace años cumple con la función de **no extraer** nuestros minerales”. Y en la de los chaco-santafecinos subyace la culpa de “La Forestal”, “dedicada justamente a deforestarnos”.

Tras la desnutrición y subalimentación, común a la población provinciana que llega a las “villas”, aparece la denuncia de la sociedad de consumo penetrando en la economía tradicional, reemplazando la carne y la leche, ahora imposibles de conseguir y pagar, por los fideos baratos y atractivamente envasados, pero carentes de proteínas.

También en el análisis político del proble-

ma, **Villeros y Villas Miseria** alcanza un grado de lucidez llamativa e infrecuente. Exime de culpas al gobierno peronista por la subsistencia de las “villas” (apoyándose, aquí sí, en datos y estadísticas) y muestra la falsedad de una mitología que atribuye el origen de las villas a “causas fundamentalmente políticas de un problema creado por la tiranía”. Falacia editorializada por la “prensa seria”.

Ratier demuestra cómo “los negros” formaron, efectivamente, “villas” durante la época de Perón (producto de un déficit habitacional y no de una intencionalidad segregacionista) pero para integrar una mano de obra industrial que los absorbía, les pagaba salarios puntualmente (en moneda, no en “vales”, como antes y ahora en el interior del país), les otorgaba protección gremial y servicios asistenciales gratuitos mientras realizaba la acelerada

construcción de monobloques urbanos (hecho real, verificable, tangible), modestos pero funcionales e higiénicos. El ritmo de crecimiento de estas construcciones hubiera eliminado -en gran parte- las “villas” si no hubiera sido frenado en las postrimerías del régimen peronista gracias a una leyenda que difundió la clase media antiperonista – y aceptaron las capas medias y un sector de la burocracia peronista- que podría resumirse así: “Cuando los villeros tomaron posesión de sus flamantes departamentos, lo primero que hicieron fue levantar el parquet de los pisos para hacer fuego y preparar asados... (y) sembraron plantas e las bañaderas”.

Un grupo de profesionales y estudiantes universitarios que integraba el autor de este libro, realizó una exhaustiva investigación sobre el hecho en todos los monobloques de la época para

ubicar y cuantificar casos concretos. La respuesta que encontraron fue, invariablemente, ésta: “Bueno, no sé bien cuándo ni dónde, pero es cierto. Todo el mundo lo sabe”. No se pudo detectar un solo caso. La “villa”, por otra parte, ha dado su respuesta política: es peronista, integral, tozuda y heroicamente (sic). La “gente decente” tampoco puede perdonarle esto.

#### ♦ La cuña americana

Después de 1955, toda la política oficial respecto de las “villas” (pobladas por 80 mil habitantes en 1955 y por 800 mil en 1970) se redujo al tacho de kerosene y el fósforo alevosamente arrimado. Hasta llegar a Onganía, uno de cuyos “proyectos” consistió en un plan de “erradicación” que establecía residencias “transitorias” para “reducción”. Lo que resultó de este plan también está narrado en el trabajo de Ratier. Como

el alucinante periplo de los que vienen de lugares donde no hay qué comer, ni dónde trabajar, ni cómo aprender. Y van a una ciudad que no quiere darles de comer, ni los deja trabajar, ni los quiere educar. Que les escupe en el rostro su rechazo, no conformándose con la segregación infamante del ghetto telúrico, americano, que -en definitiva- es la villa. Dejándoles para sobrevivir el camino del delito. Sin embargo, los índices de delincuencia y prostitución son mínimos, si se tiene en cuenta la motivación ambiental.

En resumen: el establishment y sus amos imperiales no los dejan vivir allá y tampoco los quieren acá. Y esto que se hace contra las últimas reservas de la nacionalidad tiene un nombre: **genocidio**. Y un trasfondo histórico: el “proyecto liberal” surgido después de Caseros, que consideró “bárbaro” a todo lo americano.



Atención, porteño  
a esta Villa Miseria:  
cementerio de sueños  
de cabecitas negras.

De aquí parte el grito,  
lamento profundo  
que marca un hito  
en la miseria del mundo.

Es un grito de rabia,  
de dolor y de pena,  
que bulle en la savia  
de nuestras venas.

Dolor de hermano  
de tierra adentro,  
con la misma sangre  
que llevas adentro.

Pena por sabernos  
por pobres, menos,  
y que quieren tenernos  
socialmente ajenos.

Pero entiende antes:  
NO SOMOS PARIAS,  
somos inmigrantes  
en nuestra propia Patria.

CHILMINO  
(*poeta villero*)



## Introducción

¿Cuántos años tienen? ¿Cómo son? ¿Quiénes viven en ellas? El hombre de la ciudad no siempre las conoce, pasa atemorizado ante esa acumulación de chapas y maderas cuya impresión de desorden le molesta. Maldice su suerte si le toca vivir al lado de una. Observa con temor el ir y venir de los hombres que las habitan hacia el trabajo, la intrusión de sus mujeres en los comercios del barrio, la travesura descalza de sus enjambres de niños.

Aunque la clase media no lo sepa, la villa miseria ya está imbricada para siempre en su vida diaria. Llega hasta las casas de departamentos desde su propio nacimiento en el albañil boliviano que las levanta, en la mujer que cumple tareas de servicio doméstico por horas. Está en los brazos fornidos de los portuarios, en el cuchillo de los matarifes del frigorífico, en las fábricas, en la mujer que vende ajos y limones en la feria. La villa construye y mantiene a la ciudad que generó y la margina.

La mayoría de la gente que habita en casas “normales” parece conocerla tan solo de oídas. La voz sabia de alguno que transitó esporádicamente con miedo por las callejuelas advierte: “Es mejor no entrar solo. Y de noche... ¡ni loco!”. En general, el país parece avergonzarse de ellas. Fueron eliminadas con prisa y rigor de la autopista que une Buenos Aires con Ezeiza. Contrastaban demasiado con los altos edificios que con fines sociales construyó –no para villeros– la municipalidad porteña, e impresionaban mal al turista que entraba al país desde el aeropuerto internacional. Se plantea erradicarlas de las vecindades de la estación Retiro, donde se erige un gigantesco hotel de la cadena Sheraton. Su visión desde los lujosos departamentos empañaría la “imagen” que el país vende al viajero que nos trae el “regalo” de sus dólares.

El eufemismo oficial las denominó y denomina “barrios de emergencia”, como augurándoles transitoriedad. El pueblo las fue bautizando individualmente con matices irónicos: Villa Tranquila, Villa Piolín, Villa Jardín, Villa Insuperable. Un periodista, Bernardo Verbitsky, las unificó como “villas miseria”, vocablo de singular fortuna. Polemizó, inclusive, reclamando la paternidad del nombre, pero ya no le pertenece. El pueblo no reconoce derechos de propiedad, olvida a los autores, se apropia de las cosas para agregarlas a la herencia común del anonimato.

Lo cierto es que constituyen lunares de dependencia, manchones de subdesarrollo en el rostro compuesto y pretencioso de Buenos Aires. No sirven de consuelo las teorías económicas que la interpretan como “indicadores de crecimiento”, saludables en el fondo. Es consuelo de tontos también el decir que son un mal de muchos, que tienen sucedáneos en casi todo el mundo: cantegriles, en Uruguay; barridas, en Lima; ranchos, en Venezuela; favelas, en Brasil; callampas, en Chile; bidonvilles, en Estados Unidos; shangais, en Italia, etc. Igual duelen, molestan, conmueven o indignan. Aunque sean la expresión argentina de un fenómeno mundial que, no nos engañemos, no es el crecimiento ni el subdesarrollo. Es, simplemente, la explotación y la dependencia.

Plantas urbanas atípicas, constituyen campamentos populares que van cercando a la ciudad opulenta. No responden, es cierto, a las pautas clásicas del urbanismo. El laberinto de sus callejuelas desorienta al extraño. Hay pasillos sin finalidad aparente, que cuando el enemigo ataca se convierten en escondites. Dos puertas en sus casillas garantizan la fuga rápida ante amenazas extrañas. La villa sabe que se lleva contra ella una guerra de exterminio, y se defiende.

En 1955, 80.000 personas las habitaban. En 1970, cálculos conservadores estimaban su población en 800.000. Para mucha gente, incluidos ciertos “importantes matutinos”, las inventó Perón, y “por razones políticas”. Lo cierto es que preexistían al período peronista, y que crecieron como nunca cuando concluyó este. Nadie ha aven-

turado todavía la hipótesis de que las inventó la Revolución Libertadora. Eso sí, es a partir de esta cuando se las estudia con mayor ahínco y con mayor inutilidad. Sus viejos y hasta entonces casi únicos hábitos, los vendedores ambulantes, ven pasar a su lado ejércitos de sociólogos, asistentes sociales, sacerdotes, damas de beneficencia. Instituciones oficiales y privadas, partidos políticos, diversas confesiones religiosas lo apadrinan. En ocasiones, los ejércitos son más contundentes: gigantescas razzias policiales siembran el terror en las casuchas humildes.

Sociológicamente, las villas son las sucesoras del conventillo. Como estos, albergan el exceso de población que el campo envía sobre la ciudad. Como estos, forman parte de las soluciones que el pueblo puede dar a sus problemas, aprovechando los resquicios que le deja el sistema social que lo oprime, el que los expulsó de las tierras donde desde siempre vivieron sus antepasados. Hay algunas diferencias con el conventillo, sin embargo.



## Conventillos y migración ultramarina

“Gringos”, “turcos” y “gallegos” formaban el grueso de la población conventillera. Eran el resultado de una política de poblamiento levantada desde la organización nacional, que, en setenta años, desde 1860, introdujo en el país seis millones de inmigrantes (Margulis, 1968, p. 36). No anglosajones, como soñara Alberdi, pero al menos europeos. La panacea europeísta constituye una larga tradición que coincide con los intereses de las grandes potencias de la época, y todavía dura. La historia de las villas nos lo va a demostrar.

En teoría, el europeo venía a “poblar el desierto”, a ejercitar la agricultura en la cual –se suponía– era más ducho que el criollo. En la realidad, se encontró con la paradoja de que tal desierto tenía dueño, que no podía acceder a la propiedad de la tierra, que el régimen de arrendamientos rurales lo condenaba a un eterno vagabundeo. La oligarquía ganadera lo utilizaba para sembrar potreros de alfalfa y luego lo despedía. Las colonias agrícolas fueron la excepción, y casi todas ellas se situaron en el Litoral, generando lo que conocemos hoy como “pampa gringa”.

El extranjero refluye entonces sobre las ciudades. Buenos Aires absorbe la mitad de ellos, y la especulación inmueble le destina el hacinamiento de las viejas casonas coloniales abandonadas por la clase alta tras la fiebre amarilla; y les construye luego nuevas casas de inquilinato.

Pero Buenos Aires crece, se desplaza en conurbaciones que siguen a los rieles del tranvía, verdadera revolución en el transporte urbano. La “casita propia” florece en los barrios obreros, en los alrededores de la ciudad, y el conventillo se va despoblando.

Por diversas circunstancias, el contingente europeo no se renueva a un ritmo constante, y hacia 1930 prácticamente cesa. En el puerto nace, de ese “crisol de razas” de los próceres, un modo de vida propio.

Siempre el puerto miró a Europa; ahora lo hará más que nunca. La capital lo contiene todo; el interior, nada.

La división internacional del trabajo resuelta más allá del Atlántico, atribuyó a nuestro país el papel de proveedor de materias primas, en especial carne y granos. Por largo tiempo, ese rol permitió el enriquecimiento constante de una clase social que, lejos de reinvertir lo ganado en actividades productivas, lo empleó en elementos suntuarios. Mansiones fastuosas, ministerios recubiertos de mármoles y parques que nada tienen que envidiar a los de Europa, marcan ese período de prosperidad.

Las transformaciones económicas se van generando poco a poco, cuando las guerras mundiales cierran la importación europea y el país debe sustituirlas. Fábricas y pequeños talleres concentran los primeros núcleos obreros, en un momento en que la mayoría de la masa laboral se volcaba hacia los llamados “servicios” (empleados, sirvientes, conductores de carros o autos, etc.).

En 1914 se verifica el famoso deterioro en los términos del intercambio: se paga menos por la materia prima y se cobra más por las máquinas. Gran Bretaña, que controla los resortes económicos del país, se surte ahora en sus dominios (Canadá, Australia), cuya productividad no cesa de avanzar mientras la nuestra queda estancada.

Ese deterioro se agravará en términos dramáticos con la crisis mundial de 1930. La desocupación se cierne sobre el mundo, y nuestro país ve aparecer las primeras villas: Villa Desocupación, en Puerto Nuevo, con sus ollas populares, sus “atorrantes”<sup>1</sup>, su arquitectura de chapas.

La Argentina continúa sustituyendo importaciones, es decir, industrializándose. El estallido de la Segunda Guerra Mundial acelerará el proceso. La inmigración, entre tanto, ha dejado de alcanzar las cifras sorprendentes de otrora. Para conseguir la mano de obra que la industria en expansión requiere, el país debe recurrir a sus propias reservas humanas. Entonces entra en escena un elemento nuevo.

---

1 Según tradición, los individuos que llevaban ese mote lo deben a haber pernoctado en el puerto dentro de grandes caños. Estos llevaban escritos en grandes caracteres el nombre de su fabricante francés: “A. Tarrant”, de donde derivó “atorrante”.

## Del conventillo a la villa

Nuestro campo nunca fue hospitalario. Sus duras condiciones de vida mejoraron un poco en cuanto a relaciones laborales (por ejemplo, con el Estatuto del Peón, sancionado en 1944), pero la estructura de la propiedad de la tierra continuó igual. El grueso de la población campesina tuvo acceso limitado a esa propiedad, y el latifundio siempre fue la regla. Tuvo que buscar soluciones que nadie le daba, y la única que tenía a su alcance era la migración. La década del 40 asiste al aceleramiento de ese proceso de despoblación del campo. La ciudad atrae con sus posibilidades de empleo, su nivel de servicios, su mayor acceso al consumo. El campo expulsa.

En 1930, todavía, el conventillo, la pensión barata, podían ser viviendas obreras. Cuando los frigoríficos trasladan sus plantas desde el Litoral al propio puerto de Buenos Aires, en los conventillos de Isla Maciel se albergan los peones de esos establecimientos. Expertos en una industria semirrural, conviven con los genoveses y descendientes de europeos en general; que trabajan en la ribera vinculados a la construcción naval.

Luego, ni esas viviendas –por cierto, nada recomendables desde el punto de vista higiénico– se encuentran al alcance de la masa migratoria interna. El ingenio del criollo busca nuevamente la solución propia, apelando a los elementos que le brinda su cultura tradicional. Hay una antigua arquitectura campesina que, uniendo técnicas indígenas y españolas, capacita a cualquier individuo para levantar su vivienda.

Claro que aquí no existen elementos que en algunas regiones del país están tan a mano. Ni la piedra, ni las cañas, ni la posibilidad de hacer adobe. Entonces se recurre a cualquier cosa: chapas de zinc, maderas de cajones, bolsas. Hasta baterías de automóviles en desuso, como las que constituyeron las paredes en una antigua villa denominada por eso mismo Villa Acumuladores.

Se aprovechan los elementos constructivos que la ciudad ofrece. Bajo los puentes de los ferrocarriles acampan muchas familias, que luego van cerrando espacios con materiales diversos. En baldíos muy céntricos (en la calle Garay de Buenos Aires, por ejemplo, a metros de la estación Constitución) la villa comienza a formar parte del paisaje urbano.

La regla, sin embargo, es que crezcan junto a los lugares de trabajo, en terrenos de preferencia fiscales.

No es raro. Nuestro campesino ha considerado siempre casi propio el terreno estatal, esas tierras que él mismo contribuyó a colonizar. No hacía sino aplicar una vieja norma consuetudinaria.

Observando algunas casillas, podemos percibir todavía la cumblera y las tijeras del rancho criollo, aunque ahora están recubiertas por chapas o maderas. El piso de tierra apisonada es común, y en zonas anegadizas, el hombre del Litoral ha utilizado la técnica del palafito: la casa elevada sobre pilotes a la que se accede por una escalerita, como defensa contra las inundaciones. El derecho de ocupación proviene del trabajo. Los primeros habitantes de las villas van delimitando sus terrenos, delimitación que luego sufrirá modificaciones por razones de espacio y de necesidad. La ley los define como “intrusos”, pero ellos venden y alquilan sus casillas o pedazos de terreno. Desde el comienzo se enfrentan al sistema, cuyas leyes desconocen de hecho para arbitrar las propias.

Al viejo Buenos Aires le molesta un poco esta nueva concreción urbanística, esta presencia morena en sus calles, esa invasión de un pueblo desconocido. Y es que la población porteña, producto importado por excelencia, ve llegar algo que no comprende: el propio país.

La villa es una realidad que parte de bases distintas, cuyas raíces se hunden en el pasado nacional. Y de repente, Buenos Aires se da cuenta de que ella (y no la villa) también es América.

## Más allá del puerto

En el territorio argentino de comienzos de la conquista, dos factores fueron la medida de la riqueza en sus diversas regiones: los indios y el ganado. En el Noroeste y el Nordeste, el conquistador se asentó sobre poblaciones de tradición agrícola.

En el Noroeste se practicaba el riego, se cultivaba en terrazas. En el húmedo Nordeste, los guaraníes practicaban la horticultura, en especial la de la mandioca, quemando la selva para fertilizar el suelo. Ambos pueblos conocían técnicas textiles y cerámicas. La institución de la encomienda permitió a los españoles apropiarse de esa fuerza de trabajo, y en el mismo sitio donde habían sentado sus reales los indígenas, plantaron sus ciudades.

La Iglesia, con sus misiones y reducciones, participó también de esta forma de riqueza. Concesiones especiales del rey de España permitieron, por otra parte, la formación de poblaciones denominadas “pueblos de indios”, con relativa independencia, que perduran hasta más allá de 1850. Es allí donde comienza el mestizaje biológico y cultural de conquistadores y conquistados.<sup>2</sup> Se va constituyendo lo que

---

2 “De la Importancia de la población india en la gobernación de Tucumán habla muy elocuentemente el recuento de 1778: sobre 126.004 habitantes: 34.516 son “españoles civiles”, 453 religiosos, 35.324 indios, 44.301 negros zambos y mulatos libres, 11.410 de los mismos esclavos. Los españoles eran en gran parte, por ese entonces, recién llegados. Los negros, mulatos y zambos aumentaron, principalmente por cruzamiento con españoles e indios... En la campaña el censo de 1776 (para el curato de Arauco) arroja la siguiente proporción: españoles, 563; indios, 1.550; mulatos, zambos y negros libres, 162; los mismos esclavos, 243. Con toda certeza era la población urbana, a fines del siglo XVIII, la que concentraba la mayor parte de españoles, negros y mulatos. Treinta años antes de la declaración de la independencia el Tucumán cuenta con tantos indios como españoles; los indios constituyen gran parte de la población rural y hasta el resquebrajamiento de la estructura política virreinal muchos indígenas vivieron en pueblos de indios o reducciones con sus propias autoridades, legalmente establecidas para evitar su esclavización por los colonos españoles.” Enrique Palavecino, “Áreas de Cultura Folk en el territorio argentino” (en J. Imbelloni y otros, *Folklore Argentino*: Buenos Aires, Nova, 1959, p. 348).

Darcy Ribeiro denomina *pueblos neoamericanos*. Guaraní-parlantes, en el Litoral, y quechua-parlantes, en el Noroeste, van creando formas de vida especializadas en relación al medio que habitaron.

El Sur no fue tan grato para el conquistador. Los indígenas de las pampas y la Patagonia jamás se sometieron a su yugo. La proliferación del ganado vacuno y caballar alcanza allí proporciones impresionantes. En ningún lugar de la Tierra estas especies encuentran un medio mejor para reproducirse: inmensas llanuras sin límites cubiertas de pastos naturales, a los que se agregarán los de procedencia europea, posibilitan la vida libre de tropas de ganado cimarrón, que, en algún momento, llegan a los 40 millones de cabezas.

Hacia el siglo XVIII, los agricultores araucanos de Chile penetran en nuestro país. Su vida va a cambiar radicalmente. Dejarán el cultivo del maíz, la vivienda fija, las costumbres sedentarias, para convertirse en ganaderos. Del tehuelche patagónico tomarán el toldo de cuero. Abandonarán el arco y la flecha por la lanza y las boleadoras; y pasearán triunfalmente por un amplísimo territorio situado al sur del río Salado, en la provincia de Buenos Aires, y que comprendía la parte meridional de Córdoba, San Luis y Mendoza, extendiéndose hasta el confín del continente.

Blancos e indios son, en esta zona, competidores en la explotación ganadera, y su enfrentamiento es inevitable. Los grandes imperios agrícolas de aztecas e incas cayeron con relativa facilidad en poder de un puñado de españoles, pues la agricultura amarraba a los guerreros indígenas a la tierra. El ejército de Moctezuma disminuía en épocas de cosecha, y Cortés lo aprovechó. Pizarra quemaba las sementeras de los súbditos del Inca, sumiendo en el hambre y el terror a sus poblaciones.

En aquellos altiplanos áridos, la supervivencia dependía del trabajo humano. El cazador tehuelche o el agricultor araucano, luego transformados en ganaderos, cuentan con su territorio que les ofrece posibilidades de sustentación similares prácticamente en todas partes. Las reses se mueven junto con los campamentos, y el caballo –que

el indio domina y domestica mejor que el gaucho— constituye una verdadera revolución tecnológica, tanto en la casa como en la guerra. Todos estos elementos darán a los imperios de la pampa cuatro siglos más de existencia libre que a los estados agrícolas del Norte.

Frente a las huestes indias aparece un personaje nuevo: el gaucho. Ribeiro apunta con justeza que la corriente que repobló las campiñas santafesinas, entrerrianas y bonaerenses provenía de la Asunción. Allí ya galopaban los “mancebos de la tierra”, los “gauderios”, mezcla de sangres y costumbres guaraníes e hispanas. No debemos descartar la presencia entre estos hombres de criollos de pura cepa peninsular, de mulatos y negros y de mestizos de “pampas” y “cristianos”.

El trabajo ganadero es trabajo de hombres libres. La esclavitud es imposible en la llanura, donde el negro no puede ser sometido a la dura disciplina de la plantación, al rigor del látigo y las barracas. Su función se ve reducida al servicio doméstico y al ejercicio de artesanías en beneficio de sus amos, en las ciudades. Una vez a caballo, sin cadenas ni rejas, el africano galopa hacia la libertad de la campiña abierta, convertido en cimarrón, y gana muchas veces el refugio de las tolderías.

El sustento es fácil para este nuevo tipo humano en los primeros tiempos. Las vaquerías son, al comienzo, simples cacerías de reses cuyo único elemento económicamente valioso es el cuero. Pronto, sin embargo, una oligarquía de propietarios de tierras comienza a apoderarse de estas. El saladero, con el que nuestro país proveía el tasajo que se exportaba a los países esclavistas, valoriza las carnes magras de la hacienda criolla. Ya no es posible el lujo de matar una vaca para comer solamente la lengua, hecho que asombrará tanto a los cronistas de la época. Se inicia el amansamiento del ganado, los rodeos, las aguadas, las suertes de estancia. Y es menester poner coto a la libertad del gaucho.

La clase dominante impone al criollo la obligación de tener un patrón. Este es el que determina las posibilidades de movimiento de su peonada. El otorga la “papeleta”, un documento en el que consta

que su portador pertenece a su estancia y circula con determinada misión lejos de aquella. Sin tal requisito, la autoridad encarcela al hombre, cuyo destino más frecuente es el forzado servicio militar en la frontera india.

Muchos huyen, se marginan, crían su ganado en lugares apartados de la vigilancia oficial. Son matreros, cimarrones, “gauchos malos” o “vagos y malentrenidos”, como prefería llamarlos el Gobierno. La llamada conquista del desierto terminará con ellos, o al menos con su libertad.

Curiosamente, esta forma libre o semilibre de vida popular se repetirá por más tiempo en otra región de nuestro país, también de fronteras: el Chaco geográfico, que comprende parte de las provincias norteñas de Santiago del Estero y Salta, desde donde contingentes de jinetes avanzaron sobre los antiguos territorios del Chaco y de Formosa, colonizándolos.

Algunos se afincan como puesteros de estancia; otros sobrepasan una y otra vez el Salado con sus reses guampudas y flacas, cavan represas para juntar el agua, escasa en esas latitudes, y en una larga migración pendular –que a veces se extiende por más de quince años– plantan sus corrales y establecimientos en territorios nuevos. Los llaman meleros por el aprovechamiento que hacen de la miel silvestre y la cera, explotación en la que alcanzan técnicas refinadas. La cera resultaba importantísima por razones litúrgicas: era la única con la que se podían fabricar las velas exigidas por el ritual católico para la adoración de los santos. La miel formaba parte principal de la dieta.

Juan Carlos Dávalos, sincero admirador del gaucho salteño, caracteriza la relación entre patronos y peones con inequívoco toque paternalista:

Desde el punto de vista político, el patrón sigue siendo un caudillo. Desde el punto de vista social, el gaucho sigue siendo un hombre libre. Así perdura entre ambos un equilibrio cordial que es, en sustancia, la subordinación leal de

los más a los mejores en vista de un bien común: el provecho de todos. (Dávalos, 1948, pp. 24-25)

Sin adherir por cierto a la calidad “mejor” del patrón, debemos reconocer que el caudillismo fue un hecho, y que el gaucho participó activamente tanto en las campañas de nuestra independencia como en las contiendas civiles. Desde esas tradiciones se va forjando nuestra fisonomía nacional.

Transcurridos los siglos, transformado por diversos acontecimientos (dependencia de Lima, primero, luego de Buenos Aires; fragmentación del antiguo virreinato; etc.), el país que recibirá el formidable embate de las oleadas migratorias ultramarinas constaba de realidades regionales diferenciadas: un Noroeste caracterizado por la agricultura de oasis; la ganadería menor y la mayor en algunas zonas (llanos de La Rioja, llanura chaco-santiagueña, valles cordilleranos); un Nordeste donde la ganadería constituía la principal actividad productiva, con escaso empleo de mano de obra y el grueso de la población dedicada al cultivo o recolección de tabaco, mandioca o yerba mate; y la región pampeana, predominantemente ganadera. En los tipos humanos correspondientes se advierte mayor mestizaje allí donde el español se asentó sobre poblaciones indígenas agricultoras que explotó en su beneficio. La inmigración europea será más o menos densa en cada una de esas regiones, y su influencia mayor o menor.

## Poblar despoblando

La segunda década del siglo XIX señala el auge del librecambismo y de la división internacional del trabajo. Las potencias europeas inician su etapa imperialista, sometiendo a sus designios tanto a los países donde establecerán sus colonias como a los formalmente independientes. Europa y Civilización se consideran sinónimos, y un importante sector de las clases dominantes argentinas comparte ese concepto.

¿Quién conoce caballero entre nosotros [afirma Alberdi] que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía y no mil veces con un zapatero inglés? En América todo lo que no es europeo es bárbaro; no hay más división que ésta: 1) el indígena, es decir, el salvaje; 2) el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillán (dios de los indígenas). (Alberdi, s/f, p. 101)

Y Sarmiento afirmaba en su encendido *Facundo*:

Por otra parte, los españoles no somos ni navegantes ni industriales, y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos, en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio: la Europa nos pondrá el remo en las manos y nos remolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación. (Sarmiento, 1961, p. 239)

Se “limpia” el desierto de indios. La cacería inhumana se extiende por la Patagonia “pacificada” en un verdadero genocidio. Avanzan las fronteras del Chaco Boreal. La eliminación del criollo es un propósito confeso: “Tengo odio a la barbarie popular –escribe Sarmiento a Mitre–, la chusma y el pueblo gaucho nos es hostil. Mientras haya un chiripá no habrá ciudadanos”.

En los esteros paraguayos dejaron la vida miles de esos gauchos alzados, llevados a la fuerza en levadas masivas a pelear una guerra que no entienden. Sin embargo, es una guerra importante. El Paraguay constituía un rotundo mentís a las teorías racistas que el imperialismo ponía en boga: sin analfabetos, con sus tierras repartidas equitativamente, con el primer ferrocarril y el primer telégrafo de América (instalados sin financiación externa), con un importante artesanado e incluso industria pesada: altos hornos, astilleros, con una preocupación constante en preparar a la juventud en modernas técnicas y manteniendo con orgullo su independencia frente al extranjero, presentaba un ejemplo peligroso que las potencias europeas no podían permitir. Además, era una nación con alto porcentaje de mestizos que se permitían hasta el mantenimiento de su lengua madre indígena: el guaraní.

La guerra al Paraguay es una epopeya heroica que costó a los atacantes un esfuerzo mucho mayor del que suponían, y los obligó a llevar a cabo prácticamente el exterminio total de una nación: antes de la guerra contaba con una población de 1.337.489 habitantes. A su término restaban apenas 222.079, “de los cuales 28.746 eran ancianos o inválidos, 106.254 mujeres y 86.079 niños” (Ribeiro, 1970, p. 100). La mitad de su territorio original fue repartido entre los triunfadores; sus riquezas enajenadas al capital extranjero. Sarmiento, fiel a sus postulados racistas, escribía a la señora de Mann: “Es providencial que un tirano (Solano López) haya hecho morir a todo este pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrescencia humana” (Sarmiento en Pomer y Rebollo Paz, 1970, p. 158).

La otra Argentina, la que todavía se identifica con Latinoamérica, reacciona contra esa guerra impopular y se levanta tras las banderas de Felipe Varela, finalmente derrotado. Aun antes, el interior lucha contra el puerto. La intención de destruir a un pueblo aparece nuevamente en boca de Sarmiento:

Si mata [escribe a Mitre] cálese la boca: son animales bípedos de tan perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor”, y además, “no trate de economizar sangre de gauchos; *éste es* un abono que es preciso hacer útil al país: la sangre es lo único que tienen de seres humanos (Sarmiento en González, N. 1968, p. 41).

Este plan demográfico-económico asombra a los observadores. Darcy Ribeiro apunta:

Es uno de los raros casos históricos en que una clase dominante se vuelve tan profundamente alienada de su propio pueblo y alcanza un poder de determinación tan opresivo que se propone nada menos que sustituirlo por “gente de mejor calidad” dentro de su proyecto fundamental de construcción de la nacionalidad. (1970, p. 89)

## El gringo

El espejo de la ilusión europeísta es, sin duda, Estados Unidos. Al establecerse en el Chaco una colonia de emigrados de California, Sarmiento se ufana: “Puede ser el origen de un territorio, y un día, de un estado yanqui –con su idioma y todo–; con este concurso genético mejorará *nuestra* raza decaída” (Sarmiento en Ribeiro, 1970, p. 110).

Pero la inmigración que llega no es anglosajona. Si en épocas anteriores la mayoría de la migración europea provenía del Noroeste europeo, cuando la Argentina abre sus fronteras a ella ya se ha producido un vuelco en el Viejo Mundo en favor de las poblaciones del Sudeste del continente que no solo llegan aquí sino también a Estados Unidos (Di Tella y otros, 1965, p. 27). Ingleses y norteamericanos no nos mandarán trabajadores, sino gerentes para sus compañías.

Ya ancianos, muchos de los próceres de la migración se arrepienten. Como Alberdi, que vuelve a las tradiciones hispánicas y americanas –que execrara en su juventud, y cuyo desacuerdo ante la guerra al Paraguay le cuesta el exilio de por vida–. Como el mismo Sarmiento –cuyo curioso destino lo lleva a morir entre esa “excrecencia humana” que era para él el pueblo paraguayo–, que abjura en estos términos de la inmigración:

¿Qué influencia moral, industrial o política ejercerán estas razas si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano? Pero los europeos que vienen a esta América nuestra, incluso españoles, portugueses e italianos, vienen creyendo que basta ser europeos para creerse en materia de Gobierno y cultura que nos traen algo muy notable y van a influir en nuestra mejoría (Sarmiento en Hernández Arregui, 1970, p. 86).

Arrepentimientos aparte, los gringos siguen llegando en proporciones apabullantes. En 1895, el 60% de la población de Buenos Aires es extranjera. El problema es integrar ese mosaico de nacionalidades en un país coherente. Para lograrlo, se lleva a cabo todo un plan de colonización cultural que en buena medida tiene éxito. Se esgrime una suerte de internacionalismo que –curiosamente– intenta proyectar la imagen de un país no discriminatorio, un “crisol de razas” abierto a “todos los hombres del mundo”. Una historiografía *ad hoc* expurga la historia argentina, inscribiéndola en una decidida tendencia liberal.

Lo cierto es que la integración del extranjero al país de adopción –quizá por afinidades culturales– se opera con bastante éxito. Este éxito es mayor entre los descendientes de esos inmigrantes, cuyo proceso de nacionalización está en marcha aún. Comienzan a resquebrajarse las bases del colonialismo cultural, y este proceso se acelerará cuando en la ciudad irrumpa, chocante y violenta, la presencia del país no borrado, encerrado en los límites de las villas miseria.

Por todo el proceso ya descrito, la ciudad es el hábitat del inmigrante y sus hijos, y la campaña aloja aún al remanente de la población autóctona. Gringos serán los comerciantes, los empleados, hasta los policías. Gringos, también, los obreros, que traen de Europa una experiencia de lucha y que sentarán las bases –ante la oposición y la crítica de las capas dominantes– de nuestras primeras organizaciones sindicales. Sus contingentes se van renovando periódicamente, y con ellos llegan nuevas doctrinas (el anarquismo y el marxismo, entre ellas) que dan base ideológica a sus sueños y reivindicaciones. Las élites –que a veces suelen volverse oportunamente nacionalistas– las denominan “foráneas”, como si las doctrinas que sustentan sus propias tesis no lo fueran.

Lo cierto es que el traslado mecánico de concepciones teóricas europeas a nuestra realidad nacional para explicarla y actuar sobre ella, no siempre obtiene resultados felices. Nuestra propia izquierda lo reconoce; como el Partido Comunista, que afirma en uno de sus documentos:

Esta masa de obreros inmigrantes estaba compuesta por hombres provenientes de diversos países, que hablaban idiomas distintos, pertenecientes a capas sociales distintas, que traían consigo diferentes tradiciones nacionales y políticas de origen y contenido diferente, y que se preocupaban tanto o más de problemas de su tierra de nacimiento como de los problemas políticos nacionales de su patria de adopción. Todo esto dificultaba, naturalmente, que la clase obrera de nuestro país adquiriera una conciencia cabal de su misión política nacional (Hernández Arregui, 1970, p. 99).

Las direcciones de esos partidos obreros han estado principalmente en manos de intelectuales pequeño-burgueses que adhirieron siempre, en lo fundamental, a las concepciones históricas de las élites dominantes e ignoraron la existencia de la gran masa de población nativa, que jamás se sintió interpretada por ellos.

Al margen de teorías e interpretaciones, el hombre del interior iba haciendo su experiencia histórica en las duras condiciones del minifundio, del obraje quebrachero propiedad de compañías inglesas, de los ingenios de Salta, Jujuy y Tucumán. El analfabetismo les vedaba el acceso a los clásicos del proletariado, pero su conciencia lo iba llevando hacia el apoyo de los grandes movimientos nacionales –más cercanos a su sensibilidad– como el yrigoyenismo y el peronismo, a los que los partidos de izquierda se opusieron. El pueblo advertía con lucidez el contenido antiimperialista de tales movimientos, y los enriquecía con su participación.

Pero caeríamos en el mismo racismo que criticamos en los mentores de la inmigración europea si supusiéramos que todos los europeos y sus descendientes se alinearon en un bando, y todos los criollos de antigua estirpe nativa en el otro. El yrigoyenismo parte de reivindicaciones de las clases medias y las representa. El peronismo, aun cuando tiene su principal sustento en las bases obreras, es tam-

bién un movimiento policlasista. En ambos, nativos e inmigrantes se mezclan y se encuentran, contribuyendo a un proceso de integración nacional que aún continúa.

Aunque persistan elementos traídos de sus países de origen por los inmigrantes –que la atmósfera europeizada del Buenos Aires anterior a 1930 contribuirá a mantener–, el proceso de adaptación y adopción de las tradiciones nacionales se opera con bastante éxito, y se profundiza día a día.

Llama la atención [dice Darcy Ribeiro] el calor nativista con que, tanto uruguayos como argentinos, de puros antepasados gringos, dicen versos del *Martín Fierro* o leen páginas de otros autores gauchescos en una alienación típica del que necesita adoptar abuelos extraños para reconocerse y aceptarse. Obviamente *Martín Fierro* es una obra literaria de méritos extraordinarios, que puede ser leída con gusto por todos; sin embargo, la actitud de veneración con que la trata, tanto la derecha oligárquica, vocacional y naturalmente nostálgica, como la izquierda, imbuida a veces del gauchismo y un tanto resistente a lo gringo, es muy distinta. (Ribeiro, 1970, p. 83)

Considera una “incongruencia ideológica” esta actitud mantenida “pasándose por alto y no valorándose adecuadamente como factor de orgullo nacional, a los contingentes migratorios finalmente mayoritarios y decisivos en la configuración actual de las dos etnias nacionales rioplatenses” (Ibíd, p. 84).

La observación es importante por provenir de alguien que –a pesar de sus meritorios esfuerzos– no alcanza a percibir con claridad que esa tendencia a asumir lo nacional, a no consentir como “extraños” a esos abuelos, es lo único capaz de integrarnos como nación, y se cumple a pesar de ingentes esfuerzos por desvalorizar lo nuestro frente a lo importado. Bastante se ha promocionado –y se promocio-

na— desde las esferas oficiales la panacea inmigratoria, nuestra condición de “blancos y europeos”, como una garantía de prosperidad creciente. La nostalgia de la derecha oligárquica difiere fundamentalmente de la nostalgia de un pueblo por recuperar su libertad. Por otra parte, el ejemplo está mal elegido: el contenido popular de ese gran poeta político que es el *Martín Fierro* no es muy del agrado de la oligarquía. Jorge Luis Borges nos ha dado una muestra reciente de la aversión de su clase hacia estos versos, que el pueblo repite todavía en las campañas y que, con su peculiar desconocimiento de los derechos de propiedad, considera anónimos, es decir, propios. Incluso, se los oímos cantar a un indígena araucano, que los creía obra de sus antepasados.

## Viejos y nuevos inmigrantes

Desde 1930, dijimos, el migrante rural llega a las ciudades. La Segunda Guerra Mundial y la necesaria sustitución de importaciones, con el consiguiente impulso industrialista, le ofrece mayores posibilidades. Más allá de los choques ocasionales y anecdóticos entre recién llegados y obreros urbanos, la común conciencia de clase progresa.

Durante el período 1930-45, la clase obrera maduró su conciencia de clase con la experiencia de numerosas huelgas y otras luchas, organizando las grandes centrales sindicales por industria y una central sindical única en la C.G.T.; desapareció así la antigua dispersión de los obreros en distintas tendencias –anarquistas, anarcosindicalistas, reformistas, comunistas, etc.– y el movimiento sindical se extendió por todo el país, incluso a lugares donde dominaban los métodos esclavistas y feudales de explotación del trabajo humano. (Puiggrós, 1968, p. 72)

Del golpe de Estado del 4 de junio de 1943, propiciado por militares nacionalistas, emergerá una figura cuya acción provocará un vuelco histórico irreversible en la relación de fuerzas de las clases sociales argentinas: el coronel Juan Domingo Perón. Al movimiento peronista adherirá en masa la clase obrera, uno de cuyos componentes más importantes serán los migrantes internos.

La acción de Gobierno de Perón ha sido sintetizada en estos términos por Darcy Ribeiro, un observador no peronista.

Sacando partido de las hostilidades existentes entre las grandes potencias mundiales (...) Perón asegura a la Argentina una orientación francamente nacionalista e in-

dustrialista, una política exterior independiente frente a los norteamericanos e ingleses, cuyos intereses contraría y a cuya expoliación pone límites, así como una política interna de afianzamiento de los controles estatales sobre la economía. Nacionaliza los ferrocarriles ingleses y diversos servicios públicos dependientes de capitales norteamericanos. Impone el contralor de cambios y comienza a afinar la industria siderúrgica y pesada; decuplica la producción de energía eléctrica, estimula la industrialización con base en capitales nacionales, y eleva sustancialmente la participación de los asalariados en la renta nacional. Su política populista-obrerista (...) marca un nuevo tipo de relaciones entre el capital y el trabajo. Organiza la previsión social y reestructura el sistema sindical, dándole la posibilidad de lograr enorme expansión.

Como resultado de esta orientación, Perón se ve hostilizado por toda la oligarquía y el patriciado, pero recibe simultáneamente un fuerte apoyo de las capas populares. Así, en las elecciones siguientes reúne las dos terceras partes del electorado y una mayoría igualmente rotunda en el Parlamento, demostrando la profunda disociación entre el pueblo y la capa dominante. (Ribeiro, 1970, p. 122)

## Villas y peronismo

“¿Si soy peronista? ¡Hasta las macetas! –nos comunicaba un villero (para desvirtuar prejuicios, rubio y de ojos azules) no hace mucho–. El 17 de octubre del 45, cuando «El Hombre» estaba preso y nos levantaron el puente, tuve que cruzar el Riachuelo a nado. ¡Pero lo sacamos!”. En efecto, en esa histórica jornada en que por primera vez la clase obrera argentina muestra su capacidad insurreccional arrancando a su líder de las cárceles del régimen e impone su voluntad mayoritaria, el habitante de las villas juega un papel protagónico. Las construcciones precarias crecen junto a las fábricas. Estimar su magnitud y el monto de su población resulta aventurado, por la carencia de datos confiables. Encontrar testimonios de gente que haya habitado en ellas es igualmente difícil, pues sus actuales ocupantes han llegado en épocas muy posteriores.

Algunos quedan, sin embargo. Uno de ellos nos transmitía su impresión sobre aquellos tiempos: “Si mirás la villa ahora, vas a ver que casi la mayoría de las casillas son de material. Antes la gente no se preocupaba tanto por la vivienda, se consideraba de paso. Por todas partes veías parrillas llenas de carne, no había hambre, todos tenían trabajo. Y salían más también, iban al centro, a pasear. Ahora nos quedamos en casa y sin las parrilladas de antes”.

Hasta 1950, cuando la industria cesa de absorber mano de obra, la expansión del mercado interno permite al migrante alcanzar un estándar de vida jamás visto entonces ni ahora. La irrupción del obrero al mercado de consumo provoca el auge de la actividad comercial y las iras de quienes sienten invadidos lugares hasta entonces considerados “exclusivos”.

Se dice que la década del 50 señala el apogeo de las villas, y que en ellas viven, en la región metropolitana, de 300.000 a 600.000 personas (Roulet, 1971, p. 44).

Cuantitativamente el dato no es correcto, pues en 1966 la Dirección General de Asistencia Integral a Villas de Emergencia de la Provincia de Buenos Aires estimaba en 700.000 individuos la población de las villas bonaerenses, y en 200.000 las de la Capital Federal. (*Proceso*, 1970, p. 11)

El dato numérico, sin embargo, no tiene importancia frente a la diferente expectativa del villero de entonces y la del de ahora. Durante el Gobierno de Perón se verificó “la construcción en un plazo excepcionalmente corto de 500.000 casas con la incorporación a la vida digna de 2.500.000 argentinos que habían vivido en pocilgas, ranchos o inquilinatos ruines” (Hernández Arregui, 1970, p. 408). Más adelante analizaremos algunos de los planes de “viviendas populares” emprendidos con posterioridad, en la época en que la villa deja de ser transitoria, en la de su verdadero apogeo: la actual.

La instrumentación política de esas realidades económicas es curiosa. Frente a la afluencia de migrantes internos, la opinión opositora, sustentada por los grandes matutinos, sólo atina a calificarla de “maniobra política y demagógica”<sup>3</sup>, desconociendo su origen en la industrialización, y propicia el retorno al campo de los “intrusos”. Un campo, además, donde no debería regir el “ominoso” Estatuto del Peón. “Creemos que el régimen habitual de las faenas rurales no debe ser alterado, y consideramos impracticable la tarea de fijar horarios de trabajo uniforme”, protestaba en 1945 la Sociedad Rural. “La exigencia de un mínimo de 15 metros cúbicos por persona es excesiva en el ambiente rural” (se trataba de los dormitorios de los peones), continuaba. El paternalismo debía mantenerse, pues el trato que recibían los asalariados “se parece más bien al de un padre con sus hijos (...) el trato que reciben los peones es humano y considerado, los alimentos que comen son sanos y abundantes y el sueldo o jornal constituye una justa retribución” (D’atri, 1971, p. 24).

---

3 *La Prensa* (18/8/70, p. 8) editorializa, atribuyendo el origen de las villas a “causas fundamentalmente políticas de un problema creado por la tiranía”.

El Estatuto se impuso, sin embargo, pese a lo cual la migración no cesó.

La crítica se dirigió entonces a las villas y su modo de vida. La villa era un “invento de Perón”, desconocido hasta entonces. Cuando comienzan a arbitrarse soluciones y el villero se ve en condiciones, por acción del Gobierno, de habitar una casa o departamento, aparece la leyenda negra de los monobloques. Vale la pena detenerse en ella, porque constituye uno de los infundios de más larga vida en el folklore de las clases dominantes. Hace muy poco tiempo fue mentada en un discurso por un secretario de Estado, y –lo más grave– algunos villeros la creen.

Este cuento –ejemplo casi escolar de prejuicio– ha servido, incluso, de base filosófica para planes de erradicación oficial. Reza así: cuando los villeros realojados (en ese tiempo no se decía “erradicados”) tomaron posesión de sus flamantes departamentos, lo primero que hicieron fue levantar el parquet de los pisos para hacer fuego con sus maderas y preparar suculentos asados. Luego sembraron plantas en las bañeras, vendieron la bronceería, etc. Impresionados por esa historia, en cierta ocasión nos ocupamos, con un grupo de profesionales y estudiantes universitarios, de verificar su autenticidad. No encontramos pruebas periodísticas, ni siquiera testigos. La respuesta casi invariable de quienes repetían la versión fue: “Bueno, no sé bien cuándo ni dónde fue, pero es cierto. ¡Todo el mundo lo sabe!”. El único resultado de nuestra pesquisa fue la comprobación de un caso de una familia que había vendido las canillas de su nuevo departamento. La falsa historia es explicable. Se trataba del rechazo al nuevo tipo de obrero y expresaba el concepto de que otorgar viviendas dignas a “esa gente” constituía un derroche inútil. Es una manifestación más del paternalismo que el colonizador ha aplicado siempre al colonizado: el colonizado es inferior, es un niño al que hay que “educar primero” antes de permitirle el goce de algo. Se ignora que impedirle el acceso a ese algo retarda innecesariamente el aprendizaje que dista de ser tan difícil como se pretende hacer creer. Al

respecto, recordamos un testimonio de habitantes de un monobloque situado en las Barrancas de Belgrano, habilitado hacia 1953. Cohabitaron en él empleados de clase media junto con obreros erradicados de villas miseria. En un principio, la sensibilidad burguesa se vio herida por el desconocimiento del uso de algunos artefactos por parte de las familias obreras. Además, estas festejaron estruendosamente la llegada al nuevo alojamiento, hacían mucho ruido, los niños corrían incesantemente por las escaleras. Estallaron rencillas, tanto entre los grupos de igual extracción social como entre empleados y obreros, entre porteños y provinciano.

Tras ese comienzo violento, las cosas fueron cambiando insensiblemente. Ascensores, lavaderos, luces, escaleras, pasaron a ser usados con mayor pericia. Todos los niños de la casa concurren juntos a un club cercano a jugar y practicar deportes, y al año el proceso de adaptación “tan difícil” había concluido, sin la guía “paternal” de educadores oficiales. El monobloque tenía las características de cualquier otra casa de departamentos de la vecindad.

Como caracterización general del período, parecería que el villero en la época peronista no era visualizado como un factor social tan diferenciado del resto de la gente que padecía el problema de la carencia de vivienda en el país. Era un hombre en ascenso, en tránsito hacia otra realidad social, cuyo acceso a otro tipo de vida era cuestión de tiempo. Al caer Perón, se convierte en precioso objeto de estudio para los antagonistas del régimen popular: a su entender, constituían una prueba flagrante y objetiva del “fracaso” de ese Gobierno, de su “demagogia”.

Tales estudios, sin embargo, no contribuyeron demasiado a la solución del problema de las villas. No podía ser de otra manera: la villa es apenas una manifestación del gran problema argentino, y pretender su tratamiento aislado es una utopía.

## Más villeros

En la década del 50 las contradicciones dentro del movimiento peronista comienzan a agudizarse, y las clases que lo componen inician su polarización. La pequeño-burguesía se aparta. “Querían lucrar sin tasa pero sin las conquistas sociales ni los altos salarios de los trabajadores que los enriquecían”, dice Hernández Arregui (1970, p. 407) de los comerciantes.

Otro tanto sucede en el clero y sectores de las Fuerzas Armadas, que entran en coalición con la oligarquía.

Sólo la clase obrera permanecerá fiel al movimiento, prolongando su lucha mucho más allá de su caída y provocando, con su consecuencia y heroísmo, el inicio de un cambio profundo de toda la sociedad, que aún estamos viviendo.

Con el triunfo de las minorías en 1955, la migración interna se intensifica y no sólo en Buenos Aires. Se empeoran las condiciones de vida en el campo y se frena el proceso de industrialización. De 1956 a 1963, el crecimiento medio anual de las villas es superior al 10% sólo en la ciudad de Buenos Aires, cuyo índice total de crecimiento es de apenas 1,5%. En el Gran Buenos Aires ese promedio se eleva a un 15% en el decenio 1956-66, y la población villera se quintuplica.<sup>4</sup>

Algunos censos dan idea de la composición de su población en determinado momento, pero esta es muy dinámica y varía constantemente. Por lo general, los contingentes más numerosos provienen de Santiago del Estero y Corrientes, por ejemplo.<sup>5</sup> Pero las cifras absolu-

---

4 “Datos estadísticos sobre villas de emergencia en la Argentina”, en Misur, Buenos Aires, año II, Nros. 4/5, p. 21, 1969.

5 En *La Razón* (5/8/70, p. 8) el coordinador del Ministerio de Bienestar Social, coronel Ulises Muschietti, daba estos porcentajes sobre los pobladores de las villas: 32% nacieron en Buenos Aires; 21% en Corrientes, Entre Ríos y Misiones; 21% en Catamarca, Jujuy, La Rioja y Tucumán; 10% en el Chaco y Formosa; 12% en otras provincias argentinas, y 4% en el extranjero.

tas no dicen nada. Hay pocos riojanos en Buenos Aires, simplemente porque la provincia tiene escasa población; pero 37 de cada 100 riojanos, ya no viven en su tierra natal (Margulis, 1968, p. 140), han huido.

Si en un principio fue el criollo de indiscutible mestizaje indígena o el de añeja cepa hispana el que pobló las villas, hoy vemos llegar a ellas a rubios hijos de esclavos que dejan el Chaco, empobrecidos por el monocultivo y la acción de los monopolios. La villa es un termómetro de la pauperización del país: ahora arriban por miles los tucumanos, conmocionados por el hambre que afecta a su provincia.

Además, se cumple en el recinto villero el sueño imperialista infantil de algunos nacionalistas oligárquicos: la reconstrucción del Virreinato del Río de la Plata. Un porcentaje que podemos estimar en un 5% de su población llegó de países limítrofes: Paraguay, Bolivia y Chile. Esto enfurece a esos mismos “nacionalistas”, que sacan a relucir aquella ponzoña racista de que ya habláramos contra esta “migración no selectiva y no deseada”.

El mecanismo es simple, y ya lo veremos actuar. Cuando el terrateniente argentino se queda sin mano de obra, o cuando quiere abaratarla, importa braceros. Si su entrada al país es clandestina, tanto mejor, pues el infractor está por completo en las manos de quien lo introdujo. Una vez aquí, el boliviano, el paraguayo o el chileno padecen el mismo problema que impulsó al éxodo a sus hermanos argentinos, y arbitra la misma solución: buscar en los centros urbanos mejores condiciones de vida. La represión del sistema va a caer sobre ellos con singular dureza.

Pero hasta ahora hemos trazado aquí una historia algo lineal y esquemática del fenómeno de las villas miseria. Nos parece útil, sin embargo, intentar otro enfoque, acercarnos al protagonista de este drama y verlo en movimiento, en acción. Ubiquémonos ahora en el país actual y vayamos, junto con el migrante, desde el campo a la esperanza de la ciudad.

## ¿Por qué se vienen de Empedrado (Corrientes)?

Esa fue la pregunta básica que nos llevó en 1966, desde una villa miseria cercana a la Capital al departamento correntino de Empedrado. El 5% de sus habitantes estaban en la villa donde trabajábamos, agrupados en barrios cercanos. La mayoría llevaba el mismo apellido, sin ser parientes.

Una vez en el lugar, nuestra pregunta se invirtió: ¿Por qué se quedan? Los empedradeños de la villa nos lo habían advertido: “Van a encontrar sólo viejos y chicos” ... “es un pueblo muerto, no pasa nada”. Dirigimos nuestra indagación en particular a los agricultores, que constituían el grueso de la población emigrante.

¿Qué significa nacer en el campo empedradeño? Por lo pronto, llegar al mundo merced a los buenos oficios de una partera o comadrona, desde el vientre de una madre sentada en un banquito bajo, cuando no en una calavera de caballo, considerada mágicamente poderosa. La medicina popular, mezcla de magia, religión y conocimientos herboristeriles, suple la carencia de médicos oficiales. No obstante, la vieja técnica empírica es funcionalmente correcta, y la muerte de madres o niños en el parto casi no se conoce.

El niño aprenderá poco a poco los dos idiomas vigentes en la zona: el guaraní y el castellano. Ambos se interinfluyen: el guaraní ha perdido buena parte de su riqueza lingüística incorporando palabras españolas; el castellano recoge en su pronunciación y su sintaxis modalidades de la lengua indígena. Ese bilingüismo traerá problemas en la escuela más adelante, y en las relaciones con quienes no entienden guaraní.

La parcela donde el padre siembra algodón, tabaco o maní es muy chica: dos, cinco, tal vez quince hectáreas. Cercándola, grandes latifundios alimentan un ganado vacuno no muy refinado que come los pastos naturales. Ocho peones pueden manejar todo el movimiento

de esas tropas en una “estancia chica” de 400 hectáreas. Quince se las arreglan en la misma faena en un establecimiento de 4.000 hectáreas. Tan exiguo mercado de mano de obra no constituye atractivo alguno. El niño conoce esos campos. A veces, un “patrón bueno” permite al padre sembrar algunas hectáreas como “tantero”: debe entregar al patrón un porcentaje de la cosecha que obtenga. Apenas las piernitas sostienen al pequeño, ya tiene tarea: desyerbar el campo; más tarde, cosechar, alcanzar el almuerzo al padre. Los pies descalzos se acostumbran a evitar la mordedura de la yarará o de la víbora de la cruz que infesta los campos y acecha en los pajonales.

Antes, junto al padre araban y sembraban sus hijos mayores. Ahora ya no están. Los varones se dedicaban a la agricultura; las chicas, a ayudar a la madre en las tareas domésticas. Hoy, si no hay varones; las muchachitas trajinan tras el arado o montan a caballo para reunir las 20 o 30 cabezas de ganado que papá posee, y cuyo pastoreo debe negociar con el latifundista vecino.

No siempre el jefe de familia es propietario. Puede ser colono de un estanciero o mediero, y debe entregarle al patrón la mitad de la cosecha. O poblador, en cuyo caso el propietario tiene derecho a hacerlo trabajar para él dos o tres días por semana.

La comida siempre es poca. Cuando hay desayuno, este consiste en mate cocido con torta de maíz que la madre prepara. Se almuerza puchero o guiso poco sustancioso, estofado, locro o polenta. Últimamente los fideos –más baratos– reemplazan a la comida criolla. La cena es más liviana que el almuerzo. Claro, en ocasiones hay una sola comida fuerte: la cena-curú, que elimina el almuerzo. La carne es un lujo poco frecuente, y la cantidad de gallinas de la casa no alcanza para suplir la falta de proteínas de que adolece la dieta.

Como el algodón ya no rinde y se paga poco (en épocas de siembra recorren el campo “voceros” que anuncian buenos precios para la cosecha y prometen mandar camiones para recogerla; cuando esta está levantada, no aparecen. Llegan cuando el productor ya desespera, y la compran a precios bajísimos, hay que buscar el sustento en

otro lado. El almacenero, que es acopiador, se queda con buena parte del fruto del trabajo familiar, cobrándose los adelantos en semillas, comida, ropa y otras mercaderías que les fue entregando. Además, suele prestarles dinero.

La familia viaja al Chaco. En Machagay o Sáenz Peña tal vez los espere el patrón que ya los conoce. Si no, es cuestión de largarse a recorrer las chacras (cuyas 200 o 250 hectáreas se les antojan enormes) y rogar ser contratados. Antes, uno iba para quedarse; ahora no se puede.

El padre está viejo: tiene 50 o 55 años. No siempre lo toman. Los chicos y las mujeres tienen ventajas en la delicada tarea de recoger los capullos. El espectáculo de los tractores con sus faros encendidos trabajando hasta la noche los impresiona: ellos sólo usan el modesto arado de madera con reja de hierro, tirado por una yunta de bueyes.

De regreso, la ganancia no es mucha. Los almacenes de los “gringos” cobran precios exorbitantes por todo. Además, año a año van advirtiendo que el trabajo merma, junto con el rendimiento del algodón.

Los chicos inician la escuela; con las inevitables interrupciones del viaje al Chaco. El local, construido en la época de Perón, es enorme, previsto para muchos alumnos, con vivienda para los maestros, baños, comedor escolar sin partida para sostenerlo. Dicen los maestros –que ya no viven allí, sino que viajan diariamente desde Corrientes– que falta el principal material didáctico: comida y descanso. Agotados por jornadas de sol a sol, los pequeños se suelen dormir sobre los bancos o seguir, somnolientos, las explicaciones del docente. Faltan mucho a clase, porque los padres los necesitan, y abandonan pronto la escuela. La cooperativa escolar cuenta con el único aporte económico del personal: los padres no pueden contribuir a ella.

El vaivén anual entre la costa correntina y los algodonaes vecinos hace del éxodo una costumbre que el niño adquiere temprano. Ya adolescente, probará suerte un poco más lejos: las chicas, como empleadas domésticas, tal vez en el pueblo de Empedrado, más fre-

cuentemente en Corrientes. A esa ciudad suelen ir también los muchachos a trabajar en changas. La plaza no es atractiva: existe una sola fábrica textil, y el resto de las posibilidades de empleo se reduce a obras públicas.

Hasta los 18 años el joven empedradeño permanece aferrado a su tierra, con esas esporádicas escapadas al Chaco o a Corrientes. En el campo las diversiones son pocas: holgazanear en un cruce de rutas, jugar o mirar jugar algún truco en el almacén, escuchar la radio a transistores. De vez en cuando un baile en casa de alguna familia, donde el acordeón trenza en chamamés y polcas a la escasa juventud de la zona.

El ambiente se mueve más cuando llega un “porteñito”. Son muchachos y chicas que viven en Buenos Aires. Notorios por su vestimenta, su reloj pulsera, su actitud de superioridad y mofa ante el ambiente campesino. La imagen de decisión y triunfo que transmiten es un efecto de demostración poderoso para el muchacho local, que espera con ansias el momento de imitarlos. Se forman amplios corrillos en torno al emigrado, que paga con generosidad “vueltas” de bebida y convida cigarrillos caros. Habla un castellano más fluido; algunos dicen haber olvidado el guaraní. Por lo general, distorsionan la realidad de donde vienen, su situación laboral, su estándar de vida. Este es, sin embargo, objetivamente muy alto comparado al de la zona.

La clase alta del pueblo (nombre que, probablemente, le queda grande, pues no pasa de una modesta clase media; las grandes fortunas de la zona se radican en Corrientes, no en Empedrado) se asombra. El paisano correntino siempre fue tenido por parco. El emigrado que vuelve “de paseo” es excepcionalmente “hablador”. Esta mayor expresividad es, probablemente, resultado de un mejor uso del castellano. El guaraní es considerado como lenguaje de las clases inferiores, y muchas chicas que van a trabajar a la ciudad, por ejemplo, niegan saber hablarlo. La fuerte separación entre las clases, por otra parte, la vigencia del paternalismo y el caudillismo limitan la comu-

nicación entre gentes de distinta condición social. El afinado sentido del humor del campesino, su socarronería, se desarrollan entre iguales. Frente al patrón permanecen en silencio, respondiendo a preguntas más bien que conversando.

El emigrado viene de la experiencia urbana, trae vivo el recuerdo de la lucha vecinal en la villa o sindical en el trabajo. Pierde el miedo: cuenta, comenta, acota, corrige. “Gente que parecía no tener lengua –nos contaba el farmacéutico del pueblo– vuelven de allá y ... ¡viera cómo hablan!”.

Con los 18 años llega el pasaporte: la libreta de enrolamiento. Se la llama “papeleta”, como aquella constancia que el patrón otorgaba a sus peones en la vieja estancia, autorizándolos a alejarse de su férula. Y ese es su significado para el pueblo: la libertad de ir en busca de algo mejor, de pelear contra el destino gris del minifundio.

Los viejos se quedan solos, con la promesa de una pronta reunión, cuando el muchacho esté en condiciones de traerlos. Les mandará dinero, además, o cosas tan apreciadas como la ropa usada que comprará en la villa. Porque aquí la ropa se usa hasta que se convierte en harapos, y la de segunda mano que llega de Buenos Aires o Rosario parece nueva.

## Decadencia

Esa realidad social que hemos intentado caracterizar se desenvuelve en un paisaje verde de llanura ondulada, donde el exceso de agua suele constituir un problema, como lo prueba la abundancia de esteros, bañados y lagunas. Cuesta imaginarse que alguna vez hubo allí espesos bosques de quebracho y otras maderas nobles, que Empedrado competía en importancia con Corrientes en materia comercial, que a su puerto llegaban más barcos por día que los que llegan hoy en un año. Alguna aislada mansión, la supervivencia de oficinas públicas anacrónicas como la Aduana, la existencia de establecimientos educacionales de importancia, son fósiles que recuerdan ese pasado.

Por Empedrado, como por el Norte santafecino, por el Chaco, por Formosa, pasó la langosta: una compañía inglesa llamada “La Forestal”, dedicada justamente a deforestarnos. En 1912 se marchó de la zona, dejando tras de sí un campo pelado y un pueblo muerto, segando las fuentes de trabajo, intensificando la miseria. Hoy, el camino pavimentado coloca al pueblo a una hora y media de Corrientes, que terminará por absorberlo.

Los curanderos ejercen sus antiguas prácticas terapéuticas en el mismo pueblo y, por supuesto, en el campo. Las ejercen de pleno derecho, como que la medicina científica oficial no los supe. El único hospital sólo practica cirugía menor; las salas de primeros auxilios del campo no tienen personal. No es raro que las clases populares acudan al recurso de su propia medicina.

En zona tan anegadiza, alejarse del asfalto es penetrar en un medio cada vez más primitivo. Un joven de Lomas de Empedrado respondió así a nuestra pregunta sobre qué sucedía allí cuando la gente se enferma: “Y ... sí vivís una hora y media vas al pueblo a curarte”.

La parasitosis –provocada por el agua de charco o de pozo, contaminada por su proximidad a las letrinas– y los males derivados de

la subalimentación son las enfermedades endémicas de la zona. Los técnicos agrícolas poco pueden hacer para cambiar hábitos de trabajo en una población envejecida, máxime cuando no pueden modificar la estructura de tenencia de la tierra.

Así, comprobada semejante realidad, nuestra pregunta inicial sigue sin respuesta satisfactoria: ¿Por qué se quedan? La solución natural, inmediata, lógica, es el éxodo. Nadie en la zona lo niega.

## Empujando el éxodo

Como en todas partes, el campo arroja sobre las ciudades, aun sobre los pequeños pueblos, su exceso de población. Constituyen las llamadas orillas, término tanto geográfico como social. En Empredado son ranchitas de estanteo (de cañas, sin revoque); en Corrientes, villas miseria.

Desesperado, el campesino se arrima al lugar donde supone ha de encontrar trabajo. Porque no otra cosa pide: trabajo y tierras. La costumbre de la explotación extensiva lo hace concebir su mejora únicamente en base a más terreno, y no a nuevas técnicas para cultivar.

¿Por qué no tiene esas tierras? ¿Qué es lo que determina el minifundio? ¿Qué es lo que lo echa del campo? El tamaño de las parcelas es reflejo de la subdivisión al infinito de esos predios por herencia. Acceder a la propiedad de nuevas tierras es imposible: el latifundista prefiere establecer relaciones de dependencia, antes que ceder terrenos. Esto le da, además, considerable poder político, y le permite mantener una verdadera clientela (en sentido latino), importante en época de elecciones. A veces, en una zona donde la vida humana se juega a punta de cuchillo sin dudarle demasiado, esa clientela constituye una verdadera fuerza de choque.

El parentesco ritual del compadrazgo aumenta las huestes del estanciero, así como el parentesco natural: los hijos habidos por el patrón con las mujeres de su estancia, que suele reconocer. El apellido más difundido en la zona es el del dueño de la mayor estancia.

Encerrados en el cerco de hierro del latifundio, los pobladores se marchan. Es importante recordar una superstición urbana que sobrevalora las virtudes ganaderas del gaucho, y afirma que es incapaz de sembrar la tierra. En Corrientes, sin embargo, la tradición agrícola se remonta a los guaraníes, los domesticadores de la mandioca, del maní, de una cantidad de frutos que América exportó a Europa. El correntino es tan agricultor como el europeo, y desde siempre él

grueso de la población se ocupó de estas faenas. Sería de esperar que los gobiernos explotaran tal predisposición, colonizando ese vasto espacio verde, hoy dominio exclusivo de las vacas. Pero hay un detalle: el plan continúa.

Es el mismo proyecto de la generación del 80, aquel del reemplazo del propio pueblo “por otro mejor”. Cuando I.N.T.A. instaló su estación experimental en El Sombrerito (Empedrado), se expulsó de allí a 30 colonos nativos. En 1963 hacia cinco años que esperaban nuevas tierras de los llamados campos de huérfanos y pobres que rodean a la localidad santuario de Itatí. Había temor, pues se hablaba de la radicación en la provincia de cien colonos franco-argelinos (González, M. A., 1969, p. 29). Llegaron. Ocupan 700 hectáreas de las que se desalojó al agricultor criollo. Los llamaron “colonos millonarios”, por el despliegue de maquinarias que el Gobierno les permitió introducir sin cargo en el país, por haber permanecido más de seis meses con sus familias en el mejor hotel de Corrientes, y porque ya no trabajan la tierra: para eso sobran peones en la zona.

La indudable productividad de estas explotaciones ha creado en su torno lo que fue bautizado como villas miseria rurales, donde el expulsado intenta complementar la economía del nuevo feudo ofreciendo servicios y pequeños negocios. Uno de esos almacenes se llama “La Argelina”, como para congraciarse con la nueva clientela. Tras la colonización real, la reducción de nuestro pueblo a la condición de los antiguos fellatah norteafricanos, se sucede la mental. El plan continúa y no sólo en Corrientes. Todavía las mentes estrechas piensan en limpiar el país de criollos y llenarlo con gringos. Sólo que ahora el pueblo ha elaborado defensas: la migración para escapar al exterminio, la villa miseria para refugiarse. El régimen los ataca en todo lugar donde se asientan, pero le va a ser difícil derrotarlos.

## La Rioja: las tierras secas

“Si esto sigue así, no vamos a quedar en la provincia más que los empleados de la Casa de Gobierno y yo”, clamaba, palabra más o menos, don Herminio Torres Brizuela, gobernador frondicista de La Rioja, hoy su ministro de Gobierno. Y todo sigue así. La burocracia continúa siendo el único porvenir laboral del riojano. Poco queda de aquella provincia donde Facundo acuñaba monedas con el oro y la plata de Famatina, aquella que prestaba dinero al gobierno nacional, la que enviaba el ganado de sus llanos a Chile por el paso de Copiacó y molía la harina de sus trigales en antiguos molinos hidráulicos.

El viejo país de los diaguitas, donde los conquistadores españoles se casaron con princesas indígenas y vivieron hartamente surtidos por el esfuerzo de sus “pueblos de indios”, languidece.

La llegada de los ferrocarriles a La Rioja significó, además de la ruina de las industrias locales por la competencia de productos importados, la tala de los bosques de algarrobos para alimentar las locomotoras. Ese proceso fue gradual y coincidió con la ruina de la ganadería al cerrarse el comercio con Chile. Al decaer la ganadería por falta de mercados –puesto que lógicamente no se podía competir en el mercado interno con el Litoral– y al sobrevenir la tala de los bosques, los campos se fueron degradando, perdiendo su capa orgánica por la erosión. Las explotaciones se abandonaron, desapareciendo los cercos y alambradas. Este proceso comenzó con la organización nacional, a mediados del siglo XIX, y se prolongó hasta comienzos de este siglo. (Ratier, 1969, p. 11)

La minería también decayó: el cobre, el oro y la plata del Famatina duermen bajo la tierra, porque las compañías extranjeras no tienen interés en explotarlos. Los chilecoteños muestran con nostalgia el imponente y abandonado cablecarril de 45 kilómetros que otrora transportaba el mineral desde las alturas hasta el valle. Chilecito es considerada todavía “zona rica”, pues allí se agrupan las fincas más rentables de la provincia, dedicadas principalmente al cultivo de la vid.

El riego convierte a esta tierra hosca, donde las trombas de polvo señorean sobre el paisaje, en fertilísimas. Ya lo sabían los indios, muchas de cuyas obras hidráulicas aún se utilizan. Ingeniosos sistemas de canales cavados a veces en la roca, recogen todavía los hilillos de agua de deshielo y los transportan hacia acequias y estanques. Se origina así esa agricultura de oasis de la que hablamos. Como en todas partes, el pueblo languidece en el minifundio, y los mejores predios, los mayores, se hallan en manos de la clase alta.

Delicia de folkloristas, La Rioja encierra una añeja población nativa que recuerda todavía los tiempos en que “estas sierras estaban enjambradas de montoneras”, e instituciones no menos añejas. Así, los comuneros, poseedores en común de extensiones de tierra –ayer bosques de algarrobos– que siempre fueron de todos, desde los tiempos prehispánicos. En las “algarrobiadas” todo el pueblo indígena recolectaba las vainas maduras para fabricar la aloja, suave bebida alcohólica, o el nutritivo patay, preparado con su harina. Sucesivas concesiones hicieron perdurar este sistema de propiedad, que de vez en cuando se constituye en pesadilla de los gobiernos y empresas que quieren hacer algo en esas tierras: creen estar tratando con el propietario, y cuando intentan cerrar el negocio aparece la multitud de comuneros enarbolando añejos pergaminos y proclamando su condición de derechosos. “Sanear los títulos” es un propósito enunciado por todos los gobiernos riojanos, y se refiere concretamente a ese problema.

Pese a los esfuerzos de cabildantes y tropas en 1810, pese a la abolición de los títulos de nobleza por la Soberana Asamblea de 1813, en Sañogasta:

donde hasta principios de siglo perduró un ‘vínculo o mayorazgo’ –régimen nobiliario español–, el agua es aún repartida siguiendo lo resuelto por el rey de España en el siglo XVII, mitad para el pueblo y mitad para el ‘vínculo’, o sea, para los descendientes de *la* familia titular del mayorazgo. (Margulis, 1968, p. 67)

Hasta casi fines del siglo se hablaba quichua en la región. Ya no, pero el español del riojano retiene aún en su tonada esdrújula un alto porcentaje de quichuismos. En las fiestas populares (como el topamiento del Niño Alcalde con San Nicolás) se entonan canciones litúrgicas en esa lengua.

La vivienda popular es el rancho de adobe y techo de torta, que se mantiene excepcionalmente limpio, cuya duración es ilimitada dada la sequedad del clima. La fuente de trabajo principal es la agricultura: de subsistencia apenas en el terreno propio, complementada por el trabajo en las grandes fincas, en especial en época de vendimia. El precio de la uva es bajo, y está regulado desde otras provincias viñateras, como Mendoza y San Juan.

Padecen los riojanos el gran mal del país. En palabras de Mario Margulis, quien trabajó en la zona, la subalimentación que:

está relacionada con la extrema pobreza de muchas familias y las pautas irracionales de comida. En muchos pueblos casi no se consume leche fresca, suplantada –por aquellos que pueden pagarla– por leche en polvo, y exclusivamente para la alimentación de los niños. En uno de los pueblos estudiados, de unos 2.000 habitantes, el consumo de leche fresca era de aproximadamente 40 litros por día, embotellada en envases dispares: de aceite, vino, etc. El consumo de proteínas animales es pobre por la escasez de ganado. La carne es demasiado cara para el nivel de ingresos del lugar. Ocasionalmente se consume cerdos y aves.

Es probable que en otros tiempos la dieta estuviera más equilibrada. El ganado era más abundante y se destinaba al consumo de la población. La economía más diversificada y no dirigida al mercado, proveía los elementos necesarios para una alimentación razonable (Ibíd, p. 74).

Esta comprobación es universal: allí donde la sociedad de consumo penetra en una economía tradicional, la dieta empeora. En sus condiciones originales esta provee un equilibrio de elementos nutritivos probado durante siglos. Los nuevos alimentos envasados quiebran el equilibrio al eliminar a los antiguos y no suplir su valor dietético. Tal es el caso de los ya populares fideos, baratos y fáciles de preparar, pero carentes de proteínas.

Otras enfermedades presentes en la zona son el bocio (popularmente conocido como coto) y el mal de Chagas. El primero deriva de la carencia de iodo en las aguas de deshielo; el segundo es transmitido por la picadura de la vinchuca, que encuentra un excelente refugio en techos y paredes de los ranchos de adobe.

La asistencia médica se concentra en Chilecito. Tal como en Corrientes, el pueblo recurre a su propia ciencia, la del curandero.

La emigración ha privado a la vida aldeana de la alegría de los jóvenes. Observa Margulis:

En pocos pueblos se advierte una tan notoria sensación de crisis y decadencia como en Campanas, a unos 80 kilómetros de Chilecito. Allí la población ha disminuido, quedan muy pocos jóvenes y muchas casas están deshabitadas. Esta aldea sufre los males comunes de la región: estancamiento económico, falta de oportunidades de trabajo, crisis en la ideología tradicional de la comunidad. Después de muchos años de asistir a este proceso, se produce una reacción en los vecinos. Ella consiste en reunir los esfuerzos, donar dinero y horas de trabajo y construir en con-

junto... ¡una nueva iglesia! La comunidad, cercada por la crisis y la amenaza de disolución, en conflicto por la aparición de elementos normativos y valorativos urbanos propuestos por los medios de comunicación de masas, intenta mágicamente restablecer la armonía comunal perdida con la revalorización de uno de sus símbolos. (Ibíd, p. 80)

El hecho que sorprende a nuestro colega se repitió en nuestra propia experiencia: el plan de desarrollo de comunidad encarado por I.N.T.A. en Lomas de Empedrado, consistió en la erección de una nueva capilla y provocó idéntico asombro en el sociólogo a cargo del programa. De acuerdo a los cánones clásicos de esa publicitada técnica, había buscado las “necesidades sentidas por la gente”. “La gente”, en ese caso era la reducidísima élite del caserío campesino: la señora del almacenero y la docente. Su problema fue encontrar voluntarios para la obra (los materiales fueron donados por comerciantes y estancieros), y una de sus promotoras lo entendía: “La gente es muy religiosa, pero no le podemos pedir que trabaje gratis. ¡Hay tan pocas oportunidades de trabajo en la zona!”

La recurrencia a lo sobrenatural no debe asombrarnos, sin embargo. Es frecuente en momentos de crisis y auténtica en nuestro campesino, ferviente católico, aunque mezcle su devoción por San Nicolás o la Virgen de Itatí con la de santos “detrás de la Iglesia” como la Difunta Correa o “San Son”.

Pero siguiendo aquello de “ayúdate y Dios te ayudará”, el riojano se ayuda... emigrando. No sólo a Buenos Aires o Rosario. Su vieja vocación minera lo lleva hasta la Patagonia, donde se emplea en los yacimientos de petróleo o de carbón. Puebla también las villas bonaerenses, donde conservará –según Margulis– fuertes lazos con la tierra natal y tenderá a reunirse con sus comprovincianos en núcleos compactos.

## Los que vienen menos: tierra de minerales y azúcar

El Norte de nuestro país, Salta y Jujuy, figura poco en las estadísticas de la población villera... por ahora. Existen allí fuentes de trabajo que absorben aún mano de obra no sólo de las citadas provincias sino de las del Chaco, Catamarca, Formosa y el sur de Bolivia. Esa mano de obra se encamina hacia la extracción y transformación de minerales y hacia los cultivos industriales: azúcar y tabaco. El azúcar requiere, como es sabido, una industrialización inmediata después de su cosecha, lo que obliga a la radicación de la fábrica junto a los cultivos. Mientras en Tucumán existían muchos ingenios chicos, en las provincias norteñas el monopolio es la regla. En el tabaco, el monopolio domina la comercialización, no directamente el cultivo.

La minería de nuestro altiplano se halla, en algunos casos, en manos de empresas norteamericanas, como Mina Aguilar; en otros, en las del Estado (Zapla, cerca de la capital jujeña).

Todas estas fuentes de trabajo atraen a una población que encuentra allí la posibilidad de un empleo fijo (los menos) o la de complementar, en determinada época del año, sus escasos ingresos (los más). Veamos quiénes son.

## Gente de las alturas

La Quebrada de Humahuaca siempre fue camino. Un camino peligroso para los primeros conquistadores españoles que lo transitaron desde el Perú, erizado de pucaraes agresivos, con un pueblo que recién acababa de ser dominado por los incas. Costó trabajo aniquilar su resistencia, y una vez conseguido, los nativos pasaron a engrosar la interminable caravana de mártires tragados por las bocaminas de Potosí, obligados a trabajar hasta morir. Es probable que ya no quede ningún descendiente de ellos y que la zona se haya repoblado –igual que ahora– con gente nueva, quechuas y aymaraes de la actual Bolivia.

Están en la zona, todavía, antiguos rostros y apellidos indígenas: Mamani, Sajama, Soruco, Apaza. Son agricultores y pastores de ganado menor, o de llamas en la puna. El maíz, la papa, la quinoa, el tomate, nacen de la tierra tras un arduo trabajo en que el arado de palo es el instrumento más moderno que se utiliza. El trueque tiene vigencia, y los quebradeños trepan a la puna para cambiar choclo o papas por panes de sal que los salineros cortan con baquía. El “cambio-cambio” rige también las relaciones comerciales con el valle cálido, ese principio de la gran selva sudamericana que comienza al pie de las montañas.

Folklóricamente es una zona densa, tal vez la que hunde más profundamente sus raíces, dentro del país, en la vieja América prehispana. Vírgenes y santos se mezclan y confunden con la Pachamama, con Coquena, con el duende. Las cruces cristianas se apresuran a coronar las apachetas paganas, donde las ofrendas a la Madre Tierra continúan. En las señaladas, la chicha se asperja sobre el ganado, se enfloran sus orejas con lana roja y la gente se unge con la sangre de las bestias. San Juan es adorado por hombres vestidos con plumas que, al son de un erque, miman los movimientos del suri, el avestruz americano.

Algunos visten fuertes pantalones de barracán, tejido en telar casero, ponchos, sombrero ovejuno; calzan ojotas. Otros *blue-jean*, camisas o pulóveres de fibras sintéticas, mocasines flamantes y hasta ostentosos anteojos oscuros.

Desde siglos pelean una lucha interminable por la supervivencia. La mortalidad infantil alcanza aquí la incidencia más alta en el país; la tuberculosis es mortal en el más alto grado dentro de la Argentina. No parecería necesario repetir que la desnutrición los golpea duro: su dieta carece de proteínas suficientes. El ganado menor que cuidan no es siempre propio, y el escaso que les pertenece se comercializa. Raras veces se sacrifica algún animal, y casi siempre el más viejo.

El bocio y el mal de Chagas son también aquí conocidos. La vinchuca anida en el adobe o la piedra de los bien construidos ranchos, con sus vigas de cardón.

Como en todo el país, lo que la gente pide es tierra y riego, o defensas contra inundaciones. Las antiguas acequias ya no alcanzan, y aquí los ríos suelen enloquecerse en época de crecida y arrasan con los cultivos asentados sobre sus riberas, llevando consigo ranchos y animales, que se entremezclan con las enormes piedras que ruedan en su seno.

Desde tiempos del encomendero, la vida no fue fácil. Ajenas o propias, las tierras no alcanzaron más que para durar. Gratis o mal pagos, siempre trabajaron para otros. Y no fue casual. Los aparentes cambios sólo llevaron del sistema feudal de la encomienda a la servidumbre actual del vale. El gobierno peronista les dio tierras, pero la clase hegemónica supo arreglárselas para minimizar esa conquista. A la caída de Perón, un estanciero (afincados se los llama en la zona) recorría al galope, esgrimiendo un amenazante rebenque, las casas de sus arrenderos, al grito de triunfo: “¡Ya se fue el tata de ustedes!”.

No es una novedad que el minifundio resulta funcional para el acrecentamiento del latifundio. Apoyándose en la ilusión del pequeño propietario, el patrón cuenta siempre con mano de obra barata y disponible. Y eso es cierto, tanto en la estancia como en la mina o el ingenio.

## Mineros

Para quien tiene hambre o pretende escapar de un futuro miserable, aun condiciones de trabajo objetivamente opresivas pueden significar una mejora. Tal es el caso de la minería. El subsuelo salto-jujeño es rico en plomo, azufre, zinc y hierro, explotado por compañías nacionales y extranjeras.

En Salta, 47 establecimientos ocupan a 2.264 personas, de las cuales 2.208 son obreros. En cifras absolutas es el más alto número de mineros para todo el Norte. La producción es también la más alta de la zona: llegó en 1960 a \$ 4.175.324.<sup>6</sup> De todos modos, puede apreciarse que como fuente de trabajo es exigua para la población local.

El bórax salteño cubre el 75% de la producción nacional, pero padece el problema de la falta de transporte. Para llevarlo desde la puna hasta las plantas de refinación es necesario reforzar en un 80% la capacidad de carga de los ferrocarriles mediante camiones. El remedio puede no dar resultado, sin embargo, dado el estado de los caminos. De ahí que el bórax nacional no pueda competir con el importado de los Estados Unidos.

Los 36 establecimientos mineros jujeños ocupan a 1.867 personas, de las cuales 1.629 son obreros. El centro de la actividad se encuentra en la región puneña.

Mina Aguilar, planta importante, es propiedad del monopolio norteamericano National Lead que, desde hace años, cumple con la función de no extraer nuestros minerales. Sus personeros se ocupan de adquirir y mantener improductivas aquellas minas cuya explotación iría en contra de los intereses comerciales estadounidenses. Su dominio de los resortes del crédito impide, por otra parte, la modernización de las empresas nacionales.

---

<sup>6</sup> Estos datos y los que siguen fueron obtenidos directamente en CONADE en 1970.

No obstante, son estas últimas empresas las que aportan el 80% del mineral que consume el país. Los colosos extranjeros, sin limitaciones en cuanto a capital, aportan un modesto 20%.

Los altos hornos de Zapla, cerca de Palpalá (Jujuy), constituyen el establecimiento siderúrgico más importante del país. Operado por Fabricaciones Militares, es presa codiciada por los monopolios internacionales, cuyos embates cada vez se hace más difícil resistir.

El trabajo en las minas posee un atractivo que todo migrante interno aprecia por sobre todas las cosas: es un empleo fijo y estable. Esto permite el goce de una remuneración relativamente más elevada y la obtención de beneficios sociales, tales como la vivienda, premios de trabajo y el acceso a actividades recreativas provistas por el complejo minero: cine, clubes, etc. El minero abandona entonces sus tierras y se instala definitivamente con su familia en las cercanías de la fuente de trabajo.

Claro que esas ventajas tienen su terrible contrapartida: el minero carece de elementos de protección para cumplir su riesgosa tarea, de atención médica adecuada y del derecho a un descanso acorde con la intensidad fatigante de su trabajo, que debe cumplir a pesar de las inclemencias del tiempo o la amenaza constante de los desmoronamientos. El grado de explotación es mayor en los establecimientos privados.

El saturnismo acorta el período de vida útil del minero. Es una enfermedad provocada por los gases del plomo, que afecta los riñones y es de evolución lenta. Tomada a tiempo puede detenerse, nunca curarse: el paciente siempre queda nefrítico. Por otra parte, el 70% de los 35.000 trabajadores argentinos empleados en empresas mineras privadas no está amparado por contratos de trabajo. En horarios de 10 a 12 horas reciben como remuneración salarios ilegales. La asistencia médica, en muchos casos, no existe y los despidos arbitrarios son la regla. En las minas Pan de Azúcar, de Jujuy, en 1968 se obligó a los obreros, para conservar la fuente de trabajo, a renunciar a los po-

cos servicios sociales que habían conseguido.<sup>7</sup> El minero es consciente de su explotación, pero no tiene mucho para elegir. “Es preferible esto que nada”, nos manifestaba un joven minero jujeño. Y ese “nada” significa permanecer atado al minifundio paterno.

---

<sup>7</sup> *Semanario CGT*, N° 30, p. 5, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1968.

## Ingenios: contratistas, vales, lotes y gran empresa

“¡Si sacan una foto de esto, los hago meter presos por el ingenio!”, bramaba el cuidador de los lotes. Detrás de él, su familia, aterrorizada, lo incitaba a cumplir la amenaza, a romper las máquinas del grupo de periodistas que pretendió documentar la vivienda de los trabajadores temporarios del Ingenio Ledesma. Sucede que estas “viviendas” no son las que aparecen a toda página en los diarios para “vender” la imagen de la empresa progresista. Consisten en largas barracas de madera, sin ventanas, compartimentadas, con una puerta al frente y techo de zinc, donde se hacían las familias de los peones en tiempo de zafra. Algo semejante puede apreciarse en San Martín del Tabacal, otro coloso azucarero del Norte salteño.

El estatus del personal del ingenio está rígidamente marcado por la casa que habita: un palacete alberga a los ejecutivos, lujosos chalets a los técnicos, viviendas de material un poco más rústicas a los obreros fijos, entre los cuales los calificados las tienen mejores, y el misérrimo “lote” para el peón de surco.

El ingenio del norte difiere radicalmente del de Tucumán. El clima favorece la producción de caña con un mayor porcentaje de sacarosa, y la concentración monopólica de tierras y capital hace que su explotación sea enormemente rentable. San Martín del Tabacal, ocupando el 13,8 por ciento de la superficie cultivable en la provincia, aporta el 84,5% de la producción azucarera. Ledesma, en Jujuy, llega al 41,4%.

Aquí no existe la división entre quien siembra y quien fabrica. No hay cañeros independientes: el ingenio es dueño de la tierra, de la caña, de las máquinas para cosecharla, de las fábricas para refinar el azúcar, del pueblo donde viven sus empleados, de los negocios donde estos compran, del cine al que asisten y del sindicato que los agrupa. A veces, también de la gente. Algo que asombró a nuestros amigos periodistas fue la sincera, auténtica ignorancia de un técnico

altamente capacitado sobre las condiciones de vida del peón zafre-  
ro. Manifestaba que la empresa sólo había hecho el bien en la zona,  
elevando el nivel de vida obrero. Se sentía parte de ella, hablaba con  
orgullo del papel fabricado con bagazo, material que antes se tiraba,  
hoy exportado a Estados Unidos, de los naranjales de Calilegua, del  
crecimiento incontenible del pulpo.

Su modelo es, quizás, el obrero fijo, numéricamente poco impor-  
tante, mejor remunerado y con vivienda. Como sector, no va a crecer;  
por el contrario: la progresiva automatización del proceso productivo  
hará que se prescindirá cada vez más de sus servicios. Su situación de  
dependencia total respecto al empleador hace que a veces caiga en  
cuadros de paranoia, como el que relatábamos a propósito del cui-  
dador de lotes.

El núcleo todavía cuantitativamente grande es el de los peones  
de surco. De junio a octubre marchan hacia las plantaciones miles  
de hombres que provienen de las punas argentina y boliviana, de los  
valles calchaquíes, de las selvas oranenses. Criollos, indios chirigua-  
nos que hablan un proto-guaraní y lucen largas trenzas atadas con un  
pañuelo, a modo de turbante, quechuas y aymaraes bolivianos, que-  
bradeños, etc. En Tucumán, el trabajo en el surco permitía una con-  
centración humana prácticamente permanente, cuya proletarización  
generó los conflictos que todos conocemos. Aquí, una vez levantada  
la zafra, el obrero regresa a su lugar de origen, liberando a la empresa  
del peligro de “subversión” que encarna semejante masa obrera. Ve-  
mos cómo llega hasta el ingenio.

## Contratistas

El contratista puede residir en lugares estratégicos, o bien recorrer zonas en busca de mano de obra. La Quiaca es fundamental, pues allí convergen obreros argentinos y bolivianos. Solamente para Ledesma viajan cada año 5.000 hombres, que son cargados en trenes especiales. Conversamos con algunos de estos, entre ellos un joven quiaqueño de 15 años de edad. En el verano trabaja en “changas” en la estación, es decir, acarrea valijas y bultos de los viajeros que arriban a esta suerte de capital de la Puna. En el invierno, va con su padre al ingenio. Los braceros –nos dicen– deben aceptar para ser contratados diversos tipos de descuentos, materializados con la firma de vales: seguros de vida (que nunca se concretan), jubilación, beneficios sociales, y otro vale, de \$20.000 a \$30.000 m/n., para adquirir alimentos, mantas, ropas, etc., en las proveedurías del ingenio. La firma de esos vales es obligatoria para ser contratados.<sup>8</sup>

Ya en el ingenio, los pagos no son regulares, ni quincenales ni mensuales. Se recibe el dinero en dos o tres cuotas arbitrarias. Esto obliga al trabajador a retirar mercadería a cuenta de la proveeduría de la empresa, cuyos precios son abusivos. Cuando llega el momento de cobrar, los descuentos se llevan casi todo.

En esto no interviene el monopolio; descarga su responsabilidad en el contratista, al que paga una comisión. Pero se beneficia: invierte menos efectivo por tonelada de caña, obtiene ganancias por los precios que cobran sus proveedurías y obliga al peón a revertir el dinero ganado en las arcas de la empresa.

Otro sistema ingenioso y que ilustra la relación simbólica entre latifundio y minifundio, es el empleado en la finca de Luracatao, en los valles calchaquíes. La gente que allí vive debe efectuar un largo viaje

---

<sup>8</sup> Datos obtenidos en 1970.

hasta el ingenio San Martín del Tabacal, para la zafra. “Casualmente”, finca e ingenio pertenecen a los mismos patrones. “Casualmente”, también, la gente de la zona que no vive en la finca no viaja hasta ese ingenio, prefiriendo conchabarse en los más cercanos de Tucumán. El miedo a perder la tierra arrendada obliga al agricultor del valle a trasladarse con su familia hasta los cañaverales. La finca funciona como verdadero “criadero” de peones.

Un peón nacido allí, de 22 años, nos contó el sistema. Desde los 18 viaja al norte en los camiones que los contratistas llevan hasta los valles calchaquíes, y que llenan de zafreros. En 1969 les exigieron, bajo amenaza de no llevarlos, la firma de dos vales de m\$ 20.000 cada uno. Además, pretendieron descontarles otros dos mil pesos para contribuir a la compra de un avión sanitario con destino a la ciudad de Orán.

Es bueno recordar que el pago en vales fue prohibido en nuestro país por la ley 11.278 de 1925. Sigue en vigencia, sin embargo, con absoluta impunidad, y no sólo en los ingenios sino, por lo menos, en los aserraderos de Tartagal, los obrajes de Santiago del Estero y los arrozales de Corrientes, mediante la operación de proveedurías más o menos dependientes de las empresas. Sólo que ahora, mediatizado por la acción del contratista.

No bien descargados los bártulos en la “habitación” de 3 x 4 metros que le corresponde en el “lote”, la familia entera comienza su labor. El hombre voltea las cañas que luego son peladas y limpiadas por su mujer y sus hijos. La concurrencia a la escuela se hace difícil para estos últimos. El pesaje de la caña está fuera del control del obrero, que cumple jornadas de sol a sol (pues se le paga por la producción) bajo temperaturas que van de 30 a más de 40 grados.

Por cuatro o cinco meses, cultivos y cabras quedarán abandonados. Al regreso, deberán redoblarse los esfuerzos para extraer algo de la magra parcela. De este modo, el ingenio consigue tener siempre una mano de obra cuantitativamente numerosa y cualitativamente pasiva frente a sus abusos. Para asegurarse aún más tales condiciones

se prefiere contratar bolivianos –a cuya “entrada ilegal” en el país hacen la vista gorda las autoridades–, cuya semiclandestinidad hace posible su superexplotación. En el Norte salteño el trabajador ideal pasa a ser el indígena. Matacos, chutupíes o chiriguanos no tienen existencia legal en nuestra patria, malconocen el idioma, ignoran el valor del dinero. Su competencia desplaza al obrero sindicalizado, y crea odios: blancos versus indios, aquí; argentinos versus bolivianos, en Jujuy.

Esto llevó en una época a que los trabajadores argentinos cruzaran el límite para, haciéndose pasar por bolivianos, conseguir ser contratados.



*Vista panorámica parcial  
de una "villa" (Bañado de Flores).*

Fotos: Alfredo Moffat



1.



2.



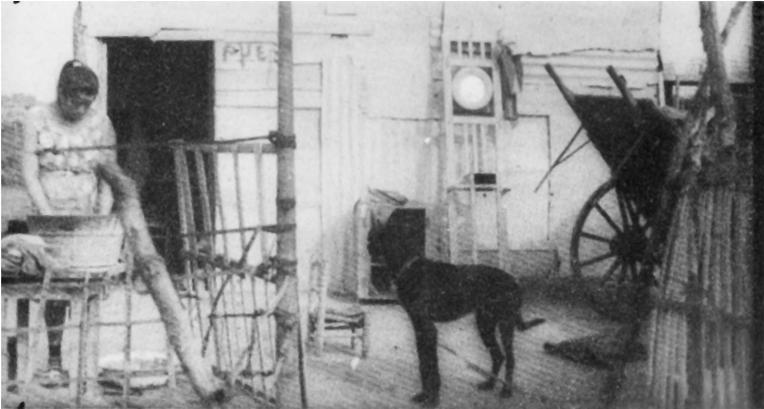
3.

*1 y 2. Dos vistas de calles anteriores de una "villa".*

*3. La "villa" junto a los monobloques del barrio Almirante Brown*



1.

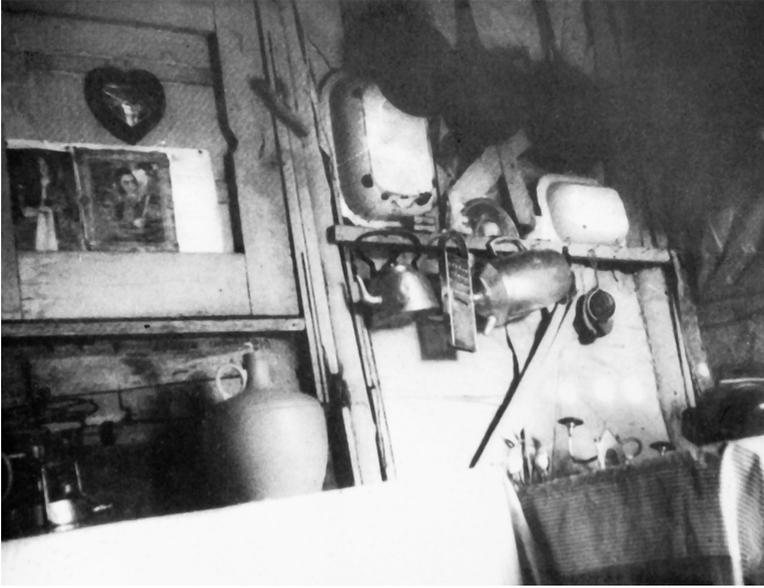


2.

1, 2, y 3. Vistas exteriores de construcciones típicas de la "villa".

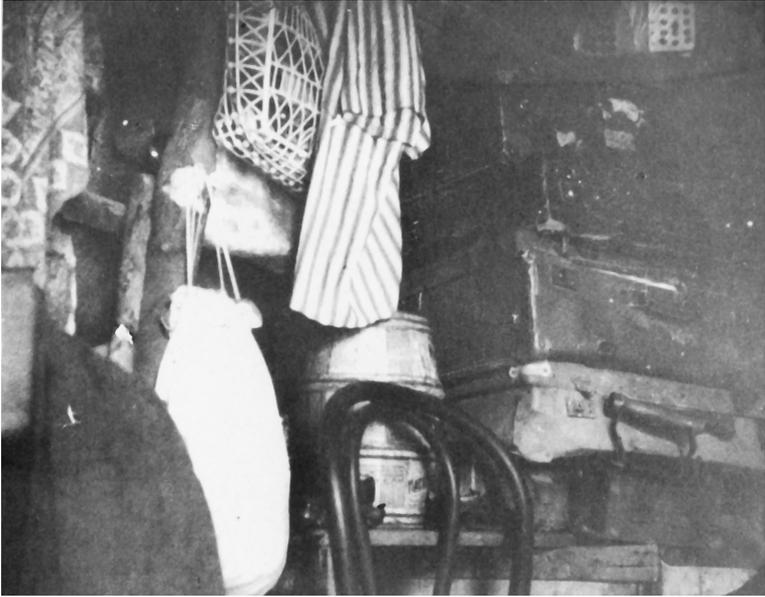


3.



1.

*1. y 2. Dos interiores típicos de la "villa".*



2.



1.

1. *Construcción lacustre.*
2. *Tanque para depósito de agua frente a una habitación.*
3. *Niñas de la "villa" junto a un grifo público.*



2.



3.



1.



2.



3.

1. y 2. Dos negocios de la "villa".

3. Un recreo junto a la "villa"



1.



2.



3.

1. *La inundación.*
2. *Construcción frente a zonas anegadizas.*
3. *Los niños de la "villa".*



1.



2.



3.

*1. 2. y 3. La erradicación: los villeros a la espera de las comisiones municipales.*



*La erradicación:*

- 1. La topadora comienza su tarea*
- 2. Una casilla destruida*
- 3. La policía especial de la Comisión Municipal de la Vivienda dirigiendo el operativo.*
- 4. Vista parcial de la "villa" destruida.*

1.



2.



3.



4.



1.



2.



3.

*La erradicación:*

*1. Los camiones listos para la partida*

*2. Partida de los primeros camiones*

*3. La fumigación*



1.

*1 y 2. Las viviendas "provisorias" destinadas a la población erradicada.*



2.



1.

*1. 2. y 3. A la urbanización compulsiva de las viviendas "provisorias" se opone la urbanización espontánea de algunas villas. Construcciones de material levantadas por los "villeros".*



2.



3.



## Productividad y éxodo

La concentración de capitales que implica el monopolio, su inserción en el mercado internacional del azúcar, su dependencia de créditos de instituciones foráneas, como el B.I.D. y el F.M.I, lo obligan a acrecentar su eficiencia. Esto se lleva a cabo mediante la mecanización del proceso. Así charlábamos con un zafrero del ingenio San Martín, quien temía por su fuente de trabajo.

–El año que viene –nos decía–, porque este año ya han salido las máquinas, son cuatro, iremos sólo a voltear... y las máquinas irán a alzar y cargarlas en los camiones.

–¿Y cómo irán a pagar? –preguntamos.

–Y... ya nos van a pagar menos.

–¿Y qué va a pasar con la gente de Salta, Jujuy, Santiago, el Chaco y Bolivia que se empleaba en el ingenio?

–Cobrarán menos, se quedarán sin trabajo.

–¿Y usted?

–Tengo miedo... –repuso–. Me gustaría ir a trabajar a Buenos Aires si me quedo sin trabajo... En cualquier cosa trabajaría.

Ya hay indicios de ese desplazamiento gradual del hombre por la máquina. La región no puede ofrecer más fuentes de trabajo y tiende a expulsar su población, por ahora, con cuentagotas. Quedan los tabacales, las obras de infraestructura y construcciones en las ciudades capitales –orladas ya por su cordón de villas miseria–, pero tampoco alcanzan. La gente con mayores aspiraciones se marcha, y la reemplaza la migración boliviana, dispuesta, todavía, a aceptar condiciones de trabajo opresivas, pero que no ha de permanecer mucho tiempo en esa actitud.

Las grandes ciudades, pero en especial Buenos Aires, proyectan su imagen de opulencia hacia el interior. Cine, televisión, radio, revistas, se hacen pensando en el consumidor porteño. En tierra adentro

bastaría mirar en torno y comparar con lo que llega a través de esos medios, para hacer las valijas. Pero, además, están los amigos, los parientes. Aquellos que iniciaron el éxodo cuando un proceso de industrialización lo justificaba, con esperanzas ciertas de mejorar. Están las primeras migrantes: las muchachas que llegaron para trabajaren servicio doméstico y se volvieron obreras. Van y vienen las cartas, se suceden visitas y regalos, hasta que la idea madura: “¿Y si me fuera?”, se pregunta el zafretero, el peón golondrina, harto de seguir camino de las cosechas, el albañil, el changarín.

## Expectativas

Quien vive en la ciudad, quien nació en una clínica, fue a la escuela primaria y luego a la secundaria, consiguió un empleo y un sueldo, llega a su casa y prende con naturalidad la luz eléctrica, abre la canilla y se lava con agua abundante, cocina en un artefacto a gas y, por sobre todo, come todos los días; tiene que hacer un gran esfuerzo de imaginación para pensar en otras condiciones. Y un mayor esfuerzo, quizá, para concebir que alguien considere que su vida ha mejorado en el ámbito sórdido de la villa miseria.

Un viejo correntino, que regresaba de visitar a su hija en una villa porteña, manifestaba entusiasmado a una ingeniera de INTA: “Vos vieras, ingeniera, las cosas que tiene mi hija. Nada le falta, tiene todo, todo. Tiene cocina, heladera, televisor, lavarropas, plancha... ¡todo!” Que ese “todo” estuviera colocado sobre un piso de tierra, que el material de la casilla la hiciera fría en invierno y caliente en verano, no hacía diferencia para nuestro hombre. El, como arrendero, jamás podría acceder a uno solo de esos artefactos.

Un joven empedradeño sonrió en la puerta de su casilla, cuando le preguntamos si los servicios médicos eran mejores aquí o allá: “Aquí tengo la salita a cinco cuadras, el hospital a quince. Allá, el hospitalito estaba a cinco leguas, y por camino de tierra”.

Que la conservación del agua en tanques, practicada en las villas, hace peligrosa su ingestión, no lo dudamos. Pero es necesario ver el agua barrosa de los charcos de donde bebe la familia correntina, el subido color rojizo que da la arcilla al agua en La Rioja o Jujuy, para entender que aun la poco recomendable agua porteña tiene alguna ventaja sobre la otra. Entre ellas, el iodo necesario para evitar el bocio.

Por cierto que se espera más de la ciudad. Por lo pronto, el empleo fijo. La estabilidad es el principal valor para el migrante: ya lo es en su tierra. Dos señoras de Empedrado se congratulan de que una amiga

común hubiera casado a su hija con un empleado del ferrocarril: “Eso es bueno, un muchacho con empleo. No como esas que se casan con muchachos del campo. Esos no tienen porvenir, nunca van a llegar a nada”. Pero hay varios factores que impiden lograr el sueño de la estabilidad. El joven que llega no puede hacer nada con toda su experiencia campesina. Carpir, arar, voltear caña o cosechar algodón son habilidades inútiles en la ciudad. Entonces, se dirigirá por fuerza hacia los empleos que no requieran mano de obra especializada, donde será tomado como changarín, marginado de los beneficios sociales, peor pagado. Cuenta con una única ventaja, producto de la concentración urbana: la facilidad de conseguir changas. Eso sólo, para muchos, hace que valga la pena dejar el lugar natal.

Otro factor que no podemos medir con exactitud es la discriminación que padece el villero en cuanto tal. Recordamos los eternos carteles de “No hay vacantes” en las fábricas cercanas a una villa. No había vacantes, pero sólo para los habitantes del barrio precario. El joven que busca trabajo prefiere no decir que vive en una villa. Trata de conseguir que alguien le “preste” un domicilio a esos efectos.

De todos modos, repetimos, hay un ascenso efectivo, pero no suficiente. Como hay un ascenso en dejar el minifundio para ir a las minas, a los cañaverales, a la cosecha del algodón. En todas partes hay trampas, en todas partes se pretende perpetuar la miseria del pueblo, que intenta escapar a tantos lazos puestos en su camino. Su estrategia es, por ahora, la fuga. Vende, de golpe, o poco a poco, las escasas pertenencias que lo atan a la tierra, y elige la vida difícil de la proletarización. Ve mundo, ve país. Poco a poco va madurando su conciencia junto a las luchas totales de ese país, a las que se incorpora. Esto produce miedo: hay que buscar remedios, piensan las capas dominantes. Veamos en qué consisten.

## Brazos para el campo

Resulta difícil saber hoy qué planes gubernamentales siguen en vigencia, cuáles están detenidos, cuáles irán a cambiar. Debemos corregirnos: detenidos están prácticamente todos. Lo interesante es verificar su orientación, ver hacia qué país nos conducen. Partimos de la base de que las modificaciones producidas en la superestructura política no tocan para nada los factores estructurales que permiten definir al país como dependiente. Seguimos dependiendo del crédito externo y de las condiciones de los organismos que nos lo facilitan. Se siguen extrayendo cinco o siete dólares por cada uno que se invierte. La filosofía de los planes, hoy demorados, no puede cambiar mucho, y sabemos que la supuesta antinomia liberalismo-desarrollismo no existe.

Tomemos una zona en aguda crisis: Tucumán. Es allí donde la política favorable a los monopolios ha demostrado su estupendo desprecio por el pueblo, que respondió condignamente con su rebeldía a los ataques. Y se teme que haya nuevos Tucumanes en el país; el más próximo, quizás el Chaco. Todo el arsenal sociológico del régimen, con fuerte apoyo norteamericano, se vuelca en el Chaco, intentando prever por qué lado va a reventar la situación.

Decretada desde el gobierno la muerte de la industria azucarera tucumana, se elabora un plan preliminar para su “desarrollo”, a cargo de Italconsult (Fiat-Concord), en marzo de 1967. Vale la pena transcribir sus “Recomendaciones - Orientaciones Generales”:

Inculcar, en los distintos niveles, aprovechando de la actual fractura de mentalidad, la noción de Productividad mediante las más variadas e imaginativas formas de penetración: cursos en la Universidad, en escuelas e industrias, desarrollo de la enseñanza técnica, conferencias, etc. La

Fundación Ford, con la cual la Universidad de Tucumán tiene un convenio, ya exploró –adelantando considerablemente– esa posibilidad. Además, también existe la de que el Fondo Especial de las Naciones Unidas participe de una iniciativa de esa índole. En aquella oportunidad, con la implantación de cursos de ‘Administración de Empresas’ en Tucumán, se conseguirá un cuerpo de calificados profesores que –a la par de su técnica docente– contribuirán con conferencias, informes, etcétera, a consolidar el mismo cambio de mentalidad tucumana.

El “cambio de mentalidad” se inicia, pues, en la cumbre, creando la élite de tecnócratas mediante los buenos oficios de las fundaciones extranjeras. Estos enyesarán la “fractura” de esa mentalidad convirtiéndola en una robusta pierna que sostenga al “consorcio internacional que invierta capitales en la región”, previsto por el plan oficial.

La modernización tucumana que surge de bases tan brillantes supone: reagrupamiento de parcelas, es decir, acelerar la tendencia al latifundio; mecanizar el cultivo de la caña de azúcar; apoyo crediticio a las explotaciones ganaderas latifundistas; crear fuentes de energía para la instalación de industrias. Todas estas medidas tienden a reducir el empleo de mano de obra.<sup>9</sup>

El “Operativo Tucumán”, impulsado por la ley 17.010, se proponía invertir dicha mano de obra en las tareas de infraestructura. Al mismo tiempo, otorgaba tratamiento preferencial a las industrias que se instalaran en la zona.

Los obreros de los ingenios fueron, pues, a cavar zanjas y a hacer cloacas, por jornales de 900 pesos viejos diarios, que no se les pagaban puntualmente.

---

9 Datos obtenidos en CONADE en 1970.

El paliativo –según las cifras más optimistas– ocupó a 2.500 personas. Recordemos que en 1966 trabajaban en los ingenios 30.800 personas, de las cuales 22.000 eran obreros transitorios.

La historia de las industrias demuestra que tampoco constituyeron una solución para la desocupación por decreto. Dejemos de lado el hecho de que muchas –burlando las reglamentaciones– son simples depósitos que no producen nada. No nos fijemos en la fuerte guardia especial que impide la entrada de visitantes. Pensemos en la cantidad de mano de obra que absorben, y su calidad.

Maderera Lules, ampliación de una compañía ya existente, tuvo que incorporar a su personal un 50% de cañeros, en cumplimiento de exigencias del Operativo. Los 250 favorecidos fueron despedidos en mayo de 1969, porque, según el capataz, “cincuenta obreros, de estos (especializados) rinden más que 250 cañeros”. Emmes Hitachi, empresa altamente especializada y tecnificada, emplea a 200 personas. Los obreros del azúcar sólo son tomados para tareas de limpieza, corte de césped, etc. Los ejecutivos son, por supuesto, nipones. Carfin, agonizante fábrica de caramelos, ocupa a 40 obreros especializados, en su mayoría mujeres.

Las ollas populares, la ocupación de ingenios, la lucha desesperada por la fuente de trabajo que costó la vida a muchos trabajadores, estaban previstas. Los planes calculaban que para alcanzar en 1974 una tasa de desocupación solamente urbana del 4%, debían emigrar de la provincia unas 7.000 personas por año. Literalmente, el gobierno echa al pueblo tucumano de su tierra. El plan es un plan para sobrevivientes.

Ya vimos cómo se echa también del campo al agricultor correntino. Casi ni valdría la pena mencionar la “solución turística” que se esgrime en el caso de Empedrado: explotar un hotel de lujo que “reactivará la economía”, con su correspondiente casino. El atractivo: la pesca del dorado. Quien estuvo en Paso de la Patria sabe que, junto a la ostentosa hostería, languidece un pueblo miserable que poco o

nada tiene que ver con los señores que llegan del país y el extranjero a probar suerte con sus anzuelos.

El azúcar quedará en manos de los monopolios del Norte, y de algunos pocos ingenios, también monopólicos, en Tucumán.

Ante todo eso cabe preguntarse: ¿Qué se quiere hacer con la gente? Más adelante veremos que tampoco se les permite acercarse a las ciudades, “congelando” y erradicando las villas miserias. La respuesta es muy simple y muy vieja; comenzó a formularse en 1860: reemplazarla por otra de mejor calidad. La expulsión del criollo se seguirá con la creación de una infraestructura adecuada, sobre todo en la pampa húmeda, áreas del Nordeste y Noroeste, para... ¡traer colonos europeos! También los inmigrantes europeos se establecerán en las zonas industriales a crearse, entre ellas, el Gran Buenos Aires y la Patagonia. El racismo sigue vigente con singular fuerza para quienes niegan la historia. ¡Lástima que el pueblo los obligue a cambiar tan excelentes planes!

## Llegada y adaptación

“La villa miseria es el único medio institucionalizado que la ciudad provee al migrante para su albergue y socialización”, señala Margulis (1968, p. 194). En realidad, es el mismo migrante quien arbitra ese medio y encara con sus propias fuerzas el proceso de urbanización. Sólo después la “ciudad” (concepto demasiado comprensivo que más adelante analizaremos) pretende institucionalizarlo, es decir, controlarlo y, ya a nivel de fantasía, eliminarlo.

Históricamente, las villas nacen casi sin violencia. En 1949, por ejemplo, la Isla Maciel era aún un pajonal con algunos astilleros, su sector urbano de conventillos, muy semejante a La Boca, y las quintas de los italianos. Siempre fue famosa por sus prostíbulos, algunos de los cuales, sobre todo en la década del 30, gozaban de especial favor entre la clientela. Aprovechando el “monte” existente, muchos malhechores se refugiaron allí.

Testigos de la época nos relataron su instalación. Al principio eran sólo ocho familias las que solicitaron permiso para alzar sus casas en terreno del ferrocarril. La empresa mandó un ingeniero que midió y entregó los lotes. Algunos se hicieron construir, por los italianos, viviendas a imagen y semejanza de las boquenses. Ese núcleo inicial –según nuestra informante– habría regalado parte de sus terrenos a la gente que llegó después. El dato es bastante dudoso; lo más probable es que a las primeras ocupaciones formales siguieron luego las de hecho.

La villa fue creciendo sobre el terreno fiscal, se extendió hasta el borde mismo de las vías, incursionó en los sacrosantos terrenos privados de los astilleros. En esa arrevesada geografía, la manzana de los pioneros se destacaba por el encuadramiento de construcciones y cercos, y su mayor tamaño: eran verdaderas casas. Esto generó en la vecina que nos contó la historia –y probablemente en algunos

más– un sentimiento de superioridad frente a “esa gente”, como llamaba a los que llegaron después. Nada, sin embargo, diferenciaba su historia de la de ellos. Tucumana, había tenido dos maridos y trabajó en el Norte en tareas vinculadas a la construcción de las líneas ferroviarias Salta-Socompa y Metán-Barranqueras. “Como un hombre”, manifestaba con orgullo. Luego, la falta de condiciones de trabajo la empujó a Buenos Aires, donde aprendió y ejerció el oficio de costurera y consiguió su jubilación.

Las dos migraciones –interna y externa– se mezclaron en el núcleo inicial: tucumanos, correntinos, italianos y hasta una yugoslava lo constituían. La seguridad jurídica de nuestra informante y su cómoda ubicación dentro de las normas del sistema, generaban esa aparente actitud de desprecio hacia los demás. Y decimos aparente, porque casó a su hija, a quien sobreprotegía y hasta castigaba para que no se contaminase con el “ambiente”, con un muchacho de la villa.

El choque entre las expectativas traídas del campo y la realidad urbana puede ser duro. Ya lo habíamos advertido en Empedrado con un joven que se disponía a migrar: pareció desilusionado cuando le dijimos que la mayoría de los hombres de Villa Maciel trabajaban en el puerto. “¿Changarines nomás son?”, comentó.

Antonia, una correntina de treinta años, nacida en Manantiales, departamento Mburucuyá, nos confesó también su desengaño. Desde los 10 años vivía en la ciudad de Corrientes trabajando en servicio doméstico, lavado y planchado. Llegó a Buenos Aires hacia 1957, y al ver las casillas de chapa su primer comentario fue: “¿Esto es Buenos Aires?... ¡Pero si Corrientes es mejor!”.

Su bilingüismo fue otra fuente de dificultades. Consiguió trabajo en un frigorífico cuando “no hablaba nada de castilla”. Se expresaba en guaraní, lo que restringía su comunicación a comprovincianas y paraguayas. Las demás se reían. Aún hoy –cuando su castellano es fluido– se le mezclan a veces palabras en guaraní. Sucede que su compañero es paraguayo y hablan casi siempre en casa la lengua indígena.

## División regional

Por un proceso natural, los vecinos se van agrupando según, no sólo las provincias de origen, sino aun la región o el pueblo del que son oriundos. Jocosamente nos decían en uno de los barrios de Isla Maciel que en otro sector de la villa había pueros empedradeños, y que no tenían más que gritar un apellido para encontrarlos, porque “todos se llaman igual”. Este agrupamiento se va dando a partir de un migrante, quien, al instalarse, llama o recibe a sus paisanos, familiares o no. Por cierto, que tal cosa ocurre sólo en los núcleos provinciales más numerosos.

Como es sabido, la gente que migra es la más valiosa desde el punto de vista productivo: los individuos más jóvenes, entre 18 y 40 años, son los más aptos para afrontar el cambio, aptitud demostrada por el solo hecho de decidir la migración. En su mayoría llegan solos a probar fortuna, luego formarán pareja.

## Familia

Margulis señala la tendencia de los riojanos emigrados a casarse dentro del grupo (endogamia). Algo semejante observamos entre nuestros informantes del campo empedradeño. Es más, con frecuencia viajaban a sus pagos para casarse, lo que en muchos casos se hacía con pompa, por Civil y por Iglesia.

El matrimonio formal, sin embargo, no es considerado indispensable. Como en todo el interior campesino, la pareja puede deshacerse por causas graves o disentimientos entre cónyuges, haya o no libreta de casamiento por medio. Este documento tiene valor más que nada para poder cobrar el salario familiar, lo que llevó a regularizar no pocas situaciones. La religiosidad de la gente, sincera y profunda, no los induce a exigirse sin embargo el matrimonio religioso, ni se sienten en pecado mortal por vivir en unión libre con su pareja. A veces algún sacerdote o religiosa emprendedores organizan casamientos masivos, a los que la gente no se opone, aunque ya hoy en día ese proselitismo un tanto compulsivo ha decaído.

El pueblo desconoce las formalidades y la hipocresía que preocupan a las capas medias. Esto se refleja con claridad en el lenguaje: nadie oculta su situación matrimonial, ni hay problemas en confesar cuántos cambios de pareja se han realizado. Es frecuente la palabra “compañero” o “compañera” para referirse a la pareja. Un hombre que gustaba de emplear un lenguaje preciso, presentaba a su señora sin rubores como “mi concubina”.

Las crisis familiares son frecuentes en el nuevo medio, pero carecemos de cifras exactas para compararlas con las que ocurren en el campo o, dentro de la ciudad, en otros sectores sociales. Es probable que la cáscara más espesa de las casas y departamentos de barrio hagan menos visible la presencia de crisis, y emitir juicios de valor al respecto es harto peligroso.

Un sociólogo francés, Meister, en trabajo inédito, postulaba para las villas diversas etapas en la vida familiar, que irían indicando la marcha del proceso de urbanización. En la primera, la familia recién llegada se aferraría a las costumbres tradicionales como una manera de no desintegrarse ante la nueva realidad (promiscuidad, falta de privacidad, caída de falsas expectativas, etc.). Sobrevendría entonces una etapa de crisis, en la cual la familia caería en episodios de violencia entre cónyuges, maltrato a los hijos, alcoholización frecuente del marido y otros indicadores semejantes, que culminarían con la ruptura del núcleo familiar.

Ese momento crítico era para Meister crucial, pues allí el individuo se decidía entre las dos vías posibles de adaptación: el trabajo, la reconstrucción de la familia, o la delincuencia. Consideraba a esta última como la forma aparentemente más lógica de resolver el dilema. Prescindiendo de juicios de valor, parecería que un hombre o una mujer golpeados duramente por la vida en su lugar de origen, sometidos a condiciones inicuas de trabajo, vivienda, etc., deberían escoger la salida más fácil: rebelarse contra la sociedad y tomar por la fuerza o por procedimientos moralmente reprobados lo que se les niega. Y, sin embargo, tanto en la Argentina como en otros países donde se reproducen agrupamientos semejantes a nuestras villas, la elección de la delincuencia es excepcional: la enorme mayoría opta por el camino más difícil del trabajo. Este razonamiento lógico, cuya formulación sería: “Yo, en lugar de ellos sería delincuente”, es el que se proyecta en el prejuicio de ciertos sectores ciudadanos hacia el villero.

La etapa final de nuestro autor sería la adaptación, en la que se formarían nuevas parejas, nuevas familias, y estas adquirirían actitudes positivas hacia el cambio, planteándose soluciones verdaderas para salir del medio traumático de la villa.

Esa interpretación jamás pudo comprobarse. Su defecto principal era el desconocimiento de su autor acerca de nuestra realidad nacional, tanto en el campo como en la ciudad. Criar gallinas en el fondo, tener algún sembrado, preparar comidas típicas, ¿constituyen “pautas

campesinas”? El comprarse un cuchillo para comer asado o colgar macetas con flores en la casilla, ¿son “pautas urbanas” que indican una adaptación al medio? ¿Se emborracha siempre la gente porque es incapaz de resolver una crisis? ¿Abandonar la tonada y los modismos regionales es síntoma de “urbanización”?

En nuestra propia experiencia hemos encontrado grandes contradicciones al respecto. El cuchillo para comer asado es algo que el peoncito de campo adquiere ni bien puede, pues constituye, además, un arma y una herramienta de trabajo.

Las macetas con flores colgaban indefectiblemente en las paredes de los ranchos campesinos. La borrachera diaria es frecuente en las clases media y alta provincianas, y se vincula al machismo y la adultez, tal como el cigarrillo. Conocimos en la villa hombres que bebían su litro de vino diario en el almuerzo, pero jamás se presentaban borrachos al trabajo, ni maltrataban a sus familias. Y era gente a la que las asistentes sociales llamaban “de buen nivel”, con empleo fijo, vivienda relativamente buena, situación familiar consolidada.

Lo que es consciente entre los habitantes de las villas es la relación entre trabajo y alcoholismo. En cierta ocasión nos relataba un informante correntino un caso fantástico, vinculado al mundo mágico de su cultura tradicional: la materialización del “daño” hecho a un conocido suyo (payé) en gusanos que se le introducían por las orejas. Pensando en un probable *delirium tremens*, preguntamos a nuestro amigo si el hombre no bebía. “No –fue su respuesta–, ¡Si trabajaba!”.

Desconocemos mucho todavía. Los clásicos cuadros sobre “Extensión de cultivos por hectárea” o las ingeniosas encuestas que intentan “medir” actitudes, nos dicen poco. Son trasplantes de procedimientos empleados (y fracasados) en otras partes. En todos esos estudios –incluso los nuestros– falta una dimensión: la política, la más iluminadora respecto al proceso. La sola consideración del dato económico divorciado del político, disminuye la comprensión de cualquier fenómeno social.

Claro que es difícil penetrar ese nivel. Ello exige compromiso del investigador e identificación con la realidad que intenta conocer; es decir, destruye los mitos de la objetividad, la distancia entre observador y observado, la pureza y asepsia de la ciencia. Sin tal compromiso está demostrado que el pueblo, desde Vietnam y Argelia hasta Jáchal y Villa Insuperable, sabe arreglárselas para eludir las trampas de la “ciencia pura”.

## Organización interna de las villas

Vimos cómo opera el reclutamiento de la población villera, a través de la correspondencia y visitas al pago de los “adelantados” del contingente. Estos son también los que arreglan en principio los problemas de alojamiento y trabajo. Se nuclean, como dijimos, por provincia, región y pueblo, y también por familia.

Es frecuente que se alcen cerca las casillas del padre y las de los hijos que van formando sus familias. Algunas operan con notable solidaridad, resolviendo en conjunto sus problemas.

Las minorías de migrantes de países limítrofes suelen actuar con idéntica solidaridad. Los bolivianos, en particular, quienes padecen en muchos casos discriminación por parte de sus vecinos argentinos (“criollos”, como prefieren llamarse estos), forman núcleos cerrados. Así, ante un incendio y la necesidad de realojar a las familias, ofrecieron hacer un “barrio modelo de bolivianos”, incluso con su propia escuela, donde se enseñara la historia y la geografía de su patria (esto, que puede doler al “nacionalismo” de algunos, parece normal si lo hace la colectividad inglesa o francesa). No sólo sufre el boliviano los problemas derivados del bilingüismo, sino también los del monolingüismo quichua o aymará. Los médicos deben actuar, para entenderse con sus clientes, mediante los oficios de un intérprete. Existen en Buenos Aires algunos médicos bolivianos que atienden en hospitales: son afanosamente buscados por sus compatriotas.

La notable capacidad comercial de estos hombres y mujeres del altiplano ha hecho que coparan, por ejemplo, el mercado de limones y ajos en ferias y mercados porteños, quitándoles la plaza a los tradicionales vendedores italianos. Es un tráfico muy semejante al que practicaban en su tierra. Muchos se instalan con pequeños negocios en la propia villa, otros proveen materiales para la construcción de casillas, con maderas que compran en el puerto, por lo general cajo-

nes de embalaje. Tal “espíritu de empresa” de los inmigrantes bolivianos, en su mayoría cochabambinos, hubiera despertado elogios si se tratara de europeos, pero nadie lo ve en estos hombres de ojos oblicuos y duros cabellos, en las mujeres de trenzas y pollera voladora. El prejuicio racial opera con éxito.

Las instituciones que “prenden” con mayor naturalidad en el ambiente de las villas son las que se vinculan al tiempo libre, en particular el fútbol. Pocos barrios de Buenos Aires deben contar con la cantidad de clubes organizados que proliferan en las villas: decenas, a veces cientos en un solo barrio. Los puestos de sus comisiones directivas son codiciados y disputados. El equipo asiste a entrenamientos, viste su uniforme deportivo, los socios tienen carnet. Se juegan verdaderos campeonatos donde, a veces, se apuesta una suma de dinero al equipo ganador. Aquí también los bolivianos integran sus equipos, identificados por el nombre de próceres del país hermano.

En carnaval la comparsa genera también una admirable organización. Las hay del tipo de la tradicional “murga” porteña, pero otras reproducen las de la tierra natal: los “indios” de Salta, las pequeñas diabladas de los cochabambinos. En un medio donde el carnaval no pasa de ser un feriado largo, ponen color en los alicaídos corsos porteños. No existen –que sepamos– organizaciones similares entre los correntinos, que intenten reproducir las de su publicitado carnaval. Es comprensible, pues el carnaval abasileñado de la ciudad litoraleña constituye una ostentosa exhibición de las clases altas, con las que el pueblo nada tiene que ver. Asiste, es partidario de una u otra gran comparsa, pero no participa.

Como en toda la población de Buenos Aires, la salud se cuida en parte mediante las tradiciones de la medicina casera, en parte recurriendo al médico, y en parte a través de curanderos. Los tres sistemas curan.

El “yuyo” se cultiva en macetas o crece en los baldíos, y se administra según posologías tradicionales. Suelen haber médicos cerca, en “salitas” u –oficialmente– Centros de Salud comunales cuyos ser-

vicios, así como el de los hospitales, se utilizan. La creciente privatización de la medicina –que es cada vez más comercio y menos servicio– conspira contra la eficiencia de los tratamientos. En un lugar donde el nivel económico es muy bajo, el pagar “solo cuatrocientos pesos” por un completo examen clínico resulta prohibitivo. La relación médico-paciente se hace difícil, entre otros motivos, por la falta de preparación de nuestros profesionales para desenvolverse en un medio que no sea el consultorio privado.

No hablemos ya de los factores socioeconómicos que inciden en la enfermedad. Cuando asistíamos a la proyección de un excelente filme educativo sobre el problema de las diarreas estivales, al aconsejarse desde la pantalla que se mataran las moscas, uno de los vecinos comentó: “Claro, eso es fácil para ellos. Pero, ¿cómo hacemos nosotros acá, que hay tanta mosca?”. El hombre veía en las moscas algo inherente a la villa. Si bien la película sugería enterrar la basura, lo cierto es que allí no había demasiados lugares donde hacerlo. La Municipalidad no proveía la recolección de residuos domiciliaria. Las fábricas cercanas arrojaban sus desechos en cualquier parte. ¿Cómo cumplir entonces con las normas higiénicas?

El curandero provee una medicina gratuita o, en todo caso, muy barata. Sus remedios no son en modo alguno prohibitivos y, sobre todo, sabe tratar con la gente. Esta distingue entre “enfermedades para el doctor” y “enfermedades para el curandero”. Existen una serie de entidades nosológicas que, vigentes en lugar de origen, el médico no conoce ni comprende. ¿Qué hará frente a un chico “asustado”, una madre a la que le dio “un aire” o el caso más frecuente del bebé con empacho? Las frecuentes “curas de palabra” del curandero, demuestran su manejo de la medicina psicosomática y justifican la confianza que en él se deposita.

Como dijimos, esta persistencia de una terapéutica no oficial no es privativa de las villas. Allí se dará, tal vez, la presencia más frecuente de curanderos conocedores de técnicas regionales, pero los porteños de todas las clases, junto con los villeros, asisten a las con-

sultas del famoso Tibor Gordon en su institución “Arco Iris”. Y todos sabemos de viajes especiales al interior para hacerse atender por un curandero especialista en esto o aquello, emprendidos por gente de posición económica alta. La religiosidad de la gente tiene diversas vías de satisfacción. El proselitismo es intenso, y junto a la prédica católica obtienen singular éxito diversas confesiones protestantes. Las devociones locales se continúan en la ciudad, y existen vendedores de santos con valijas bien provistas, donde no faltan Nuestra Señora del Valle, de Catamarca; la Virgen de Itatí, correntina; San Nicolás, el riojano; el Señor del Milagro, de Salta; ni tampoco los santos de la hagiología popular: San La Muerte, tallado en hueso por presidiarios correntinos; la Juana Figueroa, la Difunta Correa o la menos regional Madre María.

Las promesas son frecuentes y se pagan a veces con viajes al santuario provinciano. Todas las obligaciones vinculadas al culto mortuario –especialmente complejo en el Litoral– también se cumplen.

Instituciones vecinales, como las Juntas o Comisiones y los Clubes de Madres, no siempre funcionan bien. Esto es general en todo núcleo habitacional, al menos en Buenos Aires. Basta con pensar la renuencia de cualquier copropietario a aceptar cargos en la Junta de Administración de su casa de departamentos.

En barrios de otro tipo, la Junta Vecinal o Sociedad de Fomento tiene su principal aporte en los comerciantes e industriales. Económicamente fuertes, políticamente “bien vinculados”, consiguen cosas con mayor facilidad, en especial a base de dinero.

La villa está formada por gente de trabajo, y de trabajo duro. Es difícil planificar una reunión a la que puedan asistir todos, luego de una larga jornada laboral. Tampoco resulta simple materializar la colaboración de los vecinos, que es, fundamentalmente, trabajo. Aun cuando instituciones externas a la villa intenten vitalizar las Juntas o Comisiones, el funcionamiento de estas dista de ser regular. Tienden a convertirse en grupos donde descuellan uno o más líderes, que asumen la representación del barrio en las gestiones ante las autoridades.

Pese a los estatutos, el manejo de los problemas vecinales es informal: el vecino afectado va a ver al presidente de la Comisión, y este, a veces acompañado por alguno de los integrantes, resuelve sin consulta la actitud a tomar. La queja general de estos líderes es que todos deben hacerlo solos, y que la gente no colabora.

Es bastante entendible. Los problemas de la villa son enormes y tocan aspectos fundamentales: falta de saneamiento ambiental, calles de tierra, a veces sin desagües, carencia de agua corriente y luz eléctrica, de protección médico-sanitaria suficiente, etc. Para subsanar insuficiencias tan básicas, se debe partir de una masa de vecinos superexplotados, sin estabilidad laboral, con bajos salarios, que padecen discriminación por el solo hecho de vivir allí.<sup>10</sup>

Pero la conciencia de unidad de los pobladores responde monolíticamente ante las crisis, a veces naturales, a veces provocadas. Una inundación, un incendio, una amenaza de desalojo galvanizan la resistencia popular, propician el crecimiento de formas espontáneas de organización, hacen olvidar las rencillas regionales o nacionales entre vecinos. Muchas Juntas Vecinales reconocen como origen acontecimientos de este tipo. En tales momentos, la villa es una. Se sacan fuerzas y elementos de donde no los hay, para superar el trance.

No hace falta recurrir a acontecimientos tan traumáticos para advertir esa solidaridad villera, que duerme bajo la aparente hostilidad entre zonas de la villa o entre grupos. Se despierta también cuando la policía irrumpe violentamente para “reprimir la prostitución”. No hay familia que apruebe la vecindad de las “chicas”, y muchas se quejan del “mal ejemplo” que estas dan, en particular a las jóvenes. No obstante, las puertas de las casillas se abren para dar refugio a las perseguidas.

---

10 “Tomando sólo diez villas de la Capital Federal con una población de 14.626 personas, la Comisión de la Vivienda pudo establecer en 1968 que casi el 50% de las familias sumaban ingresos inferiores a los 30.000 pesos mensuales. Se comprobó, también, que en cada vivienda se hacinaba un promedio de 5,2 personas y que la desocupación manifiesta o disfrazada alcanzaba a un 35%. Es decir, que más de la tercera parte de la población villera no trabajaba o lo hacía en forma esporádica e inestable” (en “Datos estadísticos sobre...”, Op. cit.).

## Delincuentes, borrachos, “vagos y malentrenidos”

Hay quien opta por la llamada “adaptación por la delincuencia”. Como en toda barriada porteña, la población de las villas puede dividirse entre los “vivos” y los “giles”, distinción usada por los fuera de la ley para calificar a propios y ajenos. Los “giles”, los que trabajan, son mayoría.

El delincuente muchas veces viene de afuera, buscando en la villa un refugio que considera más seguro que los que ofrecen otros sitios de la ciudad. De afuera viene también, en muchos casos, la prostituta, que trabaja en la villa, pero no vive ahí. Diversos tipos de arreglos le permiten contar con la “vista gorda” de las autoridades. Los avances policiales contra el “infame comercio” son esporádicos, y el oficio se ejerce muchas veces a vista y paciencia del agente de custodia.

Pero hay delincuentes y hay prostitutas y villeros. Lo contrario sería asombroso, y transformaría al poblador de las villas en un verdadero ángel. Sin embargo, en la historia de la delincuencia el villero no ha descollado. La biografía de los “grandes” del delito no comienza en las casillas de chapa.

Elas sólo producen rateros, ladrones de poca monta, delincuentes juveniles que buscan un camino más fácil y directo para acceder al nivel de consumo que la sociedad publicita y que vende demasiado lejos de sus posibilidades laborales.

Tal vez puedan considerarse delitos más específicos de las villas el “robo” de luz o agua. Las conexiones clandestinas son, sin embargo, la resultante del “estado de necesidad” en que se vive. La lámpara de kerosene o la vela, encendida al lado de los cables eléctricos, constituyen una aberración que el pueblo no puede tolerar. Por cierto, habrá quien argumente que “no la pagan”. Entendemos que la pagan con creces.

En octubre de 1971 escuchábamos en una audición radial la historia de las conexiones clandestinas de agua llevada a cabo por el vecindario de una villa, en el barrio porteño de Lugano. Antes de la decisión vecinal, la canilla más cercana estaba a quince cuadras. Hasta allí llegaban algunos heroicos vecinos con sus latas o baldes. Otros preferían comprar el líquido de los aguateros, a un peso viejo el litro. Hasta que, cansado de gestiones, tomaron la iniciativa, planteando a Obras Sanitarias el hecho consumado.

Existe ansiedad por el agua en las villas. Para entenderlo basta ver el complicado malabarismo de palanganas que deben realizar sus vecinos para bañarse. Es suficiente contemplar las colas frente a las canillas. “Y hay que bañarlos todos los días –nos decía una madre refiriéndose a los chicos– porque aquí se ensucian mucho. ¿Cómo va una a meterlos así en las camas?”.

Cuando, hacia 1965, nos tocó acompañar a un grupo de niños víctimas del incendio de Villa Tranquila, en Avellaneda, hasta el hogar Escuela de Ezeiza, lo primero que solicitaron los chicos al director del establecimiento fue una ducha. Este lamentó no poder complacerlos: era invierno, de madrugada y a esa hora no había agua caliente. Entonces los pequeños, por propia iniciativa, acudieron al baño y se lavaron en las canillas lo más prolijamente posible. No concebían introducirse en esas sábanas tan blancas con sus pies ennegrecidos por las cenizas y el carbón del incendio.

En monobloques y viviendas transitorias (la única ventaja de estas últimas es el agua corriente) el agua suele agotarse de los tanques el primer día de ocupación. La avidez de la gente se extasía ante el “lujo” y el milagro de la canilla abierta, y personas y enseres se deleitan bajo su chorro hasta saciarse. Otro líquido, el vino, preocupa sobremanera a quienes juzgan desde afuera a la villa. El espectáculo del hombre que marcha zigzagueando por el asfalto hacia el dédalo de los pasillos villeros, provoca estremecimientos entre los vecinos del barrio “normal”. Sin embargo, comparar la incidencia del alcoholismo en las villas con el de otras zonas no es fácil. “Sí, nuestra gente se emborra-

cha –nos decía una vecina–. La diferencia es que aquí tomamos vino; en el barrio toman whisky”.

¿Por dónde pasa el límite entre el consumo “normal” de bebidas alcohólicas y la borrachera? Porque hay borracheras socialmente toleradas, e incluso prescritas (como las de Navidad y Año Nuevo) en todas las clases sociales. Incluso, la borrachera diaria que ya comentamos, practicada en algunas provincias. Dejamos de lado, por incapacidad personal, las interpretaciones de la psicología profunda sobre la angustia de origen oral, el destete, etc., como causales del problema. Las condiciones objetivas de la vida villera son aquellas que –según comprobaciones sociológicas– resultan óptimas para que brote el alcoholismo.

Hay –ya lo dijimos– una comprensión popular de las causas sociales del mal. Bebe el que no trabaja, y sus hábitos cambian al estabilizarse laboralmente. La angustia no puede canalizarse, como en otras clases, hacia la drogadicción, y busca el módico paraíso artificial de la botella del tinto. En el Código Civil no escrito del pueblo, la afición al trago es causal de divorcio, y este, probablemente, aumentará la intensidad del “vicio” en su víctima, hasta tanto no pueda rehacer su marco familiar. Conocemos una curtiembre ubicada frente a una villa. Desde la madrugada, los hombres forman cola esperando el trabajo temporario, la “changa” que el establecimiento ofrece. Por supuesto, no entran otros. Los que quedan afuera, se miran desolados. Hurgan en los bolsillos, juntan las pocas monedas que quedan en su fondo, y van a comprar vino. En él intentan ahogar la rabia y la impotencia del ocio obligado, que se alargará hasta la madrugada siguiente. No falta quien, al verlos, murmure: “¡Estos tipos! ¡Para vino siempre tienen, pero seguro que dicen que no les alcanza para comprarle leche a sus chicos!”.

Para nuestro código, la vagancia y la mendicidad también son delitos. Hay mendigos en la villa, profesionales. Son totalmente ajenos al resto de la población, y el obrero que regresa a su casilla deposita en sus manos su limosna. Y hay cierta mendicidad aficionada en los

chiquillos que abordan al transeúnte –villero o no– para pedirle una moneda. Este “rebusque de pibes” no es aprobado por sus madres, pero forma parte de los recursos que el grupo de edad arbitra y escapa al control-adulto.

La “vagancia” es una figura difícil de determinar. Tal vez la ley considere vago al desocupado, tal vez al que carezca de documentos o, simplemente, no los lleve encima. Fue el caso de Eugenio, correntino, quien estuvo a punto de ser detenido por ese delito. Había ido al centro a cobrar salarios que le adeudaba la empresa constructora donde trabajaba.

Tenía el dinero justo para el boleto de ida, y para su disgusto, se encontró con las oficinas cerradas. Ni pensó en pedirle a alguien las monedas para viajar; se dispuso a emprender a pie el regreso desde Palermo hasta Wilde. Cansado y con hambre, ya en plaza del Congreso se sintió desorientado y buscó ayuda en quien le pareció más lógico: un policía. “¿Dónde queda Constitución?”, fue su pregunta. Para su sorpresa, el uniformado no repuso, y con cara de enojado le reclamó “¡Documentos!”. Algo confuso, Eugenio le tendió lo que pensaba sería suficiente: la ajada tarjeta de la empresa donde trabajaba. Como en tiempos de Martín Fierro, la papeleta que acreditaba su dependencia a un patrón debía bastarle a un pobre para andar lejos de su casa. “Esto no sirve –arguyó el agente– ¡Te voy a llevar a la comisaría... por vagancia!”. Cuando nos lo contaba, Eugenio repetía una y otra vez: “Vagancia, decía... ¡y yo le mostraba que trabajaba!”. Pasó en consulta a un oficial, del que recibió sólo insultos, hasta que los buenos oficios de un anciano, jubilado, que presencié el incidente lo libraron del calabozo. Ese hombre le permitió, dándole unos pesos, proseguir aterrorizado su camino, ahora en colectivo, hacia el refugio de la villa.

Como se ve, el añejo concepto de “vagos y malentretidos” se desempolva a veces para amedrentar al criollo.

## Acción social y política

A la caída del régimen peronista, las mayorías dejaron de tener representaciones en las esferas del poder. El lema “ni vencedores ni vencidos” tuvo efimerísima vida, y comenzaron a ponerse de manifiesto las contradicciones existentes entre aquellos que sólo tenían en común su condición de opositores al peronismo.

Frente a la villa, grupos intelectuales que acusaban a Perón de no ser lo suficientemente obrerista, de obvia militancia en las izquierdas tradicionales, se lanzaron a ganar a esa masa de *lumpenproletariat* (como la calificaban) para la “verdadera revolución”. Algunos eligieron la acción política directa, partiendo de bases reivindicativas, pero con fines proselitistas. Otros transitaron la vía del cientificismo –eludiendo toda connotación ideológica–, para lo cual echaron mano al arsenal que la técnica social norteamericana comenzaba a popularizar en el país: encuestas, desarrollo de comunidad, etcétera.

Ninguno tuvo éxito absoluto. La Revolución Rusa o la cubana, las obras de Lenin o de Trotsky estaban demasiado lejos de la experiencia popular que sentía más entrañables las batallas de un 17 de octubre, o las que iba generando la resistencia peronista que enfrentaba la represión y los tanques en la defensa de cosas tan concretas como el frigorífico Lisandro de la Torre o YPF.

El grupo cientificista, por su parte, se vio sometido a un doble y paradójico fuego. Las autoridades no prestaron apoyo a sus integrantes, haciéndoles casi imposible ejercer una tarea eficaz, por considerarlos “comunistas” (en el amplísimo sentido que las autoridades dan al término). Los grupos y partidos de izquierda, de los que provenían muchos de ellos, tildaban su trabajo de “reformista” y estigmatizaban su apoliticismo.

Obligado a ser pragmático y poco selectivo dadas sus agudas carencias, el villero trató –como siempre– de sacar el mejor partido

posible de estos nuevos integrantes de su paisaje diario, instrumentándolos. Lo mismo que haría luego en época de elecciones, cuando los partidos políticos “descubrían” su drama: usar las topadoras de UDELPA para emparejar el terreno, aceptar las canillas radicales o el efímero dispensario conservador o comunista. Pero su conciencia ya estaba fraguada: seguía siendo peronista, con una lealtad y consecuencia que llamó la atención de los “verdaderos revolucionarios”. Aunque los resultados fueron hartamente endeble, el contacto no fue inútil. Algo aprendió el villero. Mucho más el “agente de cambio” externo. Una simple pregunta formulada a los jóvenes promotores de la comunidad hacía tambalear esquemas: “¿Así que ustedes son estudiantes? ¿Y por qué vienen a ayudarnos recién ahora? Yo antes, nunca había visto ninguno”. Responder: “Porque era (o soy) antiperonista” hubiera sido incoherente y ofensivo. Ese “¿por qué?” quemaba.

Recordamos jóvenes estudiantes de medicina que, como parte de su práctica pediátrica, debían realizar visitas a familias de Isla Maciel e impartir algunos principios de educación sanitaria. Salir de la asepsia ambiental y científica de la facultad al inquietante panorama barroco del país villero les resultaba crítico.

En una suerte de careo disfrazado de mesa redonda, nos reuníamos todos –estudiantes, médicos, enfermera sanitaria, obstétrica, antropólogo y asistentes sociales– a intercambiar experiencias e impresiones. Se explicaban las razones del éxodo, las causas de la patología de la zona, el mecanismo del prejuicio. Las reacciones eran catárticas, por lo pronto, aparecía la variedad humana existente en la villa: todos la contaban, sin embargo, según cómo les había ido en la feria. El que dio con una familia de bajo nivel económico, escasos conocimientos sanitarios, descuido en la limpieza de la casa, dificultad de comunicación, afirmaba rotundo: “Las villas son algo peor de todo lo que me había imaginado”. Quien, en cambio, encontró una familia de excelente nivel en todos los aspectos, receptiva a sus indicaciones, tal vez asombrosamente parecida a la propia, respondía: “La villa es muchísimo mejor de lo que me imaginaba”. El conflicto más dramá-

tico, sin embargo, se daba en los jóvenes de formación izquierdista, revolucionarios ardientes, idealizadores del proletariado; al descubrir el profundo anclaje que los ligaba al odiado mundo burgués. “Reconozco que esto va contra todas mis convicciones –confesó uno– ¡pero es imposible hacer nada con esta gente! Son... no sé, no entienden nada. Intentar sacar algo de aquí es como golpearse la cabeza contra una pared... No sé, no comprendo, son obreros, pero... ¿Cómo pueden vivir así? ¿Cómo no aspiran a algo mejor?”. De golpe, la teoría revolucionaria prendida con alfileres se hacía trizas frente a su confrontación con el pueblo real y concreto al que nuestro muchacho soñaba “salvar”.

Las organizaciones villeras “politizadas” contaban con una élite dirigente que, hasta cierto punto, lo era. Sus bases, sin embargo, aceptaban el liderazgo únicamente por factores personales, sin adherir a las convicciones políticas de los conductores. Muchas veces firmaban la ficha de afiliación por agradecimiento; otras, pensando que se trataba de una obligación impuesta por algún organismo oficial. Su poder de convocatoria es real frente a problemas vecinales concretos, en especial los críticos, pero opera a través del prestigio y la efectividad demostrada por sus líderes. Algunos núcleos políticos excluyen *a priori* el trabajo en villas. Sostienen que sólo es posible ejercer allí una labor reivindicativa, sin ligazón posible con lo político. Sus habitantes son demasiado *lumpen*, no han ingresado aún al proletariado, cabeza de la revolución. Tales racionalizaciones ocultan la incapacidad de relacionarse con el pueblo real, cosa difícil si no se colocan decididamente a su lado.

Para desmentir un prejuicio muy frecuente que hace de las villas zonas peligrosas para las “personas normales” (aquello de “cuidado con meterse, porque no se sale más”; o “nunca entres de noche”) y que lleva a ciertos censistas a hacerse acompañar por un policía para abordar a una familia villera, basta la experiencia de cualquiera que haya transitado una villa. El respeto, la paciencia infinita de la gente, sorprenden. Cientos de instituciones repiten encuestas, censos,

sondeos, para “estudiar” el problema de las villas. Y la población las soporta, algo escéptica, por cierto; raras veces agresiva. Las más, hospitalaria, ofreciendo la amistad de un mate o del vaso de vino y soda fresca. El miedo a esa realidad parte, por lo general, de gente que carece del menor contacto con ella.

## Razias policiales: la violencia sistemática

El “embarcadizo”, tripulante de nuestra flota fluvial, vive permanentemente entre dos mundos: el de sus pagos y el de la villa. En el primero tuvimos ocasión de compartir algunos instantes con ellos y comparar sus impresiones sobre las villas con las de los agricultores que habíamos entrevistado.

En el bar donde se reunían, Isla Maciel, por ejemplo, no tenía buena fama. Los dueños del local –que alternaban muy familiarmente con su clientela– la consideraban “la cueva de malevos”. Nunca habían estado allá. Los embarcadizos deslizaban manifestaciones irónicas sobre el lugar. Nada de eso encontramos en quienes tenían lazos más firmes con la gente de la ribera bonaerense del Riachuelo. El padre de una señora con larga residencia allá, que había intentado sin éxito la migración y desistió por la imposibilidad de conseguir trabajo fijo, la consideraba familiar y plácida. Normal, “como cualquier otra parte”, la juzgaba otro joven agricultor migrado.

Una noche los marineros fluviales nos dieron la base de sus lapidarias caracterizaciones. Uno de ellos había concurrido a un baile en Maciel con amigos, cuando, al regresar, toparon con una comisión policial que los encañonó con sus armas. Antes que pudieran intentar una explicación, “de un solo sopapo nos pegaron a los cuatro”, como decía nuestro amigo. Desde entonces, juró no pisar más la isla Maciel.

La charla se deslizó hacia esos carriles. Hasta el más ocurrente y alegre de la “barra” se puso serio: “Si hay un robo, se meten en tu casa, te sacan, así estés desnudo, te llevan por 24 o 48 horas, te hacen tocar el pianito (tomar las impresiones digitales), todo te sacan. Y donde saben que hay dos o tres correntinos, allá van a buscarlos”.

El dueño del bar no cabía en sí de sorpresa: “Pero... ¿cómo se van a meter en tu casa, si vos tenés cerrado? ¿Cómo te van a voltear la puerta? ¿Vos sabés el despelote que se armaría acá si pasara eso?”

preguntaba. No alcanzaba a concebir la magnitud de la violencia ejercida como sistema.

Desde 1955, sin embargo, la violencia contra la villa ha ido creciendo. Conocimos a un funcionario municipal, jefe de los equipos de salvamento de la comuna porteña, que se jactaba de destrozarse con los camiones de su equipo las casillas cada vez que debía acudir a “auxiliar” a una villa afectada por un siniestro. Un oficial de policía nos contó también cómo se salvó el barrio vecino al Mercado de Frutas de la calle Dorrego, cuando él y el personal de su comisaría se disponían, con tachos de kerosene en mano, a incendiarlo. Eran tiempos prelectorales durante el gobierno de Frondizi, y algunos vecinos alertados movieron con desesperación sus influencias políticas: de la presidencia de la Nación llegó a último momento el orden de suspender el operativo. No siempre se tiene la suerte. El fuego es el primer medio de erradicación empleado por el régimen: disposiciones municipales prohíben construir en zonas incendiadas. En otra villa, los vecinos sabían las intenciones oficiales de erradicarlos por tal método.

Acababa de instaurarse el régimen del orden y la verticalidad del general Onganía. Durante un tiempo pudieron jaquear a los incendiarios pero se descuidaron cuando, en Nochebuena, suspendieron las patrullas para brindar por el nacimiento de Jesús. Entonces, el fósforo sólido –imposible de detectar– hizo su obra, y ardieron las casillas.

La inviolabilidad del domicilio no existe en las villas y el volumen de las razias ha crecido considerablemente. En febrero de 1967, infantería, caballería, perros y carros hidrantes de la policía rodean la villa del Bajo Belgrano, en Buenos Aires.

Es de madrugada, la gente descansa. Los reflectores apuntan al objetivo, las tropas avanzan, destrozando puertas, volteando muebles, sacan a los hombres afuera en paños menores y los ponen de cara a la pared o le atan las manos a la espalda, apuntándole con sus ametralladoras. Cuatro mil detenidos.

Un cronista del diario *La Nación* (10/02/67) comenta: “... a las siete sólo quedaban en la villa las mujeres y los niños. Agrupados

en las puertas, observan la presencia policial con sugestiva indiferencia. En la misma postura que frente a la vida. Viéndola pasar sin esforzarse por penetrar en ella”. Realmente, cuesta penetrar en la vida con una ametralladora en las costillas. Es más fácil penetrar en la muerte, intención última de las autoridades que planearon el operativo. El resultado final de este fue la pérdida del jornal por todos esos trabajadores, la imagen imborrable de la humillación de sus padres y esposos para los familiares (cuya “indiferencia” sólo es tal para el desprecio antipopular del cronista citado) ... y la detención de cuatro supuestos delincuentes. Aun pensando en términos fríamente económicos: los gastos de luz, movilización de tropa policial, nafta en hidrantes y carros de asalto, etc., ¿justificaban tan magro resultado?

Pero el propósito no es detener cuatro rateros. El propósito es amedrentar, asustar, intimidar al villero. El plan de erradicación llegó poco después para –según su formulación– ayudar a estos argentinos que “no están sometidos al control ni a la protección que los organismos sociopolíticos dan a todo ciudadano”. ¡Brillante descubrimiento!

El terror no llegaba solamente a las villas. Cuando quisimos publicar un artículo sobre el tema en una publicación donde colaborábamos periódicamente, su director nos dijo con amabilidad que “el tema de las villas ya está muy visto, y en este número pensábamos publicar otras cosas”.

Podríamos extendernos sobre comisarios famosos por su brutalidad, que todo Avellaneda recuerda. Sobre un joven de 16 años que quería salir del recién iniciado camino delictivo y fue picaneado en todo el cuerpo, particularmente en los testículos, admitiendo así la comisión de 32 hechos. Si bien el propio director del reformatorio donde lo internaron le indicó por dónde fugar, su libertad no le servía de nada: no podía conseguir trabajo con semejante prontuario. Pero no queremos demorarnos demasiado en esta pintura un poco pesimista de las villas. Es hora de dedicarnos a los esfuerzos que se hicieron en su favor.

## Planes de erradicación

Parecería que, en los últimos 25 años, el único gobierno que no puso en marcha un plan de erradicación de villas fue el peronista. Y es cierto, simplemente construyó viviendas populares, no viviendas para villeros. La fobia anti-estadista de los sucesivos gobiernos posteriores a 1955 y la consecuente privatización de todo, dieron como resultado la no existencia de un plan de viviendas accesibles al pueblo, la presencia de 70.000 departamentos vacíos en la ciudad de Buenos Aires y la paradoja de que

las inversiones realizadas en los últimos veinticinco años en departamentos de veraneo en Mar del Plata –que han absorbido buena parte del ahorro nacional– habrían sido suficientes para proveer de viviendas y servicios urbanos adecuados a todos los actuales habitantes de villas miseria del Gran Buenos Aires. (Margulis, 1968, p. 193)

La Comisión de Erradicación de Villas de Emergencia, de recordada actuación en la época frondicista, en especial durante los largos inviernos del ministro Álvaro Alsogaray, engendró los “barrios Ceve”. Eran chapas de cinc curvadas a las que el pueblo bautizó como “medios caños”, que permitían a sus también curvados habitantes gozar de mucho más frío que afuera en invierno, y un calor infernal en el verano. Se les agregaba una simbólica y tubular letrina (el pozo no llegaba al metro de profundidad) como servicio sanitario. El baño dentro de la casa repugna a ciertos arquitectos telúricos, que quieren “respetar las costumbres de la gente” y reproducir en el medio urbano la letrina rural. Todos saben que la peor casilla villera es mejor que el medio caño.

Pero debemos reconocer al gobierno de la Revolución Argentina el mérito de haber anunciado una solución total al problema. Con

todos los recursos del poder en sus manos, sin limitaciones burocráticas, dio una demostración cabal –la última– de todo lo que el régimen puede hacer para erradicar las villas. Nada de planes provisorios: este es definitivo. Cuando concluya, no habrá más villas en la Argentina. Veamos cómo se opera el milagro.

Lo primero y más simple, es impedir que crezcan las que ya hay. A nadie se le había ocurrido el procedimiento, que es sencillísimo: se las prohíbe por ley, se las congela. En todas las villas hay carteles que anuncian la prohibición de construir o ampliar viviendas, de vender o transferir las existentes, de aceptar nuevos pobladores. Los cien mil tucumanos de los ingenios cerrados que –según las previsiones gubernamentales– deberán abandonar su provincia, por ejemplo, no podrán arrimarse al conurbano bonaerense.

Aquí se desnuda la intención genocida del siniestro plan a dos puntas: expulsar del campo y cerrar el acceso a la ciudad ¿Qué hacer con esa gente, dónde mandarlos? ¿A la cámara de gas?

Se desnuda también la magnitud de la deformación mesiánica: frenar la historia por decreto. Algo así como prohibir que salga el sol.

Uno de los autores –si no el autor– del plan, sacerdote dedicado al problema de los sin techo, confesaba: “Ya sé que el plan tiene defectos. En este país somos especialistas en encontrar defectos, pero nadie hace nada. Se la pasan haciendo estudios y macanas. Nosotros quisimos hacer –enfaticó– y con la urgencia que el problema merecía. ¿Qué es poco? ¿Qué no alcanza? ¿Qué se pudo hacer mejor? ¡No importa! El hecho es que empezamos”. A más de cuatro años de iniciado el plan, ahora parece que ya no es definitivo ni terminante... El plan constituye una aberración científica en todos sus aspectos, aun considerando el cientificismo burgués tradicional. La cantidad estimada de habitantes de las villas, se dice que resulta de “observaciones aerofotográficas y otras investigaciones”<sup>11</sup>, sin especificar cuáles. Ni un censo.

---

11 Ver folleto “Plan de Erradicación de Villas de Emergencia”, Buenos Aires, Ministerio de Bienestar Social, 1968.

Así, calculando arbitrariamente cuatro personas por familia, 70.000 familias en el Gran Buenos Aires y 20.000 en la Capital, se llega a calcular en 280.000 personas la población de esos conglomerados. Ya dijimos que sólo para los suburbios porteños, la Dirección Integral de Villas de Emergencia de la provincia de Buenos Aires estimó, censo mediante, 700.000 personas.

Los apresurados hacedores del plan no tuvieron tiempo de buscar muchos datos. Cabe acotar que la idea se pone en marcha a raíz de las inundaciones de octubre de 1967, cuando se desbordan los ríos Reconquista y Matanza<sup>12</sup> y se la bautiza como “Plan para inundados y comienzo de la erradicación de las villas de emergencia”.

Entre los motivos enunciados para instrumentar el plan, respaldado el verdadero: “la urgencia de disponer de terrenos actualmente ocupados por viviendas precarias para la realización de obras públicas, especialmente los accesos a la capital”. De ahí que las primeras villas en erradicarse no fueran las inundadas, sino las de la autopista de Ezeiza y las del parque Almirante Brown y se encuentren en lista ahora las de Retiro, afrentosas para los huéspedes yanquis del Sheraton, que se interponen además en el trazado de la autopista Buenos Aires-La Plata. Los inundados siguen inundándose<sup>13</sup>.

Aparte de otros objetivos (mejorar la situación sanitaria; acelerar el proceso de integración comunitaria; reducir costos sociales de inundaciones e incendios; introducir nuevas técnicas de construcción, etc.), se propugna “la eliminación de una situación marginal y de focos propicios a los desajustes sociales”. Contra esos focos se descargará el aparato del plan.

En cuanto a técnica social, el engendro es cristalino. El garrote aparece con envidiable claridad. Nada de las monsergas norteamericanas de la “previa motivación de la comunidad”, de “buscar las

---

12 En este y los puntos que les suceden, seguimos el citado artículo de Proceso (1970).

13 Las populosas villas del barrio de Colegiales corren peligro. El gobierno ha donado a la Universidad Privada de Belgrano los terrenos sobre los cuales se alzan (Boletín Oficial, 25/11/70), para construir sus edificios propios con un préstamo del B.I.D.

necesidades sentidas por la gente”, de “detectar los líderes naturales”. Son los trabajadores sociales los que designan al jefe de sector, por su maleabilidad. En el núcleo transitorio es el director el que decide todo. Un reglamento deliberadamente ambiguo lo faculta a aplicar penas pecuniarias o la expulsión lisa y llana por faltas que él considere tales. Cabe acotar que esos directores no son “técnicos sociales” sino, como corresponde, suboficiales retirados de la policía o el ejército. Un campo de concentración los requiere. Entre otras aberraciones, se establecen premios y castigos para estimular al villero, como si fuera un chico. El director puede entrar cuantas veces quiera en las viviendas. Ninguna fiesta –ni aun un cumpleaños– puede celebrarse sin su autorización.

Pero los núcleos transitorios son un hallazgo. Nada de pasillos estrechos donde el poblador pueda escapar a la “protección de la ley”: amplias calles, inexplicablemente amplias si uno no piensa que fueron pensadas para facilitar la represión fulminante de cualquier intento “subversivo”. Cadenas en la entrada y un centinela militar controlan el acceso de cualquier extraño.

Repetimos: el plan es franco. Dice que la erradicación ha de realizarse con rigor, y que esta es más una estrategia que una acción coercitiva. La experiencia ha demostrado –prosigue– que los que se retiran con o sin soluciones programadas transfieren a otros la propiedad de la vivienda instalada y la posesión de la fracción ocupada. Hay también quienes *ex profeso* especulan sobre esta oportunidad, vendiendo o alquilando viviendas o cediendo derechos sobre tierras usurpadas. El sacrosanto derecho de propiedad ha de salvaguardarse. La espontaneidad popular, al desconocer el derecho del sistema, está creando uno propio. Está avanzando peligrosamente por un camino revolucionario que el régimen no puede tolerar. Edifica un sistema que otorga derechos en

base a cosas tales como el trabajo, la ocupación efectiva de terrenos antes dedicados a la especulación, basándose en la necesidad ineludible de un techo, el reclamo de un lugar en este país que las capas dominantes no están dispuestas a otorgarle. Sin saberlo siempre, la villa es antiimperialista, constituye un cinturón de territorios liberados en torno de la capital de la sociedad de consumo.

Por eso son las tropas policiales y militares las que determinan cuáles enseres sí y cuáles no podrán trasladar las familias. Por eso la gente es rociada con DDT antes de partir hacia su nuevo destino. Por eso no se les permite elegir: o se van o se van. Por eso las topadoras y el fuego arrasan el lugar donde se alzó la villa. ¡Sólo falta sembrar sal sobre sus terrenos!

Los planes de erradicación parciales, como el de las villas de la autopista<sup>14</sup>, muestran con claridad cómo el villero es tratado del mismo modo que un enemigo. Para la villa N° 5 se estipula:

Siendo necesario que la densidad no aumente, los Trabajadores Sociales vigilarán el agregado de personas a los grupos familiares existentes. Para ello deberán contar con la colaboración de la Junta Vecinal, creando también una conciencia en la comunidad para que este rechace el ingreso de nuevas personas.

La delación se institucionaliza. La relación con la Junta Vecinal existente en la villa N° 6 se justifica por la “necesidad de mantener comunicación y conocimiento con sus integrantes a fin de obtener su participación en el Plan de Erradicación”. Se prevé

---

14 Reproducidos facsimilarmente en “Erradicación o transformación”, folleto sin pie de imprenta ni fecha, que sabemos fue editado en 1970.

establecer un puesto permanente de vigilancia en la zona donde están instaladas las villas a erradicar, a cargo del cuerpo de Policía de Vigilancia de Bosques y Parques de la Ciudad de Buenos Aires (...) Ejercerá funciones de vigilancia permanente y actuará en coordinación con los Trabajadores Sociales y la Policía Federal.

Los primeros dejan de ser desarrolladores de la comunidad, de trabajar *con* la gente y no *para* la gente, para hacerlo *contra* la gente:

El Trabajador Social –reza el plan– puede vigilar la posibilidad de la instalación de una casilla, pero es impotente para prohibirlo; además debe evitar en lo posible participar en procedimientos policiales; su imagen se deteriora para los fines de la motivación y de ser aceptado en la comunidad.

Por ende, su delación debe ser discreta...

En teoría, en siete años el problema estaba liquidado. Primero la gente iba a las viviendas transitorias, malas a propósito (para que no se repitiera el levantamiento del parquet...), de modo tal que nadie se aquerencie en ellas. Tras un año de “reeducación” pasaban a las definitivas, y una nueva leva de “beneficiarios” ingresaba a las transitorias para reiniciar el ciclo. A 8.000 viviendas por año se erradicarían 56.000 familias. Ahí es cuando comienza a fallar la matemática: a tres años, en lugar de 8.000 transitorias sólo existían 6.672, cuando debían haber 24.000. ¿Y las definitivas? Ya hay 3.900 sin terminar. Es cierto que se preveían también 24.000, pero eso no es lo más grave: a ellas no irán los habitantes de las transitorias.

Es un axioma argentino que cuando se dice “transitorio” en realidad debe leerse “definitivo”. Para el gobierno, los núcleos habitacionales del primer tipo constituyen una vivienda aceptable para esos ciudadanos de segunda clase que son los villeros. Las viviendas defi-

nitivas, probablemente, van a albergar a los habitantes de las villas de Retiro, pues el Sheraton apura y los vecinos resisten el cambio a las transitorias. Del tal modo se borra la distinción original: todo pasa a ser definitivo.

A través de sus organizaciones, los villeros han elaborado un cálculo: si todo permanece igual, si las villas tuvieran los habitantes que el gobierno dice (que tienen más), si no aumentaran (que van a aumentar y están aumentando), sus habitantes serían totalmente erradicados en el año 2053. Como dijera un resignado vecino de las villas: ¡No falta tanto! Frente al plan, de las villas originales y de las nuevas (conocidas como núcleos transitorios), ha partido una consigna: *No hay que erradicar las villas. Lo que hay que erradicar es la miseria.*

## Permanencia de lo transitorio

Descanse el país: el plan de erradicación transitoria no continuará. Las casas pensadas para durar siete años durarán cien.

Se trata de cubículos de 2,50 m por 2,50 m por 2,20 m de altura, en material premoldeado. Supuestamente, iban a construirse en terrenos no inundables. En el primer barrio levantado, Santa Rita, hubo que dismantelar la manzana 32 por inundación (*Primera Plana*, 1969, p. 58)<sup>15</sup>. La cocina es abierta. Se desperdicia una enorme cantidad de terreno para hacer un patio al frente considerando “la ansiedad de pampa de nuestra gente” (sic), donde se espera que esa gente siembre algo. La ducha del minúsculo bañito está colocada directamente sobre el inodoro a la turca. Por las paredes premoldeadas y el piso de ladrillos se filtra la humedad.

No se permitía cerrar, ni ampliar, ni mejorar. La gente debía sentir el “rigor” para apreciar luego el paraíso de la vivienda definitiva, para generar ansias de mejorar. Ahora sí. Ya que se ha decidido que vivan allí para siempre, no tiene objeto impedir su mejoramiento. El Ministerio de Bienestar Social planea construir dispensarios de material en algunas de ellas.

Algunos de sus habitantes han asimilado las “enseñanzas” oficiales. Escuchamos a un miembro de la Junta Vecinal decir:

Nosotros sabemos que necesitamos una educación antes de ir a la vivienda definitiva. Nos contaron que gente como nosotros no sabía usar las casas y levantaron el parquet para hacer asados, y sembraron plantas en las bañaderas. Precisamos un tiempo para que alguien nos enseñe.

---

15 *Primera Plana*, Buenos Aires, p. 58, 5 de agosto de 1969.

La profunda tristeza que nos produce este hecho se ve atemperada cuando pensamos que se trata de uno de los “líderes” designados a dedo, traídos como ejemplo por el creador del plan, el sacerdote del que hablaríamos. Y no tiene importancia frente a la reacción de la masa de la población de los núcleos. Los que un 25 de mayo cortaron las cadenas que impedían el acceso a su barrio, los que frente a la Junta Oficial instrumentaron la propia, los que sin autorización del director celebraron a su modo el 17 de octubre último, los que editan un Boletín modelo en el que explican a sus vecinos qué significa el plan, y los llaman a la lucha. La potencia creadora del pueblo no se frena por decreto: el ejército tuvo que retirar sus centinelas de la entrada de la villa.

Porque “villas de emergencia” las llaman los diarios, sin eufemismos. Así tituló *La Razón* cuando murió allí un niño de sarampión, por falta de asistencia médica. ¿Dónde están las mejoras sanitarias, ambientales, etc.? En ninguna parte. Los habitantes del núcleo transitorio son comodatarios, no intrusos. El comodato es un contrato gratuito, por el cual una persona cede a otra el uso de una cosa, sin pagarle ni cobrarle nada. En este caso se les cobra, con la ventaja de que el comodatario puede ser echado en cualquier momento. Como intruso, en cambio, el villero tiene alguna defensa.

El plan de erradicación de la villa de la Autopista Ricchieri dice que, ante la falta de pago, se “deberá proceder sin contemplaciones al desalojo de la unidad en cuestión con el apoyo inclusive de la fuerza pública, a fin de crear desde las primeras instancias una imagen de inflexible disciplina”. Pero, eso sí: “El desalojo debe dar la imagen de que las familias son trasladadas a otro barrio y a ese fin ayudárselos en su traslado con medios de transportes e inclusive con personal de la D.A.O.M.”. Aclara luego: “Se entiende que este procedimiento debe cumplirse estrictamente para evitar las reiteraciones de hechos acaecidos en otros Barrios. Entendiendo que debe estimarse *la resistencia que pueden oponer tres mil familias*” (el destacado es nuestro).

Aclaremos: el plan vale sólo para Buenos Aires. Las villas de Rosario, las de Córdoba, las de Salta o General Roca continuarán allí. Lo fundamental es limpiar el puerto.

Pero, ¿cómo son las villas actuales? En la zona de Retiro, próxima a erradicarse, el 50% de las viviendas son de material. “Incluso donde se incendiaron algunas en Barrio Saldías, ya se construyeron once, también de material”<sup>16</sup>. De ahí que más del 30% de las víctimas del Plan optaron por no adherirse a él y optar por la libertad, cuando el gobierno preveía un porcentaje del 10%.

La gente de las villas tiene su propio plan: transforman en barrios obreros esos conglomerados, exigiendo que se les entreguen los terrenos sobre los que edificaron sus viviendas.

Otro aspecto que interesa destacar es que tanto los barrios transitorios como los definitivos se construirían fuera del perímetro urbano de Buenos Aires, alejando a la gente de sus fuentes de trabajo. Además, a nadie se le ocurre mezclar a esta población con el resto de la ciudadanía: el *ghetto* queda así institucionalizado, ubicando al villero en la categoría de “animal raro” que merece un zoológico propio.

---

16 Padre Carlos Mugica, en declaraciones a *La Razón*, 22 de junio de 1970.

## Prejuicios

Hubo intentos de realojamiento mejor pensados. Siempre fueron mínimos, insuficientes, pero al menos permitieron un real acceso a una vivienda mejor. Allí se vio cómo la prédica discriminatoria producía sus efectos, aun en barriadas obreras.

Sabíamos de la existencia de la discriminación. Una escuela que contaba en su alumnado con chicos de villa y de otras zonas, acumulaba en el turno intermedio a todos los villeritos, aduciendo la falta de vacantes en los demás. La creación de “escuelas para villas” figura en los planes oficiales. Se trata de evitar la mezcla, suponemos que racial, ya que oficialmente las clases sociales no existen. En el caso que comentamos, un grupo de villeros víctimas de un incendio fue trasladado a viviendas nuevas, en el corazón de una vieja barriada obrera. Antes de su llegada alguien inició la campaña: camiones con altavoces recorrían las calles alertando al vecindario; “Basta de villas. Queremos viviendas dignas para nuestros hermanos trabajadores”. Cuando los nuevos vecinos visitaron la zona, se encontraron frente a una nutrida manifestación que enarbolaba carteles semejantes. Lo que conversaban en los corrillos, sin embargo, era distinto: “Nuestras hijas no van a poder salir solas de noche”; “no vamos a poder dejar la ropa tendida afuera”; “y si se arma la bronca y un negro mata a un blanco, ¿qué pasa?”. ¡Cualquiera diría que nos hallábamos en Alabama!

La primera reacción de los villeros fue volver al refugio seguro de sus iguales. La decisión de algunos, sin embargo, los animó a resistir. Se trataba de vecinos seleccionados por posibilidades económicas y estabilidad familiar. Durante un tiempo montaron guardia, armados, junto a las obras, pues el enemigo amenazaba con destruir las casas. La salomónica intervención de un obispo –que organizó una misa

en el lugar a la que asistieron con carteles delegados de muchas villas bonaerenses– frenó la batalla.

Se instalaron. Los chicos concurren a la escuela. Ahí continuó la discriminación: los chicos eran devueltos a sus casas “porque asistían a clase con los zapatos sucios”. Sucedió que debían atravesar varias cuadras de barro. Las madres los acompañaron entonces hasta el asfalto portando una palangana con agua y los zapatos de sus pequeños descalzos. Llegados a la vereda de la civilización les lavaban los pies y los calzaban.

El trabajo fue lento, hasta que los vecinos antiguos entendieron que estaban frente a seres humanos iguales a ellos. Hoy, la escuela que sirve a toda la zona se alza en los predios de los ex-villeros. Fue construida por estos, a los que se les proveyó material. En barrios de ex-villeros que han construido sus casas en terrenos comprados, se repitieron cuadros similares.

Sin embargo, a veces el asombro y la admiración reemplazaron el prejuicio. En uno de ellos, cerca de La Plata, un viejo vecino italiano confesaba a un dirigente vecinal: “¡Ustedes han conseguido en dos años lo que nosotros no pudimos en veinte!”. En efecto, los vecinos consiguieron la construcción de un refugio para esperar el ómnibus, lograron el tendido de la línea eléctrica, levantaron veredas. Ante una injusticia cometida por la compañía de electricidad, las mujeres se movilizaron en manifestación y reclamaron y obtuvieron sus derechos. Los siguen llamando “negros de la toldería”, pero su ejemplo llega. Con la mínima seguridad jurídica, el espíritu vecinal, aparentemente inútil en la villa, surge con máxima potencia.

## Villa adentro

“¡Mire, yo viví años en un inquilinato en la Boca, antes de venir acá –nos comentaba un villero–. Usted no me va a creer, pero encontré un ambiente mejor aquí en todos los sentidos. Incluso en el moral!”, enfatizó.

Como observa con justeza Margulis, “la población marginal encierra un gran potencial de cambio propio” (1968, p. 200), el que es frenado. La villa es el mecanismo de adaptación que el pueblo ha creado por sí, y que el gobierno intenta perpetuar. En ella encuentra lo que las clases altas llamarían “gente como uno”, cuyo lenguaje y costumbres comprende, cuyo trato frecuente y que, sobre todo, no lo discrimina. Los padecimientos comunes generan una solidaridad sólo aparentemente dormida, que florece, como vimos, en los momentos críticos.

Esa concepción de la villa como modo de vida ha sido abordada por el autor arriba citado, quien intenta penetrar sus motivaciones profundas. Sin minimizar el factor económico, postula que, superadas las fantasías sobre la vida urbana, en la ciudad

los inmigrantes limitan su participación, su nivel de aspiración y su movilidad en cuanto ello amenazaría el sistema de personalidad y la integración de endogrupo que busca su equilibrio sobre la base de pautas tradicionales. Los migrantes desarrollan en la ‘villa’ tendencias fóbicas hacia la sociedad urbana, que favorecen la segregación y la preservación del endogrupo. (Ibíd, p. 195).

Y más adelante:

existe una tácita evitación del contacto entre ambos grupos (villeros y habitantes de la ciudad), y tal evitación es

de tal manera aceptada por ambas partes, que ocurre sin fricciones y casi no llega a un plano consciente... (los migrantes) ... incursionan poco en los lugares céntricos de la ciudad. Tienden a permanecer en barrios periféricos, salen poco y se visitan entre sí (Ibíd, p. 199).

La caracterización puede ser correcta, pero adolece de cierto fijismo. Los tres niveles de análisis de Margulis: económico, sociológico y psicosocial; parecerían no interrelacionarse y, además, falta el dato histórico. ¿Siempre el villero fue así, por tendencias profundas de su “personalidad básica”? ¿Siempre “la ciudad” fue también así? A nuestro entender no, y lo que nos puede dar pautas para entender el problema es la esfera de acción más activa del hombre, ausente en ese y en otros análisis: la política.

La llamada marginalidad del hombre en la villa, su evitación del contacto con la ciudad, sus escasas incursiones por el centro, indican su pérdida de poder. En el período peronista –cuando se sentía parte del gobierno– su actitud no era la retracción y confinamiento en la villa, sino de apertura hacia la ciudad a la que tenía real acceso económico. Los migrantes no “acataban las presiones segregadoras” sino que impulsaban el movimiento político que los interpretaba, se imponían contra esas presiones, a veces violentamente, en lo que la burguesía calificaba de “actos de resentimiento social”. Nunca les podrá perdonar la inmersión de sus pies cansados en la fuente de Plaza de Mayo aquel 17 de octubre. La ciudad no era entonces –ni ahora– una entidad monolítica que se enfrentaba a la villa. Una conciencia común superaba las diferencias ecológicas, y la lucha gremial unificó en el sindicato a obreros de todos los barrios y todas las provincias.

No es nada nuevo, por cierto. Franz Fanon nos muestra en su *Sociología de liberación* cómo la participación popular en la revolución argelina derriba en pocos años antiguas costumbres y genera un auténtico proceso de cambio, cosa que la “ingeniería social” colonialista ha intentado sin éxito una y otra vez. Oscar Lewis, el teórico de la

cultura de la pobreza, al relatar su experiencia en el equivalente de nuestras villas en La Habana –que conoció antes y después de la revolución– llega a conclusiones semejantes. No observó prácticamente cambios en el aspecto físico de esas barriadas, pero sí en la actitud de la gente. Antes, la desconfianza, la falta de fe en el futuro, el encierro en la zona. Después, la salida, la participación, la esperanza. Se sentían gobernando su país.

La actitud prejuiciada contra el villero por parte del hombre de la ciudad no es casual sino provocada. Junto al terror como estrategia para “mantenerlo en su lugar”, se alza una campaña alevosa de fomento del prejuicio de la que dimos algunos ejemplos en este trabajo. Parte de ella consiste en destacar su categoría de “ser distinto”, de señalar el “problema” que representa para una sociedad que debe “ayudarlo”. Una sociedad que parece no tener nada que ver con la situación por la que atraviesa. Cuando el presidente Onganía calificó de “migración no selectiva y no deseada” a la que provenía de países limítrofes, dentro de tal calificativo racista cabía también el villero argentino. Esa prédica constante, por desgracia, ha prendido en muchos sectores, aun en los mejor intencionados.

Pero el villero no siempre mantiene esa actitud defensiva. Parte de ellos están dispuestos a pasar al ataque, a la reconquista del poder político que perdieron. Y es en la lucha política donde las diferencias van desapareciendo, donde “ciudad” y “villa” se encuentran. El asumir la conciencia política del pueblo permite comprenderlo con una profundidad que ninguna técnica sociológica logró alcanzar. No somos ya los técnicos que venimos a ayudarlos a emerger; tampoco los maestros que los impulsaremos hacia la “verdadera salida”, desviándolos de su adhesión al “populismo”. Tampoco meros alumnos dispuestos a “aprender de las bases” y marchar detrás de ellas. Somos, simplemente, compañeros, construyendo juntos una alternativa popular.

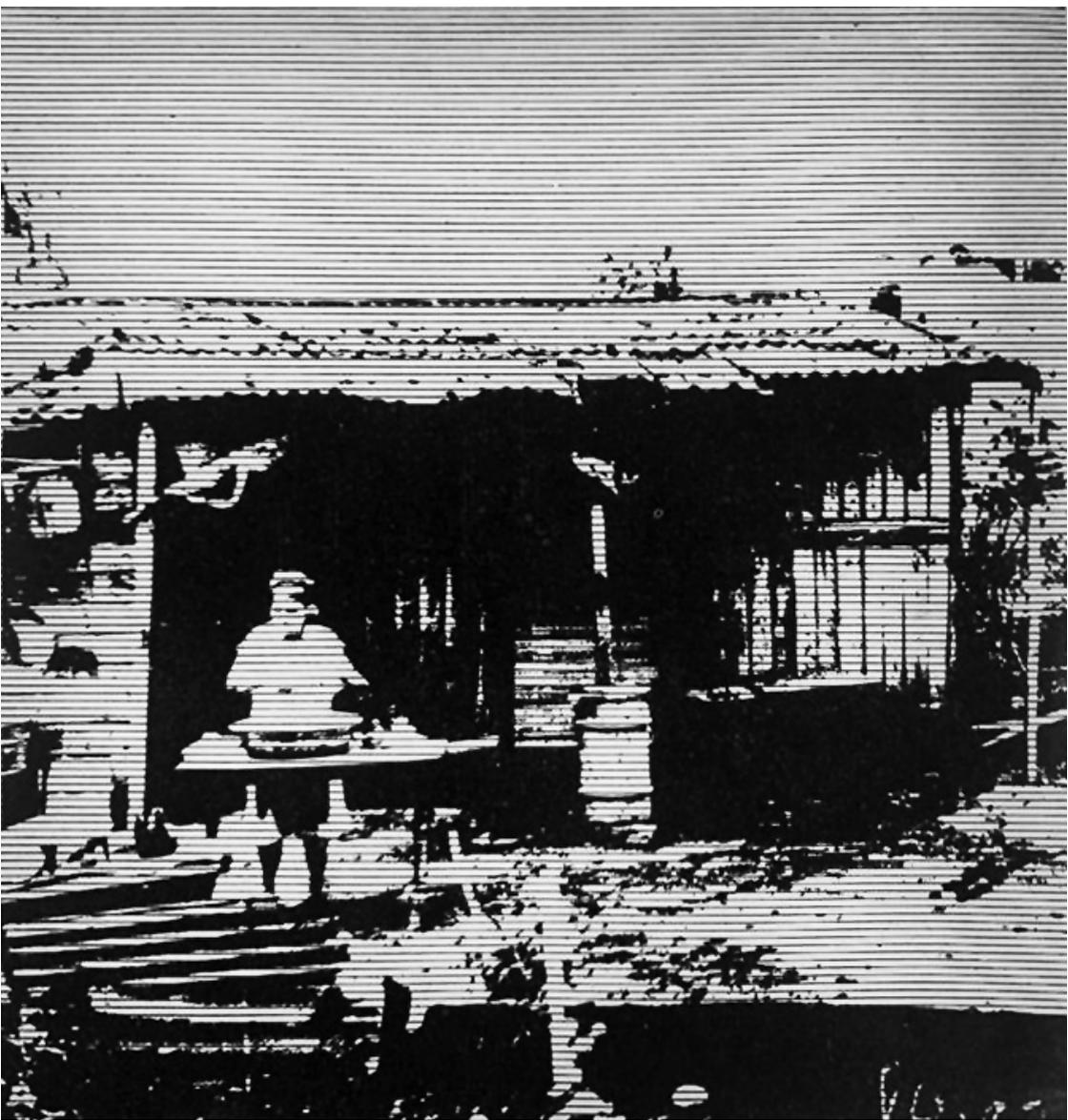
En las villas, junto a la opresión humillante de la miseria impuesta, se preserva buena parte de la cultura nacional argentina. Algún día el pueblo todo la asumirá como propia.

## Referencias bibliográficas

- Alberdi, J. B. (s/f) *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: W. M. Jackson Inc.
- Dávalos, J. C. (1948). *Los gauchos*, Buenos Aires: Ciordia & Rodríguez.
- D'Atri, N. (1971, 2 de noviembre). "Las clases sociales y las minorías antipatrióticas", en *La Opinión*, Buenos Aires.
- Di Tella, T. S. y otros (1965). *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, EUDEBA
- González, J. N. (1968). *La guerra al Paraguay; Imperialismo y nacionalismo en el Plata*, Buenos Aires, Sudestada.
- González, M. A. (1969). *Observaciones antropológicas en Itatí (Provincia de Corrientes)*, Buenos Aires, (mecanografiado).
- Hernández Arregui, J. J. (1970). *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea.
- Margulis, M. (1968), *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Pomer, L. y Rebollo Paz, L. (noviembre de 1970). "Guerra con el Paraguay", en *Polémica*, Buenos Aires, N° 26.
- Puiggrós, R. (1968). *El proletariado en la Revolución Nacional*, Buenos Aires, Sudestada.
- Ratier, H. E. (1969). "De Empedrado a Isla Maciel: dos polos de camino migratorio" en *Etnia*, Olavarría, N° 9.
- Ribeiro, D. (1970). *Las Américas y la Civilización; III: "Los pueblos transplantados. Civilización y desarrollo"*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Roulet, E. (julio de 1971). "Conventillos y villas miseria", en *Polémica*, Buenos Aires, N° 62.

S/A. (1970). “Legislación sobre vivienda: Erradicación de villas miseria”, en *Proceso*, revista estudiantil de crítica jurídica, Buenos Aires, N° 2.

Sarmiento, D. F. (1961). *Facundo; Civilización y Barbarie*, Buenos Aires: EUDEBA.





En este libro se expresa una única experiencia que emerge de varios procesos. Uno es la práctica de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires, iniciada en 1957 en la vida urbana de la Isla Maciel en la boca del Riachuelo. Otro es el de la historia de esos años: auge de la lucha popular y juvenil, la proscripción del peronismo, las confrontaciones libradas en toda América Latina.

La investigación de Ratier había intentado seguir el hilo de las migraciones que unían a Corrientes con la Isla Maciel, haciendo lo que después se llamará etnografía multisituada. El quiebre de 1966 impidió la etnografía correntina pero hizo posible una escritura no académica. Aquí se cifra lo peculiar de este trabajo. Como también en una doble empatía: la de Alfredo Moffatt con los textos de este volumen y la de Ratier con las fotos de este innovador y tenaz psicólogo.

Por eso estos textos, que por fin se reeditan aquí, se convirtieron en un clásico. Cuya vigencia también es la de la persistente y renovada actualidad del prejuicio racista en la Argentina.

Ricardo Abduca

**Lic. Hugo E. Ratier** (1934-2021), antropólogo oriundo de La Pampa.

Fue el fundador de la carrera de Antropología en la UNICEN, además de ejercer como profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la sede Olavarría de dicha institución. Se desempeñó como profesor consulto en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y ocupó el cargo de director del departamento de antropología de dicha universidad entre 1973 y 1974. Asimismo, ocupó los cargos de profesor y director de grado y posgrado en la Universidad Federal de Paraíba, Brasil, entre 1977 y 1985. En 1984 concluyó sus estudios de doctorado en Río de Janeiro.

Desde 1987 hasta 2012 intervino como director del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría.

Entre numerosos artículos, libros y ponencias en congresos nacionales e internacionales, se encuentran sus obras más reconocidas: *Villeros y Villas Miseria* (1971), *El Cabecita Negra* (1972), *Poblados Bonaerenses, Vida y Milagros* (2004) y *Antropología rural argentina: etnografías y ensayos* (2018).